

TODOS TUS HUESOS APUNTAN AL CIELO

PREMIO
INTERNACIONAL INK
DE NOVELA DIGITAL **2019**
René Avilés Fabila

RICARDO COSTA

editorial

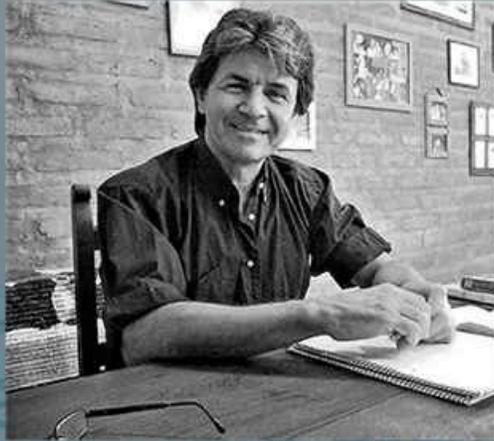
ink

TODOS TUS HUESOS APUNTAN AL CIELO

PREMIO
INTERNACIONAL INK
DE NOVELA DIGITAL **2019**
René Avilés Fabila

RICARDO COSTA

editorial
ink



Todos tus huesos apuntan al cielo, del escritor argentino Ricardo Costa, es una obra donde el pasado es un doloroso abismo donde es necesario entrar. Secuela de *Fauna terca* (El Suri Porfiado, 2011), esta novela sigue los pasos de Neno Corvalán, "la amante más perversa del coronel Díaz Galván", cuya historia es reconstruida por su hijo Mauro a través de los relatos de diversos personajes que contradicen, denigran o reivindicán la figura de una mujer, quien será testigo de los diversos golpes de Estado y la dictadura militar que asoló Argentina durante la segunda mitad del siglo XX.

Ganadora del Premio Internacional Ink de Novela Digital "René Avilés Fabila" 2019, ha sido considerada por el jurado como "una obra con firme pulso narrativo y con una estructura fragmentada funcional que vuelve interesantes y entrañables a los personajes"; además de que "ofrece una reflexión sobre el pasado reciente de Argentina, donde se mezcla lo íntimo de una trágica historia familiar con los conflictos sociales".

Con esta obra, Ricardo Costa no sólo aborda el difícil tema de las relación madre-hijo en el contexto de la represión militar: también apela a la memoria como recurso para resarcir las heridas del pasado y como arma social para poder decir, con todo el peso histórico que contiene: "Nunca más".

PREMIO
INTERNACIONAL INK
DE NOVELA DIGITAL **2019**
René Avilés Fabila

TODOS TUS HUESOS APUNTAN AL CIELO

Rebeldes de la memoria,
apasionados por la pasión
de resistir. A ustedes, lectores y
lectores, la voz de estos huesos
que apuntan al cielo.

Ricardo Costa

RICARDO COSTA



D.R. © Ricardo Miguel Costa, 2019

D.R. © SEXTIL ONLINE, S.A. DE C.V. 2019
Por la presente edición electrónica

FOTOGRAFÍAS

Portada:

Maui Topical Images, Edmund Lowe Photography / Shutterstock

SEXTIL ONLINE, S.A. DE C.V

+ 52 (55) 52 54 38 52

contacto@editorial-ink.com

ISBN:

978-607-8535-87-3

Editorial Ink® es una marca registrada de SEXTIL ONLINE, S.A. DE C.V.
Visítanos en: www.editorial-ink.com



Esta obra es propiedad intelectual de su autor y los derechos de publicación electrónica han sido legalmente transferidos a SEXTIL ONLINE, S.A. DE C.V., por lo que se encuentra protegida por la Ley Federal del Derecho de Autor, su Reglamento y las leyes internacionales sobre la materia. Prohibida su reproducción parcial o total por cualquier forma o medio sin la autorización previa y por escrito de SEXTIL ONLINE, S.A. DE C.V.

Los textos, imágenes, opiniones y demás información que conforman el contenido de este libro (e-book) han sido aportados por su(s) autor(es) y son de su exclusiva responsabilidad puesto que ha(n) sido escrito(s) por su propia voluntad y bajo su propio riesgo, por lo que en este acto deslinda(n) y libera(n) de toda responsabilidad al respecto a SEXTIL ONLINE, S.A. DE C.V., su sello "Editorial Ink ®", sus empleados, colaboradores, afiliados o similares.

Disclaimer: ni SEXTIL ONLINE, S.A. DE C.V. ni su sello "Editorial Ink ®" ni ninguno de sus empleados, colaboradores, afiliados o similares se hacen responsables por el uso que el público en general efectúe con los datos, información y términos propuestos en el contenido del libro electrónico mencionado, por lo que en este acto SEXTIL ONLINE, S.A. DE C.V. su sello "Editorial Ink®", sus empleados, colaboradores, afiliados o similares quedan liberados de toda responsabilidad al respecto, en virtud que el público en general actúa bajo su propia competencia y es el único dueño de sus actos personalísimos.

Todos tus huesos apuntan al cielo

Ricardo Costa



*allá en la bella infancia
tu rostro era otro rostro
y su asombro
cuelga de ciertos árboles*

Juan Gelman

ÍNDICE

[NOTA PRELIMINAR](#)

[UNO](#)

[DOS](#)

[TRES](#)

[CUATRO](#)

[CINCO](#)

[SEIS](#)

[SIETE](#)

[OCHO](#)

[NUEVE](#)

[DIEZ](#)

[ONCE](#)

[DOCE](#)

[TRECE](#)

[EPÍLOGO](#)

NOTA PRELIMINAR

La presente edición ha pretendido facilitar al público hispanohablante no argentino la lectura de esta novela. Su historia transita prácticamente la segunda mitad del siglo XX (y aún una parte del XXI), por lo que es común encontrar palabras y modismos impropios en latitudes como la mexicana. Asimismo, la presencia del lunfardo (palabras y locuciones producto de las migraciones europeas ocurridas en Argentina a finales del siglo XIX y cuyos usos lingüísticos se han extendido más allá de Buenos Aires) hizo necesario aportar al lector una breve noticia al respecto.

Por otra parte, los acontecimientos históricos que se hilan con la trama literaria exigen cierto conocimiento de la historia argentina. De ahí la necesidad de brindar a los lectores algunos apuntes que les permitan ampliar su interpretación, sobre todo, en aquellas casos en que los referentes aludidos resulten desconocidos.

Agradecemos al autor su invaluable apoyo en la clarificación del significado de modismos y voces lunfardas. Esperamos haber servido al propósito que nos hemos trazado.

El editor

UNO

Pude conocer a la Neno Corvalán, mi madre, unos segundos antes de su muerte. La vi venir por detrás de la alameda que conducía al casco de La Alazana. Apuraba el paso como si quisiera recuperar un tiempo de amor que nunca dejó de ser entre nosotros. Pero la Neno no mira a los lados antes de cruzar. No reacciona al bocinazo que la aturde a pocos metros del último paso. No se detiene para salvarse. Entonces estalla lo que ahora revuelve la escena. Espanta el impacto que trastoca la imagen: el carraspeo del caucho contra el ripio¹, su sonrisa, la camisa estampada y la mano en alto que desaparece. Apenas tuve tiempo de verla morir con los brazos abiertos y la falda alzada sobre el pecho; único testigo del episodio que habría de privarme de su testimonio de vida, de la posibilidad de escuchar su voz y conocer los motivos que la forzaron a parirme en el sótano de una imprenta abandonada.

Ahora, a pocos metros del lugar donde debíamos reencontrarnos, la que en los años de plomo fuera la amante más perversa del coronel Díaz Galván, se elevaba sobre el techo de una F100 como si la liviandad de la materia fuese un elemento natural que pudiese conducirla a destino. Pero el vuelo no cobra suficiente altura, no tanto como para evitar que la antena de la camioneta le desgaje la camisa. De manera que la Neno (o la Yegua Coronela, como la bautizara el mismísimo Díaz Galván), abandonó el mundo sin pisar suelo patagónico, tal cual lo anunciara en la carta que me hiciera llegar al hospital.

Después de la embestida, el cuerpo de mi madre pareció detenerse en un punto neutro, donde la fuerza de gravedad y el tiempo dejan de intervenir para que los sentidos registren una visión alucinatoria. Una mujer levitando sobre el techo de una camioneta y a contraluz del borde nevado de una cordillera remota. Tres o cuatro veces rebotó la Neno contra el camino. Revoltijo de fracturas y de peluca rubia abanicando el polvo. Sacudón de un rostro que alguna vez supo sonreír junto al mío, que se animó a susurrar canciones de cuna, a pasearme a media luz y dejarme en brazos de mi tía Ángela para luego huir sin explicación alguna. Así la paradoja de lo real. Así el gesto brutal de la muerte. Una mujer al aire en un ignoto paraje patagónico, llevándose en vuelo las respuestas que su hijo venía a buscar. Un hijo que nunca lo fue desde el amor presencial, que nunca heredó más que su forzada concepción y abandono, y que ahora, por una trágica ironía, lograba hallarla un respiro antes de la muerte.

Después de atropellarla, la camioneta derrapó y se detuvo a varios metros de distancia. A primera vista, fue imposible distinguir al conductor, quien se preocupó más por quitar el trozo de tela de la antena que por socorrer a mi madre. El hombre dudaba entre auxiliar a esa anciana salida de la nada o escapar. Por eso fui hacia él con intención de retenerlo. Pero a medida que me acercaba, el hombre retrocedía. Finalmente gritó algo parecido a “venganza” o “cobranza”. Montó en la F100 y continuó su camino. Mi reacción fue volver al Renault para darle alcance, pero no tenía caso. La camioneta ya se perdía por la pendiente que daba al río.

Alto San Agustín se halla a menos de una hora de marcha regular. Recién allí, podría dar parte a la policía y, si fuese necesario, alertar a los puestos camineros para que dieran con el vehículo. Una F100 destartada y abollada por el frente no sería difícil de localizar. Lo que importaba era establecer prioridades y la salvación de mi madre lo era.

Quizás la rutina hospitalaria fue lo que me insensibilizó respecto de la experiencia de la

muerte. Tal vez porque la mayoría de las personas que asistí en el quirófano ingresaban bajo el efecto de calmantes o anestesiadas. Además, y a razón de lo ocurrido con aquella niña, en las consultas previas procuraba no indagar más allá de lo protocolar. En el Hospital de la Cruz no existía el trato previo con los pacientes, excepto el cuestionario de forma y las frases de cortesía para atenuar el estrés preoperatorio. Heridos de bala o por arma blanca, o mutilados por accidentes ferroviarios eran algunas de las urgencias que se atendían en los hospitales del conurbano bonaerense. De esta manera, el anonimato pasaba a ser un atenuante para que la conmiseración y la culpa fueran aplacándose con el paso del tiempo. Desde luego que no era indiferente ante la pérdida de una vida, pero podía resistir los efectos que pudiesen quebrar mi ánimo.

Sería absurdo negar que la muerte de mi pequeña paciente, Anita, junto con el abandono de Marcela no fueron determinantes para alcanzar un grado de insensibilidad que hasta hoy me degrada.

—Siempre pasa algo que te hace caer a tierra —aseguraba Longoni, el jefe de quirófano—. Si no, cómo hacés para soportar el plus negativo que viene con este paquete. Generalmente, Mauro (y créeme que lo lamento por vos), el cachetazo viene con la muerte de una criatura o de una mujer que te hace acordar a tu vieja o a tu hija, ¡qué se yo! A lo mejor, esa noche dormiste mal, discutiste con tu pareja, te dolía la cabeza... ¡andá a saber!, y abriste donde no debías, suturaste para el culo y la Parca te pasa la factura con quien tenés a mano en ese momento. Siempre está ahí, esperando una distracción para joderte. Hasta en las intervenciones más simples, aparece para meter el dedo en la llaga. Por eso yo trato de no relacionarme con los pacientes. Haceme caso. No te enganches con la gente que tenés entre manos. Trabajá a reglamento. Hacé lo tuyo y punto. Convencete de que son carne de quirófano, y chau.

*

Marcela tenía una forma dominante de besar y de mirar que la volvía casi temible. “Hembra penetrante y especuladora”, decía el zurdo Leo, un amigo cuyo talento se depreciaba entre la intuición y la liviandad con que juzgaba a las mujeres. A Leo le bastaba intercambiar algunas palabras con una persona para obtener un perfil promedio y anticipar la suerte de la relación por venir. Y, a decir verdad, era sorprendente el acierto que deparaban sus pronósticos, mismos que deseché cuando predijo mi futuro con quien sería el amor más intenso que hubiese conocido hasta entonces.

Es que la boca de Marcela iba en ataque junto con el perfume de su piel. Sucede que hay mujeres que conquistan por la simpatía o por el caudal simulado de una inteligencia felina, o por la forma hábil de seducir con la palabra, o simplemente por la vibración que transmiten cuando dos manos se rozan. Ella se apoderó de mí desde el primer beso. A partir de allí, todo mi mundo fue construyéndose en torno al deseo y al temor de que algún día me abandonara. Dejé de lado el orgullo, los temores infundados y me entregué a su dominio. Con placer, renuncié al tiempo libre para acumular ingresos extras. Además del consultorio que compartía con un compañero de hospital, tomé todas las guardias posibles para sostener el nivel de vida que ella requería.

Nos veíamos poco porque no coincidían nuestros horarios de descanso. Marcela era traductora y coordinadora de prensa en una editorial española que se había fusionado con un sello estadounidense. Ello le exigía repartir su carga laboral entre la oficina, las entrevistas externas y el departamento. Sin embargo, nos esforzábamos para que los domingos y días feriados resultasen mágicos, plenos de pasión y ansiedad por compartir cada minuto. Hasta sobrecargábamos los fines de semana para acumular francos² y emprender alguna escapada a la playa o a las sierras de

Córdoba. Pero incluso la pasión puede pecar de distraída y cavar una fisura donde la monotonía acaba por hacer estragos.

Sin darme cuenta cuándo y cómo se produjo la primera grieta, nuestros encuentros fueron aletargándose por el cansancio, las horas muertas y el desgano de no sorprendernos con arrebatos eróticos. Hasta que llegó la primera noche fría de deseo y con tendencia a perpetuarse. Los besos y las caricias fueron atenuándose, apostando a la expectativa de algún indicio de apetito sexual. Marcela redujo al mínimo su contacto conmigo. Ninguno de los dos avanzaba, pero tampoco retrocedía. También hubo una primera y acalorada discusión durante una cena con amigos. A ésta le siguió otra, virulenta y con final de zapato estrellado contra una vidriera. Y luego otra por la ropa tirada en el baño. Y otra por ciertas llamadas a su celular en horas de la madrugada. Y otra por llegar a casa más temprano que de costumbre y encontrar dos copas semivacías y una colilla de cigarrillo en un pocillo.

—¡No seas tonto! —contestó desde el baño—. ¿No te acordás que arreglé con Loly que hoy nos juntáramos para ver el asunto de la antología?

No, no me acordaba. Como tampoco recordaba que el fin de semana de mi cumpleaños ella tenía un viaje programado a Mendoza para organizar la ponencia de no sé quién en la Universidad de Cuyo. Hasta que un domingo la editorial la convocó de urgencia porque se había adelantado la visita de un novelista norteamericano y la necesitaban *full time* por los próximos tres días. Tres que fueron cinco y que ella extendió a diez, ya que el departamento ejecutivo le propuso sumarse al equipo que integraría la gira por otras cuatro capitales sudamericanas. Y fue precisamente en ese momento que ocurrió lo de Anita. Demasiada carga emotiva como para procesarla en tan poco tiempo. La muerte de una criatura que bien pudo evitarse. La culpa de esa fatalidad proyectada en la traición de la mujer amada. El desengaño, el dolor, la angustia, el fracaso. El inevitable derrumbe que ahoga, que inmoviliza, que alienta la desesperanza.

Anita era neuquina y hacía poco que estaba viviendo con sus tíos en Casanova. La habían derivado al hospital De la Cruz por un cuadro de hidatidosis. En la sala de pediatría, era la única criatura que no recibía visitas. Como provenía del sur y el llanto la estaba debilitando, algo me llevó a vincularme con ella. Me compadecí de su soledad, del temor al mundo hospitalario y de la condición de abandono que padecía ante los otros niños. Una sensación que también significó una herida que aún procuro cerrar. Por ello, asumí el caso como un desafío personal.

Me excedí en la confianza y la mimé de manera sobreprotectora. Tanto, que me acostumbré a llevarle un presente cada día, desde golosinas hasta lápices de colores. Comenzamos a mantener conversaciones. Me contó de su pueblo, Moquehue, de la escuela a la que concurría, de sus hermanos, de la vez que la nieve hundió el techo de su casa, de lo sucio y caluroso que le resultaba Buenos Aires, y de las ganas que tenía de volver pronto con los suyos. Así, su estado anímico fue mejorando, igual que su apetito. De hecho, cada vez que el clima lo permitía, salía a jugar al patio interno con las otras nenas de la sala. Hasta sonreía cuando me veía entrar al sector de pediatría. Cuando le dije que me había ofrecido para extirparle los quistes en una única intervención, apoyó la cabecita en mi pecho, me tomó de las manos y se quedó así, sin decir nada. Por primera vez sentí que el agradecimiento y el afecto podían atesorarse en el silencio de un abrazo. Y esa fue la última vez que vi a Anita con vida. Y también la última, hasta esta tarde ventosa, en la que lloré junto al cuerpo de una mujer que, una vez más, volvía a abandonarme sin pronunciar una sola palabra.

*

Tuve que vaciar el baúl del auto para colocar el cuerpo de mi madre. Lo hice después de comprobar que ya no había signos vitales y que la proximidad de la noche complicaría aún más la

situación. Momentos antes de alzarla y aún de rodillas, abracé a la Neno hasta que el último toque de luz nos acompañó. Así, con la cabeza pendiendo de un cuello delgado y con la calvicie expuesta al viento, recosté a mi madre sobre la lona que tapizaba el baúl. Más al sur y sobre el filo del horizonte, se destacaba el resplandor de Alto San Agustín. Si bien el trayecto hasta el pueblo debía hacerlo sobre una ruta secundaria, no quería arriesgarme a mantener contacto con nadie, en especial, con algún control policial. Yo era un forastero circulando en horario nocturno y por una ruta utilizada únicamente por gente del lugar. Llegado el caso de tener que someterme a un chequeo vehicular, no tenía cómo probar el parentesco con la anciana sin vida que llevaba conmigo; menos aún, las circunstancias del accidente y los motivos que me habían conducido hasta las puertas de La Alazana. Por eso, antes de cruzar el puente sobre el río Huancúl, decidí volver y allegarme hasta el casco de la estancia. Era evidente que mi madre había partido desde allí, ya que era el único lugar habitable en varios kilómetros a la redonda.

La alameda que flanqueaba la huella³ de ingreso rodeaba una loma de baja altura y finalizaba a pocos metros de un puente de madera. Luego, el acceso hasta la casa más próxima continuaba sobre terreno ondulado. Seguramente, entre subidas y bajadas más el insoportable castigo del viento, la caminata le habría insumido a la Neno mucho más tiempo que el recomendado para una persona de su edad. La imaginaba sujetando con una mano la peluca y con la otra la falda, con la cabeza hacia el lado contrario del viento. Me costaba creer que alguien tan mayor se sometiera a estas incomodidades sin saber si al fin de ese camino estaría aguardándola su hijo.

El casco de la estancia resultó ser mucho más grande de lo que imaginaba. Se trataba de una construcción en forma de ele y franqueada por dos galpones⁴. Cuando finalmente me detuve, desde una casilla salieron varios perros y se abalanzaron sobre el auto. Sólo uno se desentendió del resto y se dedicó a olfatear el baúl. Tuve que esperar a que apareciera el dueño de la casa para que la jauría se calmara y me permitiera bajar.

Los caseros se llamaban Jesús y Blanca, una pareja setentona que hacía más de cuarenta años que vivía en el establecimiento junto a Ramiro, el mayor de sus hijos. Por mi parte, guardé reserva de lo que había acontecido momentos antes junto a la tranquera, pero sí les informé que había llegado a ese paraje porque tenía una cita con la señora Corvalán, la cual, suponía, había partido desde esta hacienda. Mentí al decir que el encuentro se había frustrado. Sí compartí información mínima, a fin de obtener datos que pudiesen resultar útiles en estas circunstancias. Conté lo de la carta y lo del lugar acordado para la cita, más lo del solicitado pedido de reserva.

Justamente, y para garantizar privacidad, consideré prudente no adelantar el viaje, como me lo había sugerido Longoni. Por eso partí de Buenos Aires sobre la fecha, así evitaría tener que hospedarme en el pueblo. Mi madre se había marchado del antiguo San Agustín a fines de los 70 y, según ella, nadie sabía que había regresado a la Patagonia después de tantos años.

Maurito querido yo no soy persona grata para esa gente porque me echan la culpa de todas las desgracias que les cayeron encima. Durante años me acuzaron de cosas terribles en las que no tuve nada que ver. Pero vas a tener que ser paciente y aguantar a nuestro encuentro. Total ya esperamos tanto que un poco mas no puede hacerte mal. Así podré darte todas las respuestas que necesitás saber conocer. Pero teneme paciencia sí. Y por favor, no comentes con nadie con ninguna persona los motivos de tu viaje. En la hoja que sigue te dibujé un mapa para que veas por donde tenés que ir. Fijate que te marqué en rojo el desvío de la ruta vieja para que no te equivoques pierdas.

Blanca salió de la cocina por un pasillo lateral y regresó acompañada por una chica muy joven, quien se ocupó de alimentar la cocina de hierro con recortes de leña. Con suma rapidez, Fabiola (que así se llamaba la muchacha) reanimó el fuego, calentó la pava y se la alcanzó a Jesús para que renovara la ronda de mate. Quedé impactado por el color azabache de sus ojos, que se repetía con mayor intensidad en la melena que le caía sobre los hombros.

De forma despojada y sabiéndose observada, Fabiola ponía en movimiento los atributos que les son propios a las mujeres que se saben dueñas de un atractivo especial. Pero el ángel seductor que la definía, no se hallaba precisamente en la naturaleza de su cuerpo: estaba en la fórmula que componía sus ojos (rasgados y grandes) y en el vaivén del cabello ante cada movimiento de manos.

Fabiola era hija de Ramiro y hacía diez años que se había mudado con su madre a la capital provincial; pero, por un problema familiar que mis anfitriones prefirieron callar, la chica estaba viviendo con ellos momentáneamente, alternando esa estadía entre la casa de su tía Carolina, en Alto San Agustín, y La Alazana.

Al retomar la conversación con los caseros y pronunciar el nombre de la Neno, percibí que algo ya no estaba bien. A excepción de Fabiola, que quedó tan expectante como yo al desenlace de la situación, Jesús y Blanca entrecruzaron miradas. Parecían no hallar la forma de darle palabras a un estado de incomodidad que los descolocaba ante un extraño. Cada uno parecía buscar en el otro esa autorización implícita que los pactos de silencio suelen establecer. Evidentemente, el recuerdo de mi madre era por demás significativo: una referencia políticamente incorrecta que la memoria popular se empeñaba en borrar. De pronto, como asaltada por el apuro, Blanca le recordó a su marido que ya se estaba haciendo tarde y que faltaba traer del galpón las bolsas de guano que vendrían a retirar por la mañana.

Agradecí el ofrecimiento que me hizo Jesús para pernoctar allí mismo, pero lo rechacé. Aunque la pareja repetía que la noche estaba cerrada y que no me recomendaban manejar por esos caminos a estas horas, mantuve en pie la negativa. A pesar de la representación que debía asumir frente a mis anfitriones, no dejaba de pensar en el hedor cadavérico y en la rigidez que estaría tomando el cuerpo que llevaba en el auto. Tener que comportarme como si aquí no hubiese pasado nada me estaba descompensando. Creí que no podría con la sensación de náusea que empujaba

desde el estómago y que terminaría por quebrarme. Le pedí a Jesús que no se preocupara por mi palidez, que tuviera la gentileza de alcanzarme un vaso con agua y, si era posible, convidarme algo dulce; que se trataba de un mal pasajero debido al ayuno y al cansancio del viaje.

En parte era cierto, ya que era la primera vez que conducía dieciocho horas en ruta y de forma continua. Sólo me detuve para cargar combustible y comprar provisiones al paso. Pero el único y último descanso que tomé remite al día anterior a mi viaje, previo al servicio de guardia.

—Bueno, mire, *dotor*, para que no se vaya con las manos vacías y mientras pica algo, voy a decir que hace años que a la Corvalán no se la ve por acá. Abandonó el pueblo de un día para otro. Fue antes de que las aguas de la represa taparan todo. Y eso fue en el 83, antes de que se fueran los milicos. Por eso ahora se llama Alto San Agustín, porque está más arriba de donde estaba. Pero volviendo al asunto, flor de revuelo se armó aquella vez con esa mujer. Hubo cosas muy raras, vea. Muertos, desaparecidos, porquerías de machos con hembras, negocios sucios. Bueno, eso de los negocios sucios y mujeraje alborotao todavía queda bastante. Con que se quede un par de días, ya lo va a ver *usté* mismo. Aunque nunca se supo bien cómo se empelotó la cosa. Pero la gente mayor, los pocos que todavía viven en la zona, la culpan a ella y al Mariano (un protegido del coronel, quien después se puso loco y se llevó un par de inocentes pa'l otro mundo) de traer las desgracias al pueblo. Diga que, cuando largaron el agua, no se supo más nada de nadie. La hija de la Neno, otra que, pobrecita, murió quemada en la casita del río junto a sus dos criaturitas, dos niñas, también pagó por semejante desastre. ¡Qué se yo! Pa' mí que el que le hizo llegar esa carta lo quiso joder. Eso de que la Corvalán tenía que encontrarse con *usté* por un asunto legal y nada menos que en la ruta, me da como que lo pasaron como poste caído. Pa' mí que esa mujer está finada desde hace rato. Mire que venirse desde Buenos Aires por un papel que le mandaron y de parte de alguien que *usté* nunca conoció, que ni siquiera es pariente suyo. ¿Alguna herencia sería? Yo no quiero saber ni meterme en sus cosas, ¿vio? ¡Pero cómo no averiguó antes pa' qué era el asunto!

Volví a dar las gracias y le pregunté al viejo por algún hotel donde pasar la noche. Sugirió la hostería de Gauna, a media cuadra de la comisaría. Me alcanzó un último mate y me acompañó hasta el auto, tarea que se complicó porque uno de los perros, el mismo que cuando llegué olfateaba el baúl, no parecía amedrentarse con los bastonazos que le sacudían en el lomo. Eso envalentonó al resto de la partida, que no dejaba de cerrarse sobre nosotros. La escena era propia de un drama gauchesco, donde el héroe debe enfrentar a un grupo de cuchilleros a punta de facón⁵.

Después de que encendí el motor, Jesús saludó con el bastón en alto y entró a la casa. A medida que la calefacción levantaba la temperatura y desempañaba los vidrios, intenté ordenarme. Haberme enterado por desconocidos que tuve una hermana y dos sobrinas, y que fallecieron de manera trágica, profundizaba mi deteriorado estado anímico y me descolocaba respecto del sentido de la realidad; un estado de confusión que se enturbiaba con la imagen del cuerpo de mi madre descomponiéndose a mis espaldas. Entonces, si los hechos quedasen atados a la versión que acababa de recibir, ¿cómo explicar la carta que llegó al hospital y la presencia de esa señora mayor junto a la ruta? Porque sí hubo una tranquera abierta, un venir esperanzado y un cuerpo revolcándose contra el ripio. Tal vez la Neno permanecía oculta en algún paraje cercano para asegurar su anonimato y eligió ese punto de encuentro por alguna razón que ya no llegará a explicarme.

—Qué suerte que te demoraste en salir —dijo Fabiola, acomodándose en la butaca del acompañante—. También, te habrás asustado con el despelote⁶ que armaron los perros. Es que el Cholo, ese blanquito medio dogo que se ligó⁷ el palazzo, es rebravo. Una vez, le arrancó un dedo al capataz. ¿Pero viste a mi abuelo cómo le hace frente a cualquier cosa? Cuando era chiquita, lo vi

voltear un toro con una mano. Resulta que el toro se había puesto loco porque quisieron manearlo, y casi mata a mi papá. Decí que mi papá era reágil y saltó el corral de una, porque si no el toro lo pasaba de lado a lado. Entonces mi abuelo se le paró a un pelito del hocico, le apretó una oreja y se la retorció toda, bien fuerte. Se la retorció hasta que el toro empezó a irse de costado, torció la cabeza así, y cayó como plomo. Levantó un montón de polvo porque era enorme y se quedó quietito, como dormido. Te imaginarás que, si semejante animal no lo acobardó, menos lo va a hacer un perro. No te molesta llevarme hasta el pueblo, ¿verdad? No me banco⁸ estar en el campo. Tanto silencio me bajonea. No hay señal de *celu*, los abuelos no tienen cable y no hay nada para hacer. ¿De verdad no te molesta? De paso, te guío hasta lo de Gauna y te cuento las cosas divertidas que podés hacer por aquí.

Que así se llama porque a su mamá le gustaba el nombre de Fabiola. A su papá no. Le gustaba Blanca, como la abuela. Por eso le pusieron Fabiola Blanca, para dejar a todos conformes. Que si me gustaba esa pollerita que le había regalado su novio. Que el frío no le importaba porque, total, no era para andar por la calle que se la ponía. Que su novio llegaba en un par de horas, como yo, desde Buenos Aires, y que arreglaron para verse en casa de su tía.

—Una divina, mi tía. Me banca⁹ en todas. Pero, ¡ajo!, no vayas a decir que Eze, mi novio, se queda a dormir en lo de mi tía porque mis abuelos no saben de esta movida.

Que su tía Carolina está media peleada con su papá porque éste maltrataba a su mamá. Que fue gracias a su tía, quien es trabajadora social, que su papá tomó en serio lo de la denuncia y nunca más le puso la mano encima. Que le encanta vivir en Neuquén pero que, cuando pueda ahorrar algo de dinero, le gustaría conocer Estambul: sola, con su novio o con quien esté cuando llegue ese momento. Que entrara por el boulevard, hiciera seis cuadras (*¿Ves ahí? Bueno, ahí está la hostería*), que doblara en el maxiquiosco Raúl y la dejara en esa casa tipo chalet. Que no le diera bola¹⁰ a lo que pudiesen decirme los viejos del pueblo respecto de su familia. Que, como esos chusmas¹¹ no tienen nada que hacer, se la pasan exagerando cosas del pasado o inventando historias para joder a la gente.

*

Una amputación forzada, un disparo en la boca, incluso la tortura son experiencias que van más allá de lo traumático. La muerte de quien se ama es el infierno montado en dolor eterno. Pero, cuando alguien desaparece, ¿cómo se mide el sufrimiento? Y si ese alguien que deja de estar lo hace después de muerto, ¿qué lectura de trauma cabe?

Sucede que el baúl del Renault estaba vacío. Ni siquiera quedaban manchas de sangre sobre la cobertura de lona. La cerradura permanecía intacta. No había pruebas de que hubiese sido forzada. A excepción de la hora y cuarto que me llevó la charla con Jesús y Blanca, procuré no perder de vista el auto. Fueron escasos los minutos que llevó registrarme en la hostería y atender las instrucciones que me dio el recepcionista para llegar al lote que hace las veces de cochera. Vale decir que retiraron el cuerpo mientras mateaba¹² con los caseros de la estancia o cuando me registraba en la hostería. No encontraba razones para comprender quién y por qué quería llevarse el cadáver. Más aún si, como explicó Jesús, la Neno era un olvido sepultado por el tiempo. Si la maniobra se llevó a cabo en La Alazana, el apropiador tuvo que ser alguien familiarizado con el lugar, sino los perros hubiesen ladrado. Y si ocurrió a las puertas de la hostería, el secuestro hubiese llamado la atención de los vecinos o de quien pasara por el boulevard a esas horas.

La deducción más directa conduce a pensar en un viejo enemigo o en un protector anónimo de la Neno, que optó por mantenerse oculto en las proximidades de la tranquera para ver qué ocurría con nuestro encuentro. A lo mejor ella temía que algo malo sucediera y pidió protección. También

se me antoja sospechar del dueño de la F100: soportando una y otra vez la imagen de una mujer reventándose contra la camioneta, y atemorizado por la posibilidad de ser acusado de abandono de persona, decidió sustraer el cuerpo. O bien, podría tratarse de la morbosidad de un criminal que cumplía con una deuda o un encargo.

Nunca tuve madre, hermanas o sobrinas. Sí una tía Ángela y un tío Mario que se esforzaron por construir un mundo amable para mí. Sin embargo, carecí de ese trato cómplice e íntimo que a otros chicos les deparaban sus padres. Ángela sabía que no era mi mamá, aunque me permitiera llamarla de esa manera, y Mario sabía que no era mi papá, aunque así lo nombrara. Ninguno de los dos mantenía lazos de sangre con la que fuera mi madre biológica. De allí, la fragilidad que me doblegaba cuando menos lo esperaba.

Por ejemplo, en los momentos más triviales de mi infancia, me dispersaban pequeños destellos visuales, como instantáneas fugaces que mostraban un pecho desnudo apoyándose en mi boca. Ello podía suceder al momento de remontar un barrilete¹³ o cuando abría el cuaderno de clases, o cuando estaba a punto de cabecear una pelota. También me asaltaba el movimiento de una cabellera oscura enredándose entre mis dedos. Y el perfume. El perfume de mujer envolviéndome en el entresueño. Pero no, fuera de ese estado de vigilia alucinatoria, no hubo madre.

Tuve una que lo intentó en el sótano de una imprenta y a espaldas de una verdad tardía, recuperándola cuando ya no la necesitaba, prácticamente una vida después. Primero en la confesión que revelaba la letra de una carta y luego en el atardecer estepario de una sonrisa nunca imaginada. A esa madre me esforcé por reconocerla en aquella mano alzada contra el viento, en un venir hacia mí que se quebró en el aire, en el vuelo de un cuerpo perdido para siempre y en el abanico rubio que se alejaba girando sobre el polvo, abandonando el único tesoro que podía saciar el interrogante de una vida incompleta. En cambio, ahora ni siquiera tenía el cadáver de lo que pudo haber sido la revelación tardía de un afecto negado.

Fría y desolada se había vuelto la medianoche de Alto San Agustín. La perspectiva de una calle secundaria estrechándose hacia la costa del río iba reduciendo la panorámica de vehículos estacionados, postes de alumbrado y árboles. Sólo un perro lanudo y de buen porte contrariaba el efecto, dejándose ver cada vez que pasaba bajo un foco de luz. Zigzagueaba, deteniéndose a mordisquear las bolsas de residuos que estaban a su alcance. El animal, cuando advirtió mi presencia, levantó la cabeza y apuró el trote. Aunque le faltaba un ojo, se notaba que no era un perro vagabundo porque se lo veía cuidado y bien alimentado.

Al llegar, se refregó contra mis piernas, olfateó el paragolpes, apoyó las patas sobre el borde del baúl y rozó la nariz contra la lona. Lo dejé hacer y aguardé a que terminara la rutina porque especulé con la posibilidad de que diera continuidad a una pista que lo orientara hacia un patrón confiable. Pero su interés no fue más allá de los límites del baúl. La mirada piadosa del perro parecía esforzarse por revelar algún dejo de compasión.

A lo mejor su condición de tuerto fue lo que me hizo recordar aquella versión hollywoodense de *La Odisea*, en la que Kirk Douglas atravesaba con un leño encendido el ojo de Polifemo. Pero ahora, este cíclope está lejos de devorar hombres y desafiar dioses. Todo lo contrario podría resultar de una situación tan despojada de riesgo e inútil como ésta. Casi que podría resumirse una alegoría del fracaso con esta peripecia grotesca. Un tipo vencido en la medianoche del fin del mundo, derrumbado por la revelación de una orfandad sin retorno y acompañado por un animal que huele la ausencia de un rastro, como ocurre con los rostros que confunde y aleja la noche.

“Boca de perro la noche, fiera y traicionera con los nobles de alma”, decía la tía Ángela. Siempre hambrienta y dispuesta a morder lo que le resulte útil a su flacura. Por eso es mejor cerrar el baúl y quedarse mirando el ojo bueno de quien también devuelve algo de compasión. Por

eso lo invito a que se eche a mis pies. Me siento sobre la vereda, considero la derrota y lo acaricio, demorándome en un gesto reservado para quienes no tienen otra opción que vivir perdiéndose en silencio.

Pavimento hecho de tierra y piedras pequeñas.

Días de descanso.

Camino rural formado por el paso de vehículos, personas o animales.

Cobertizos.

Tipo de cuchillo emblemático del gaucho.

Alboroto, lío.

Ganó, recibió.

Tolerar, soportar.

Apoyar, ayudar.

Prestar atención.

Chismosos.

Tomar mate.

Papalote, cometa.

DOS

Amancay y la Neno se criaron juntas porque sus madres compartían mucho más que un techo en común. Hasta los trece años vivieron en la chacra¹⁴ de Sosa. Luego se mudaron a ese rejunte de casitas precarias que los agustinenses llamaban Barrio Progreso. Originalmente, el proyecto del complejo habitacional formó parte del segundo plan quinquenal que el general Perón había contemplado para la región patagónica, cuando ésta aún ilustraba los mapas escolares como territorio nacional. Pero el golpe de Estado de 1955 suspendió toda asistencia social que proviniera del gobierno depuesto.

Tres años más tarde, cuando los militares acordaron el reordenamiento democrático de la Argentina, pero proscribiendo al Partido Justicialista¹⁵ de los comicios nacionales, la gestión del presidente Frondizi¹⁶ prefirió elaborar sus propios proyectos y dejar el pasado reciente en el más imposible de los olvidos. Desafortunadamente, Frondizi desconocía la gambeta administrativa que un exfuncionario peronista llevó a cabo desde la cartera de Economía, por medio de la que se desviaron fondos del tesoro nacional destinados a la construcción de viviendas al sur del río Colorado. Por eso, ante la falta de recursos, se determinó que El Progreso levantara sus cimientos entre el regimiento de infantería de montaña de San Agustín y la vera norte del río Huancúl. Una vez inaugurado el barrio, sus beneficiarios debían atravesar la zona militar para acceder al casco urbano.

Así, los “vecinos progresistas”, como irónicamente los bautizó el entonces teniente primero Roberto Díaz Galván, transitaban un recorrido que llegó a familiarizar postales verdaderamente insólitas, como el hecho de que chivos y caballos pastaran alrededor del casino de suboficiales, o que la pesca en el arroyo Pehuén se practicara junto al polvorín, o que los centinelas se sumaran a los asados que los paisanos acostumbraban preparar en el bosquecito lindero al taller. Un ir y venir que vulneraba la zona militar y atentaba contra las pautas de seguridad que una unidad del ejército debía establecer como norma.

Pero, un día, las huellas comunicantes entre barrio y pueblo amanecieron interrumpidas. Cuatro pelotones, disponiendo de herramientas de cavado, postes y tejidos, cercaron las diez hectáreas que ocupaba el regimiento, forzando a los pobladores de El Progreso a triplicar el recorrido que los separaba del centro de San Agustín. A partir de allí, se terminó la mateada furtiva con el soldado de guardia o la media hogaza de pan dejada al pasar. Mucho menos cruzar la plaza de armas en bicicleta o entrar a la cantina para comprar yerba.

Sin embargo, las autoridades militares resolvieron flexibilizar algunas restricciones, como habilitar el acceso a la cancha de fútbol o alquilar el salón de la cantina para celebrar algún acontecimiento social. Así fue que la madre de Amancay lo reservó para el cumpleaños de quince de las chicas, al que no sólo asistieron amigos, parientes y vecinos, sino que también hubo conscriptos y suboficiales jóvenes que, con la excusa de brindarle seguridad al acontecimiento, participaron de la reunión.

Amancay se destacaba del resto de las agustinenses por su simpatía, su facilidad para establecer amistades y la franqueza de su inocencia, la cual la volvía endeble ante las insinuaciones y los avances masculinos. Las arremetidas varoniles la dejaban sin argumentos, pero, al mismo tiempo, la halagaban y la excitaban. Sobre todo, cuando las palabras más osadas

fueron susurradas aquella noche por el teniente Díaz Galván:

—Con su permiso, señora. Como representante del ejército argentino, me voy a tomar el atrevimiento de bailar con su hija para abrir la pista, como corresponde, ya que los mandatos de cortesía así me lo indican.

Amancay sintió por primera vez, por debajo y dejándose acompañar por el vaivén de los cuerpos, una presión caliente y firme que deseó no abandonar jamás. Pero el decir grave de esos cumplidos lascivos, de esas promesas promiscuas que el teniente primero iba soltándole al oído, hacían que temblara ante el dedo húmedo que había comenzado a arder entre sus muslos.

Luego fue el turno de la Neno. De gesto severo, desconfiada y un tanto arisca para relacionarse con la gente, accedió a compartir el vals con el oficial Díaz Galván, sólo porque su madre se lo impuso. A diferencia de Amancay, la Neno intimidaba a la gente por la agresividad de su mirada, la que enardecía el azabache de sus ojos cuando despreciaba a quien la ofendiera.

Se dejó decir por el oficial mientras bailaba. Se dejó apretar y hasta pareció colaborar para que la firmeza caliente del teniente primero se hiciera lugar donde los cuerpos saben que debe suceder el encuentro. Culminado el vals, el oficial agradeció a ambas madres por la deferencia que tuvieron para con un soldado de las fuerzas armadas, el cual quedaba altamente impresionado por el porte y la belleza que estas futuras mujeres argentinas despleaban en tan lejanas latitudes. Por último, besó las manos de las agasajadas y se retiró del salón, ordenando a sus subordinados que, una vez realizado el brindis de rigor, abandonaran la fiesta guardando las debidas formas.

Unos días antes de navidad y ya pasada la medianoche, Amancay despertó a la Neno para anunciarle que el teniente primero, el mismo que había bailado con ellas, las había invitado a la fiesta anual de oficiales del regimiento. Esa tarde, cuando regresaba de lo de su prima Rita y pasaba por detrás de la capilla, el teniente detuvo el jeep y se ofreció a llevarla hasta el barrio. Ahí le dijo lo de la fiesta. Que también iban a ir otras chicas y otros chicos del pueblo. Que era un ambiente muy sano y que la iba a pasar de maravilla. Que venía un conjunto musical de la capital a tocar especialmente para ellos. Y, sobre todo:

—Me pidió que no dejara de llevarte a vos. Me lo dijo como dos o tres veces. Me vas a acompañar, ¿no? Mirá que, si no venís, voy sola y después no te cuento nada de lo que haya pasado. Y tiene que ser ahora porque los músicos están programados para las doce.

El teniente creía que era ella, la Neno, la seducida, la engañada, la burlada en su confianza, la que se dejó llevar desde el casino hasta el pañol¹⁷ de equipo. No había tal fiesta en el regimiento. No había otros chicos y, mucho menos, otras chicas invitadas a la celebración. *Soy ese vicio de tu piel / que ya no puedes desprender / Soy lo prohibido*, endulzaba el ambiente la voz de Olga Guillot desde un combinado¹⁸ Ranser. No había fiesta sana ni clima de espiritualidad navideña. Había una mesita con botellas, vasos de vidrio grueso, un cabo primero que alternaba los aprietes con ambas chicas, según voluntad del teniente.

Amancay se asustó. Esto no era lo que le había prometido el oficial de caballería. No le gustaba eso de un rato con un uno y un rato con otro. Le repugnaba el cabo Sepúlveda porque era gordo, olía a transpiración y tenía mal aliento. Quería despegar ese cuerpo del suyo e intentaba colar una mirada de auxilio por sobre los hombros del suboficial. Pero la Neno, de espaldas contra la pared y a punto de desacomodar el Ranser con su pierna, se dejaba hacer, se dejaba decir, se dejaba acariciar y no le importaba lo que hiciera el otro con su hermana. Así, el oficial Díaz Galván dejó de jugar al intercambio de parejas.

No hubo reunión danzante para la comunidad joven de San Agustín. Hubo un primer saboreo de bocas, roces de lenguas, manos apretando la entrepierna del otro. Hubo un salir apurado de la cantina, un andar a tientas por detrás de los álamos y un entrar atolondrado a una recámara amplia.

Un filtro de luz delató una almohada, un vientre algo velludo y un pantalón de fajina arrugándose hacia los tobillos. Ropa interior de mujer a medio quitar. Esa cabellera renegrida sacudiéndose. Una mano de hombre, también velluda, basta para sujetarla contra la misma almohada que sigue dejándose ver. Ella, abierta y mojada, entregándose en un único gemido cuando el empuje le hace sentir cuán profundo y ardiente es lo que el primer dolor le regala envuelto en placer. Y goza la Neno, disfruta y pide que ese chapoteo descarnado que la penetra se detenga, pero que no pare, que salpique si es preciso pero que no pare, que haga de ella la yegua que la Señora Díaz Galván nunca va a ser para él. Y el teniente primero cumple con su pedido dándole duro, como ya no puede hacerlo con su mujer, porque la Señora teme que su incipiente embarazo se resienta. No como esta aprendiz de yegua que, sin considerarlo, sin pensarlo y sin desearlo, lucirá para fines del verano un vientre delator de aquella primera noche gozosa, evidencia que coincidirá con el encuentro furtivo de Amancay con ese mismo macho uniformado en la casita del río. Porque la traición se paga con la misma moneda. Porque Amancay lo quería todo para ella, y su propia hermana lo sabía y no le importó. No quería a ese gordo asqueroso al que sólo le gustaba por atrás y se babeaba y le hacía doler y le tiraba del pelo mientras le daba. Lo quería a él, al oficial, aunque de aquí en más no le quedase otro remedio que compartirlo con la Neno y con la Señora. Ya no le importaba, como tampoco le importó, dos años más tarde, dejarlo a Marianito, su hijo, en brazos de la Neno para huir del pueblo. ¡Andá nomás! “Total, es por un tiempo, ¿no?”, le dijo a la Neno cuando ésta fue a despedirla al parador de la ruta 40.

—Si con la Laurita son como hermanos, Amancay. Para él va a ser lo mismo estar conmigo que con vos. Vas a ver qué bien va a estar el nene cuando vuelvas. Andá y no te preocupes, que conmigo va a estar mejor que con cualquier otra. ¿O no somos hermanas, acaso?

La Neno nunca se enteró de las amenazas recibidas por Amancay, porque ésta tenía terminantemente prohibido abrir la boca sobre ese asunto. No supo si fue el ahora capitán de caballería Roberto Díaz Galván o la Señora quien se las había hecho llegar a través del gordo Sepúlveda, lo cierto es que su hermana no regresó en el corto plazo, y tampoco al año, como le prometió en la única carta que se animó a escribir. Simplemente, no volvió porque el capitán así lo dispuso. Pero lo que no esperaba el oficial era que su yegua calentona tuviera que hacerse cargo de los dos bastarditos, que vaya a saber de qué polvo rastroso se los habían pegado esas putas baratas. Pero él podía disponer de su yegua como quisiera. Llevarla a la casita del río cuando se le diera la gana y darle cómo y cuándo se le antojara. ¿O acaso él no había empleado a la Neno con cama adentro, en su propia casa, para que su mujer tuviese tiempo de descansar y ocuparse de Merceditas, el tesoro que Dios le regaló dos primaveras atrás? ¿Qué otro camarada podría haber hecho lo que él hizo por esa pobre muchacha? ¿O acaso él no le permitía a la Neno que sus dos crías jugaran en el *living* o en la plaza del barrio militar con Mechita, el corazón de su vida? ¿O acaso él, cuando Marianito comenzó el primer grado, no lo llevaba a la casa del río, le enseñaba a montar su mejor alazán, lo mandaba al bosque a hachar leña, a palear carbón y a cuántas cosas más que no cualquier chico tiene el honor de hacer para un soldado de la patria? ¿O acaso él no amaba a Laurita casi tanto como a su hija? ¿O no la besaba y la abrazaba como nadie, la acariciaba como nadie, le quitaba la ropa y bañaba a solas como nadie, se la sentaba sobre la falda, la apretaba como nadie y le entregaba los mejores secretos de su intimidad como ni el mejor de los padres lo haría para con su hija?

En cambio, a la que no le gustaba ese derroche de afecto era a la Señora. Decía que el chico, Marianito, tenía algo en su forma de callar y de actuar que la atemorizaba.

—Mirá cómo te mira, Roberto. Sacalo de acá que me pone nerviosa. Y a la chiquita también. Siempre despeinada, siempre pendiente de lo que hace la nena. Yo que vos los echo de esta casa;

a la chiruza¹⁹ esa con sus dos animalitos. Porque eso parecen, animales. Ni siquiera los bautizó. ¿Sabías eso? Para colmo, vos dejás que Mechita juegue con ellos y que anden juntos todo el día. ¿Qué pretendés, que termine volviéndose una salvaje? ¿No te das cuenta la imagen que estamos dando? ¿No pensás en tu prestigio, en el concepto que tendrá la tropa de su superior? Decí que me aguanto porque a fin de año te dan el traslado y espero que esta pesadilla se borre para siempre... ¿Estás loco, vos? ¿Cómo que vas a solicitar permanencia en esta unidad? Ni se te ocurra. Me aguanté que papá te destinara a esta porquería de regimiento porque era lo adecuado para tu carrera, pero ya basta. Este revoltijo mugriento, con esas inmundas que todos saben a lo que se dedican, es demasiado para mí y más para la nena. Mechita no se merece esto y yo tampoco. Así que o aceptás el traslado que va a proponerte papá o me llevo la nena a Buenos Aires y te juro que no me ves más.

Para finales del invierno de 1966, el capitán Díaz Galván fue invitado enérgicamente por su suegro, el general de brigada Bartolomé Martínez Lagos, a cumplir servicios en la campaña antártica. Debía trasladarse en el término de treinta días a la unidad de Río Grande. Una vez en destino, llevaría a cabo el aprestamiento básico que impartirían para los expedicionarios de la campaña 66-67.

—Allí, mi estimado capitán, en el último y más helado culo del mundo, tendrá todo el tiempo que guste para reflexionar sobre lo que le hizo a su familia y al cuerpo de caballería. De esa manera, sabrá atenerse a las consecuencias que su falta de ética y moral le han ocasionado respecto de su deber como custodio de la patria y, fundamentalmente, como esposo y padre de familia. En cuanto a mi hija y a mi nieta, no tiene por qué preocuparse. Tienen en este general un protector digno del uniforme que viste y honra. Yo sé cuidar de mi gente y marcar el rumbo que deben seguir para no quebrarse. Y en cuanto a su regreso, bueno, ya veremos qué se hace con usted una vez cumplida la comisión. Subordinación y valor, capitán. Y, por las dudas, lábrese a fuego la primera consigna: subordinación. Le va a ser muy útil para cuando esté de vuelta.

Fueron dos los años de campaña antártica que debió cumplir. Hubo versiones que adjudicaban a su suegro la orden de extensión de servicios. Otras aseguraban que fue la Señora la que convenció a su padre de proceder de ese modo, porque, sin que el general llegase a enterarse, había iniciado una relación con un proveedor del ejército que visitaba periódicamente San Agustín. Ese fue el verdadero motivo, según se rumoreaba entre la vecindad progresista, por el cual la Señora se negó a dejar el pueblo.

Salvo por una mezquina licencia, la cual el ejército debió concederle debido a un accidente que casi le cuesta la vida, el capitán pudo hacer efectivo un breve descanso en la base de Río Grande y recuperar algo de cordura. Pero una vez finiquitado el descanso, el castigo se intensificó en aislamiento, en tedio, en oscuras jornadas de hipotermia y en una obsesiva necesidad de recrear el salvajismo sexual de su yegua. Pero la inmovilidad de las horas que aquel desierto blanco eternizaba en cada partícula del paisaje, más la distancia y la incomunicación con el continente, no dieron resultado para que el arrepentimiento causara efecto reparador en el espíritu del capitán, porque no había arrepentimiento en el corazón del amante. No había remordimientos en el hombre que hallaba la esencia viril de la vida en la carne y el olor de su yegua, y en la inigualable conmoción que sólo esa boca sabía darle en cada toque de lengua. No había culpa ante la representación impertinente de su mujer o de sus hijas cuando embestía a su hembra contra el borde de la cama, esa misma cama que lo recibía una vez por semana junto al cuerpo flaco de la Señora o cuando apoyaba dormidita a Mechita para que no despertara. Sí hubo un aprendizaje de virtudes, como saber blindar determinados capítulos de la memoria para, a su regreso, fundamentar las acciones que debería aplicar para saldar cuentas. O apaciguar la sobredimensión

de una paciencia que, a la larga, compensaría las penurias que el exilio antártico le estaba deparando.

Dos años después de su regreso, el capitán Díaz Galván fue ascendido a mayor, pero bajo condición de conservar destino fijo en la unidad San Agustín. Para entonces, ya hacía un año que la Señora lo había abandonado y que Laurita realizaba las tareas domésticas en la misma casa donde acostumbraba jugar con Mariano y Mechita.

—Para mí, Neno —decía el mayor mientras observaba cómo su yegua liberaba las tetas para encenderlo—, es una bendición que Laurita haya aceptado reemplazarte. Ahora que entraste a la municipalidad, me hacía falta la mano de una mujer en casa. Es una suerte que las cosas se hayan dado así. ¿Cuántas veces te dije que a esa mocosa la quiero como a una hija? Acá puede hacer lo que quiera. Es más, le voy a proponer que se quede a pasar la noche en la habitación de Mecha. Total, ella va a visitar a su madre todos los meses. ¿Qué va a andar caminando cinco kilómetros de ida y cinco de vuelta para ir hasta la casita del río? Dejala, que conmigo va a estar bien. Y terminá de pelearla por el asunto de la escuela. Si no quiere estudiar más, que no estudie. Ya tiene quince años. Es grande. Por ahí, quién te dice, empieza a valorar lo que es tener la posibilidad de ser una persona educada. Dejala, nomás, dejala, que solita va a aprender. ¿Para qué estoy yo? Claro, vos también, por supuesto.

La Neno insultó al Padre Anselmo cuando éste, tomándola de los hombros y susurrándole al oído, pronunció pausadamente la palabra “perversión”. Que no era él el destinatario de su ira, sino ella misma por negar la verdad. Fue ella quien acudió a la casa de Dios para echarle luz a la penumbra que perturbaba su alma. Y el Señor, justamente, al iluminarla a través del peso de la palabra, le estaba dando una respuesta. “Perversión, estupro, pecado”. La Neno no conocía el significado de esas palabras, pero cada una de ellas, pronunciadas así, de forma reservada por un cura, como confesando algo prohibido, la hacían sentir sucia y culpable. Nunca pensó que Roberto sería capaz de eso (“si la quería como a una hija”). No le creyó a Mariano cuando dijo que él y Mecha los habían escuchado desde el jardín, quietitos y pegaditos a la ventana de la habitación del viejo.

Mariano sostenía que Laurita no tenía la culpa porque las amenazas del mayor iban expresamente dirigidas a ella, a la Neno. Laurita no podía hacer otra cosa que dejarse usar y guardar el secreto. Pero Mecha no. Mecha decía que Laura era una puta reventada que se hacía la difícil, la que no le gustaba, para tener poder sobre su padre y obligarlo a hacer lo que a ella se le antojara. Su papá no tenía la culpa. Su papá es hombre, un hombre abandonado. Y los hombres son débiles y fáciles de convencer si una mujer se lo propone. Pero ya se la iban a pagar, porque por culpa de esas mugrientas su padre tuvo que comerse dos años en la Antártida, más otro en Comodoro Rivadavia. Por culpa de esas basuras, su madre los dejó y ahora ella, como si a nadie le importara, tiene que andar como maleta de loco de aquí para allá, de la Patagonia a Buenos Aires, cada vez que a sus padres se les antoja. Putas las dos. Una más que la otra.

Laurita quedó embarazada la noche del 24 de marzo de 1976. Dos meses más tarde, la Neno debió abandonar San Agustín por razones que su hija nunca llegó a saber. El pedido del ahora coronel Díaz Galván al coronel Aguado y de éste al teniente coronel Berti, y de éste, a su vez, al mayor Constanza logró que la Neno ocupara la vacante de auxiliar de Bienes y Servicios en la municipalidad de La Plata.

La examante del ahora coronel Díaz Galván jamás había pensado que una ciudad podía llegar a ser tan grande y luminosa, tan ruidosa, con tanta gente entrecruzándose a las apuradas de un lado a otro. Tan calurosa y húmeda La Plata, pero tan bella. Avenidas y diagonales arboladas, asfaltadas y alumbradas. Tantas vidrieras para disfrutar. Tantas mujeres y hombres elegantes, de

trato fino, soltando una estela de perfume a su paso. Lo único feo eran las pintadas en las paredes, los panfletos que revoloteaban en el aire luego de una explosión y las sirenas policiales a cualquier hora del día.

De a poco, la Neno fue aplacando la angustia a la que el destierro la había amarrado. No le quedó otra opción que acostumbrarse a vivir en la ciudad y dejar de odiar a quien encarnó el peso de aquellas tres palabras que pronunció el cura del pueblo. En cuanto a Laurita, una mezcla de amor, odio y compasión la invadía cada vez que los recuerdos la asaltaban. Extrañaba a su hija, claro que sí, mucho la extrañaba, como también a Mariano, prácticamente su hijo.

Las cosas fueron ajustándose a una nueva forma de vivir, que exigía un reacomodamiento diario a las novedades de un mundo deslumbrante. Lo que no le costó fue ambientarse al departamentito que el teniente coronel Berti le consiguió para que se instalara. No era necesario pagar alquiler porque los propietarios ya no lo necesitarían más. Nunca más. Un caballero, el teniente coronel. Tan alto y estilizado, tan impecable con sus vestimentas, tanto de uniforme como de civil. Tan servicial al querer acompañarla durante los primeros días a su lugar de trabajo. No tendría que haberse molestado en llevarla a cenar a una pizzería tan lujosa como *La muzza del nonno*. Menos aún, en repetir ese menú en su departamento, a solas, con una música tan linda, con ese vino tan dulce que la hacía reír por pavadas²⁰ y que puso un poco cariñoso, un poco toquetón, un poco pesado al teniente coronel. Un poco apurado por decirle y hacerle sentir sus intenciones. Un poco bruto para empujarla sobre la cama. Muy bruto para despojarla de la ropa. Salvaje para chuparla, para prometerle y pedirle guarangadas²¹. Bestia para entrarle de frente, para darla vuelta y exigirle que se abra por atrás, como le contó el coronel que lo hacía. Desconsiderado por cachetearla y escupirla, al tiempo que la penetraba hasta el fondo, cada vez más fuerte, cada vez más rápido y acabando adentro, sin importarle cuántas veces repitiera ese goce a lo largo de los meses que la tuvo a su merced.

El 24 de marzo de 1977, la Neno Corvalán, por primera vez, entró sola a un bar, pidió un café con leche y medialunas, y abrió el sobre que le había entregado la secretaria del laboratorio de análisis clínicos. Por sobre el borde del papel membretado, en perspectiva a la diagonal empedrada donde se hallaba el bar, advirtió un movimiento de personas que le llamó la atención. Una pareja de jóvenes armados cruzaba la calle a la carrera, se detenía sobre la mano contraria y regresaba al punto de partida para ocultarse detrás de un puesto de revistas. El auto verde que pasó frente a ellos frenó antes de llegar a la esquina, giró en U, aceleró y se detuvo a unos metros del puesto. El vehículo, al que de inmediato lo emparejó otro similar, era parecido al que Roberto tenía en San Agustín. Los disparos, los gritos y la gente entrechocándose compusieron una escena revuelta por el desborde. Los hombres que descendieron de los vehículos color oliva se desplegaron y abrieron fuego al mismo tiempo. Las hojas metálicas del puesto de revistas no resistieron la progresión de plomo que lo perforó de forma desmedida. Parabrisas, papeles y pedazos de baldosas repartían sus partes en un infierno callejero. Hasta que el muchacho que se protegía detrás del puesto cayó herido, luego de golpear de espaldas contra la puerta de entrada de un edificio de departamentos. A continuación, fue el turno de la chica, que antes de desplomarse abrió fuego y corrió hacia su compañero. Después, por unos segundos, hubo silencio y quietud. Nada que por naturaleza se declarara vivo parecía componer el escenario. Una ligerísima nube de humo flotaba por detrás de los autos verdes. De repente, un hombre trajeado cruzó la calle e hizo un gesto para que sus camaradas lo siguieran. Era alto, estilizado y vestía un ambo²² gris oscuro, absurdamente elegante para una situación tan caótica como la que allí estaba culminando. Empujó con el pie al muchacho y luego hizo lo mismo con su compañera. Pero la chica seguía viva. La Neno la vio alzar la mano y mover una pierna. Un segundo hombre,

uniformado y pasado de peso, pateó a la muchacha en la cabeza. Pero no fue éste, sino el del traje gris oscuro el que la tomó de los cabellos, la arrastró hasta el vehículo y la cargó en el baúl. A la Neno le resultó familiar el porte de ese hombre, pero no estaba segura de que fuera quien ella pensaba. Lo veía gesticular, dar órdenes, señalar sectores y proceder con absoluto dominio de la situación.

La Neno no tuvo miedo porque todo sucedió demasiado rápido. Es más, por detrás de la ventana del bar parecía estar viendo una película policial. Demasiado irreal para ser verdad. Desde allí, podía adivinar la tensión en los rostros y los gestos de los protagonistas, pero no alcanzaba a escuchar lo que decían. Sólo se estremeció con los disparos, con el estallido de los vidrios y la explosión de un neumático. Pero no se escuchaban las voces en las imágenes de las que fue testigo.

Luego de cargar el otro cuerpo en el vehículo de apoyo y retirarse tan rápido como llegaron, incluso el auto que desflecaba²³ uno de sus neumáticos reventados partió a alta velocidad. El espanto fue ganando a quienes presenciaron el enfrentamiento. Solo la Neno permaneció pasiva en su mesa de café. Miraba el puesto de revistas. Fijaba su atención en un brazo encharcado en sangre, que asomaba por debajo de una de las hojas metálicas. No se sumó a las expresiones de horror ni a los interrogantes de los mozos. No se tomó la cabeza ni huyó al fondo del local, ni lloró como lo habían hecho las mujeres que tomaban el té en la mesa vecina. La Neno temía. No sabía cómo tenía que proceder ante una situación como ésta. Temía por lo que estaba por venir. Temblaba. Eso no podía estar pasándole a ella. No en este momento. Esa tarde del 24 de marzo de 1977, el texto que acompañaba el papel membretado del laboratorio decía en letras negritas que el resultado era positivo.

A media cuadra, junto al puesto de revistas acribillado, los bomberos quitaban un tercer cadáver de la escena y se disponían a lavar la vereda, a enjuagar cuanto antes la sangre que escurrían las baldosas acanaladas, los canteros florales, la cuneta y, por último, la alcantarilla. Pasada la medianoche, nada quedaría de aquel tiroteo. No habría vainas servidas rodando por el empedrado. Tampoco esquirlas de revoque o de baldosas. No habría muertos. Los diarios no registrarían titulares referidos al tema. Sólo quedaría el desmantelamiento de un puesto de diarios y revistas. Y a media cuadra de allí, en el bar, uno de los mozos se ocuparía de recoger la picadura²⁴ de un sobre vacío y de montar cada una de las sillas vienasas sobre sus respectivas mesas, mientras el ayudante de cocina se esmeraría en volcar agua con desinfectante sobre el piso y refregar la mugre del día.

El ayudante de cocina, Toranzo, trataba de limpiar las huellas de los cientos de calzados que, vaya a saber desde dónde, vinieron a dejar constancia de su miseria.

—Así que dale, Torancito querido, metele duro y parejo al mosaico —le gritaba el tano²⁵ Catanzaro, el dueño del bar, mientras actualizaba en una libreta el movimiento diario de la caja—. Metele que se nos pasa la vida y en un rato hay que volver a empezar. Vos dale al trapo. Dale, metele. Haceme caso. Y dejá de mirar por la ventana que lo de afuera no existe. ¿Entendiste? Éste es tu mundo, no ése. Vos dale tranquilo que aquí no ha pasado nada.

Alquería, granja.

Continuador del Partido Peronista, adquirió su nombre en 1971 debido a una ley de facto que proscribió las designaciones personales en las denominaciones de los institutos políticos. Históricamente ligado a los obreros y los sindicatos, el PJ es el partido que en más ocasiones ha ocupado la presidencia argentina.

Arturo Frondizi (1908-1995), presidente de Argentina de 1958 a 1962. Llegó al cargo mediante un acuerdo político realizado con Juan Domingo Perón (quien en ese entonces se encontraba exiliado). Debido a los conflictos sociales generados por sus políticas y a las fuertes presiones militares en su contra, fue derrocado el 29 de marzo de 1962.

Bodega, almacén.

Tocadiscos.

Mujer vulgar.

Tonterías, dichos insulsos.

Groserías.

Traje masculino.

Deshilachar, deshacer.

Pedazos rotos.

Italiano.

TRES

El responsable de la hostería, un hombre canoso que irrumpió en mi habitación, era el gerente de la casa de hospedaje. La propietaria era su esposa, Carmen Gauna, quien quiso honrar la memoria de su padre al bautizar el negocio con su apellido.

El vasco Gauna fue uno de los pocos agustinenses que se anticipó a lo que en el 83 sería la sepultura líquida más extraordinaria de toda la Patagonia. Previendo que el inminente llenado de la represa condenaría a San Agustín a morir sobre el lecho de un lago artificial, adquirió a precio insignificante los terrenos que hoy ocupan tres chalets residenciales, una hostería, una estación de servicio con minimercado incorporado, la principal agencia de turismo de Alto San Agustín y tres canchas de fútbol de alquiler. Pero, salvo la figura propietaria que compete a Carmen, fue su esposo, Cristian Lynch, el artífice del emprendimiento inmobiliario que hoy lo erige como cara visible del mismo y como una de las promesas políticas más mimadas del partido provincial.

Lynch llegó a la Patagonia a poco de haber cumplido dieciocho años. Lo hizo de manera forzada, obligado por la ley de servicio militar obligatorio. De otra manera, y por ningún dinero del mundo, hubiese abandonado Buenos Aires y todavía menos su amado barrio de Belgrano, apartándose del glamoroso círculo de amistades que lo rodeaba y de la comfortable vida que le deparaba el alto estándar económico familiar. Pero el sorteo de la Lotería Nacional²⁶, más la terminante negativa de su padre a mover influencias para salvarlo de su compromiso con la patria, lo sentenciaron a cumplir el mandato de las armas en el regimiento de infantería de montaña de San Agustín. Necesitó mucho más que el amasijo recibido en Campo de Mayo, la instrucción intermedia en Covunco y el derrotero hasta los cuarteles del coronel Díaz Galván para saber que la muerte en vida también es una verdad que el diablo dibuja en el fuego. Necesitó de la revelación amorosa para comprobar que el sentido de la vida no acababa con la condena del uniforme, con la humillación diaria de sus superiores y con la consigna de que el deber de un soldado se construye combatiendo a todo aquel que desprecie a la patria. Necesitaba algo, o alguien, que lo rescatara de la desesperanza y que volviera a encender sus ganas de vivir. Y él tuvo la fortuna de salvarse gracias al amor de Carmen. Gracias a aquel primer beso interminable, encendido en el traspatio de la capilla, luego de que los ojos de la muchacha se entreabrieran para que él sintiera que era allí, en ese punto remoto del planeta y abrazado a ese ser que le entregaba todo, donde debía fundar su lugar en el mundo para empezar a existir.

Carmen superaba todas las expectativas que cualquier chica porteña hubiese podido despertar en él. Creyó que no la merecía, que no tenía derecho al amor de un ser tan transparente e incondicional como ella. Comprendió que aquel Cristian Lynch que se pavoneaba en el auto de su padre por avenida del Libertador para conquistar mujeres o gastar los billetes de su madre en salidas nocturnas, era la burda caricatura de un mocoso despreciable.

Era inconcebible pensar que cuando le dieran la baja retomaría con entusiasmo aquella vida estéril. Ya no era el mismo. Había perdido la cuota de alegría que antes le brindaban las cosas banales. No se reconocía en su propia historia. Odiaba esos rostros engreídos que se colaban en las fotografías juveniles de la memoria. Nenes de mamá que no saben lo que es arrastrarse entre los cardos y limpiar con la lengua los borcegués del cabo que aplasta tu mano. Maricones veinteañeros que en su puta vida los hicieron correr a punta de pistola por la escarcha. Bebotes

llorones que no tuvieron que aguantar las lágrimas cuando los estaqueaban²⁷ al sol. Si ahora mismo tuviese la oportunidad de tener frente a sí a cualquiera de aquellos pendejos²⁸ ricachones, les partiría la cara con la culata del fusil. Incluso lo haría con su padre, quien, sin duda y con regocijo, se felicitaría por verlo hecho un hombre.

Por cierto que habían pasado pocos meses desde aquellos livianos días de jolgorio y buenaventura, pero los cambios fueron contundentes. El sufrimiento de contado, sin anunciar cuándo, cómo y cuánto tiempo habrá de suceder, es más que suficiente para transformar a una persona. Existía una enorme distancia entre aquel Cristian de vida consentida y este colimba²⁹ que masticaba bronca³⁰ al sur del mundo. Le hurgaba una suerte de duelo que prometía no abandonarlo, duelo que lo había curtido en carácter y que lo hacía desconfiar de casi todo lo que lo rodeaba. Tal vez luego de la licencia anual, una vez que visitara a sus padres para anunciarles que no regresaría a Buenos Aires, afianzaría esa relación fogosa que proponía Carmen y se dejaría llevar a una instancia mucho más comprometida y definitiva para su futuro.

—Discúlpeme, doctor, que entre de sopetón en su habitación —dijo Lynch acomodando de revés la única silla que había en el cuarto y sentándose a horcajadas—. Pero a lo mejor puedo ayudarlo a encontrar lo que está buscando o lo que necesita encontrar. Usted entiende cómo es la gente de pueblo. Llega alguien de afuera y a los dos días todos saben en qué anda. Y si no lo saben, lo inventan. Le comento esto porque hace un rato vino a verme la trabajadora social, Carolina, la hija de Jesús Rodríguez. ¿Se acuerda que usted habló con sus padres en la estancia? Bueno, Fabiola, la sobrina, escuchó que usted consultaba a sus abuelos sobre cierta persona. Al rato se lo contó a la tía, después al novio, éste a su madre y, en fin, así es como se teje la red de noticias en el pueblo. Por suerte somos pocos los que sabemos quién fue esa mujer, porque la mayoría de los pobladores del viejo San Agustín ya no están en la zona. Y para serle sincero, a personas de esa calaña es mejor perderlas que encontrarlas. Miré lo que son las cosas. Yo llegué en el 77 a San Agustín porque me tocó hacer la colimba en el regimiento de infantería, en el viejo regimiento, el que ahora está bajo el agua. El nuevo, por suerte, está apartado del pueblo, a cinco kilómetros. Gracias al finado de mi suegro, tenemos todo esto que usted ve. Pero, bueno, como le decía, yo la conocí a esa señora, a Neno Corvalán. Lo que va a ser difícil es que usted pueda dar con ella, porque después de la muerte del cura y de los maestros desaparecidos, a esa mujer no se la vio más por acá. Algunos decían que no era verdad que se había ido. Estaban convencidos de que la mataron para que no ventilara la mugre que desparramaban los milicos. Que la liquidó un coronel que tenía a todo el pueblo atemorizado. Es que, además de los asesinatos y las desapariciones que le cargan a ese tipo, también lo acusan de acostarse con la hija de esa mujer. Díaz Galván estaba obsesionado con la pendeja. Tanto, que quería deshacerse de la Coronela. Ahora, lo que nadie sabía era que Mariano, el medio hijo de la Corvalán, también gozaba de la piba³¹. ¿Ya le hablaron de ese muchacho, de Mariano?... ¿Ah, no? Bueno. Ahora nomás lo pongo al corriente. Como le venía diciendo, todos creían que las nenas de Laurita eran de Mariano. No puedo asegurar que las dos hayan sido hijas suyas, pero la más chiquita sí. La carita la vendía. Era igual a Mariano. Es que ahí había un revuelo de sábanas que era muy difícil entender. ¡Qué se yo!: orgías entre hermanos, encamadas entre padre e hija, intercambio de mujeres con otros milicos. Pero eso sí, nadie comentaba nada en voz alta porque era época de cerrar la boca. Si uno hablaba de más, era boleta³². Yo sí estaba al tanto de lo que sucedía porque el coronel me había tomado como asistente. En esa época, éramos pocos los colimbas que sabíamos manejar un auto y escribir a máquina. Y yo, además, corría con la ventaja de hablar inglés. Lo absurdo era que nunca tuve que redactar una nota ni traducir nada. Pero él decía que prefería un colimba educado, fino y

blanco, antes que un suboficial cabeza negra. A los seis meses me nombró dragoneante³³ y prometió que saldría en la primera baja. Todo mentira. Tuve que quedarme un año más porque a la Junta Militar se le antojó desatar un conflicto con Chile, por el canal de Beagle³⁴ y un par de islas chotas³⁵. Pero el hecho de estar a su servicio me permitió saber muchas cosas: lo que pasaba dentro del cuartel, fuera del cuartel y en su casa. Por eso le digo que puedo ser de ayuda. Pero vaya haciéndose a la idea de que esa mujer ya no existe. Y si es por una cuestión de herencia que lo hicieron venir hasta aquí, dudo que haya algún documento que acredite fortuna, porque la Corvalán nunca fue dueña de nada. Ni siquiera de un pedazo de tierra donde caerse muerta. Pero créame que es como le digo. Al margen de lo que podamos aportarle con el turco Barim, otra información más fiel que la mía no creo que vaya a encontrar.

*

La primera luz de la mañana plateaba la superficie del río y hacía relucir el rocío que aún posaba sobre la gramilla³⁶. Después de las últimas cruces y de la medianera que delimitaba el cementerio, una lomada³⁷ suave redondeaba el terreno y lo precipitaba hacia la orilla del Huancúl. Sentado sobre un tronco, deslumbrándome por la transparencia que entregaban aquellas aguas, demoré en asimilar el contrapunto que ofrecía el esplendor del amanecer con la pasividad inquietante del camposanto. El testimonio de la muerte quedaba relegado ante la entrega multicolor que empezaba a revelarse con el amanecer. El pinar que enmarcaba la necrópolis, las colinas que acompañaban la curvatura del río, el frío mañanero que casi hacía rozar la levedad de la bruma sobre el agua volvía cautivante el contraste de las tumbas, las que, anilladas en círculos concéntricos, forzaban al visitante a focalizar el conjunto por sobre cada una de las parcelas.

Saúl Barim fue tan puntual como me lo había asegurado por teléfono. De ambo negro, corbata punzó y zapatos charolados, el ex compañero de armas y ahora amigo personal de Lynch se presentó guardando las formas que le cabían como funcionario local. Así como el antagonismo entre muerte y vida me había impactado, el más que ostentoso aspecto del turco Barim me confundía por demás. Ni la campera³⁸ de alta montaña ni los guantes que calzaba eran suficientes para aplacar el frío que a esa hora me hacía tiritar junto a las tumbas. Pero la baja temperatura parecía no afectarle a ese hombre que, a mano desnuda y con el cabello ondeado en gel, se aplicaba en saludar y darme la bienvenida en nombre del municipio.

Lynch fue más que servicial al insistir en ese contacto y en indicarle al empleado de despacho que me aportara toda la información referida al asunto. Como el turco fue uno de los responsables en trasladar los cadáveres del antiguo cementerio al actual, tal vez manejara datos que en su momento resultaron intrascendentes, pero que ahora podrían ser valiosos.

—En este caso —explicaba Barim, señalando la tumba que teníamos frente a nuestros pies—, trasladar no significaba ni más ni menos que desenterrar ataúdes y transportarlos a su nuevo destino. Cuando se trataba de fallecimientos relativamente recientes, la tarea era sencilla; pero cuando había que remover fosas antiguas, digamos, mayores a veinte años, no había otra forma que reunir las astillas podridas junto a las osamentas medio húmedas y hasta con jirones de vestiduras barrocas, y pasarlos a una especie de cofre. Sólo una de las intervenciones tuvo carácter de exhumación, ya que se trató de una fosa común donde los cuatro cuerpos hallados, dos pequeños y dos mayores, estaban como anudados en un revoltijo de huesos y tejidos chamuscados. Ese fue mi primer trabajo como empleado municipal —dijo Barim, convidándome un cigarrillo que acepté más por cortesía que por compartir un placer que no revivía desde mi separación de Marcela—. Nos dieron un mes de plazo para desenterrar cada uno de los cadáveres y llevarlos hasta este lugar que usted ve ahora. Un trabajo francamente repugnante porque había cuerpos

salidos de los ataúdes, mordidos por los bichos o cruzados por raíces. Y, como si esto fuera poco, las últimas excavaciones tuvimos que hacerlas de noche porque vencía el plazo y la empresa largaba sí o sí el agua en la fecha indicada. En ese entonces, tal como le pasó a Cristian, yo había terminado la colimba y estaba de novio con una chica del pueblo. Así que me casé con ella, con Susana, y entré a la municipalidad como auxiliar de maestranza del cementerio. Cinco años después, ascendí en el escalafón administrativo. Fui uno de los pocos empleados que nunca dejó de capacitarse porque sabía que lo mío estaba más allá de un puesto ordinario. Por el momento, continúo como secretario de hacienda, pero estoy candidateándome para diputado por el partido provincial. Diputado nacional —aclaró en tono grave—.

Mientras terminábamos nuestros cigarrillos en el sector de nichos, Barim hizo una síntesis de su vida agustinense. Luego de separarse de Susana, tuvo dos matrimonios más, los cuales fracasaron, según su versión, porque sus exesposas no aceptaban la consagración del funcionario a la vida política. Fue evasivo al momento de responder sobre episodios vinculados a las relaciones que tuvo o que hubiese podido tener con personas allegadas al poder de turno. Ni siquiera se detuvo a detallar momentos relevantes de su vida como conscripto. Sobre el particular, rescató la amistad que entabló con Lynch y lo aburrido que fueron aquellos años, esperando que pasara el tiempo lo más rápido posible para volver a la vida civil.

—Pero ya ve, doctor, el corazón manda y aquí me quedé desde entonces. Lo que jamás hubiese pensado es que el corazón pudiese repetir ese mandato por triplicado. Por fortuna, los hijos nos salvan de los errores cometidos. Tengo tres maravillas que me enorgullecen cada día más: dos varones y una nena. Uno de cada mujer. Candelita, la menor, es la única que vive en el pueblo con su madre; Rubén, el mayor, estudia abogacía en La Plata; y Emanuel, el del medio, vive con mi segunda exesposa en Buenos Aires. Pero no se crea que los tengo abandonados. Nada que ver. Por suerte viajo bastante, siempre por demandas propias del partido, y trato de no perder contacto con ellos. Ahora acompáñeme, por favor, que quiero mostrarle algo curioso. Mire esa tumba —dijo tomándome del brazo y apoyando su hombro contra el mío—. Es la única que tuvimos que reubicar por fuera del perímetro. Como no tenía crucifijo de cabecera ni identificación y no estaba registrada en los archivos, el cura determinó que no correspondía incluirla en un espacio bendecido por almas cristianas. Pero nadie sabía con seguridad a quién o a quiénes pertenecían esos restos, cuatro osamentas en una misma urna. Al principio pensamos que se trataba de la hija de la Coronela y de sus nietas, pero ellas fallecieron en un incendio intencional y nunca hubo certeza sobre el rescate de los cuerpos. Además, eran tres: la madre y dos nenas, no cuatro como encontramos en el 83. Lo confuso es que la lápida, ¿ve ahí, bajorrelieve?, tiene talladas tres crucecitas y no figura fecha de deceso. Pero fíjese que lo más extraño de todo esto es que allá, en el antiguo cementerio, esa lápida no existía. Alguien la colocó después del traslado. Y si mira por detrás del mármol va a ver que hay una inscripción tallada en cursivas. Ahora, volviendo al tema que a usted le importa, por lo menos en lo que a mi función compete, no hay nada que pruebe que esa mujer haya desaparecido de forma forzada. Para mí que se fue porque no soportaba más la situación que se había generado en torno a sus vínculos con los militares. O a lo mejor escapó porque recibió amenazas. Para quienes vivimos aquellos años de terror, el recuerdo de la Coronela no es nada agradable. Mire, le voy a confiar algo, total usted está de paso y no creo que vuelva. Quiero decir que lo que voy a relatarle queda entre nosotros y los finados que descansan bajo nuestros pies. El poder que tenía esa mujer por entonces duró el tiempo que duró la calentura del coronel por ella. “Lo que a la Yegua se le antojaba, Galván se lo daba”, decía un versito popular que circulaba por aquellos años. Ella hacía lo que quería con él y con quien se le ocurriese. Y si no se la complacía, bueno, podía llegar a ser terrible en sus represalias. Y ahí

viene la parte que me toca y de la que puedo dar fe. La Coronela vivía alzada por naturaleza y uno de sus platos preferidos eran los colimbas, no los cabecita negra que venían del norte. Ésos no. A ella se le antojaban preferentemente altos, de buen hablar y que tuvieran todos los dientes. Y si eran porteños, mejor. Para colmo, tenía un culo y unas tetas que se la hacían parar hasta a un muerto, con perdón de los de aquí abajo. Una noche, después de la celebración del 25 de mayo, el coronel nos mandó a buscar a Cristian y a mí para que hiciéramos de camareros en una fiesta privada que organizaba el círculo de oficiales. Nos llevaron en jeep hasta una dependencia amueblada que el coronel tenía en el extremo norte del predio militar. Más o menos por allí, como metiéndose en el lago. ¿Ve, al pie de ese cerro con forma de zapato?... Sí, desde ya, ahora está bajo agua. Bien, como le iba contando, llegué con mi amigo a ese lugar. Había música, mucho humo, mucho alcohol, pastillas de todos los colores y una lámpara de pie encendida en un rincón. Era alucinante y muy loco ver a nuestros jefes en calzoncillos y alzados como potros, manoseando tanto a mujeres como a hombres. Mujeres había cuatro nada más: dos chicas del Jote, un prostíbulo que funcionaba junto a la ruta vieja, la Coronela y su hija. También participaron tres muchachos que no habíamos visto anteriormente. Uno de ellos, el más alto y corpulento, se había maquillado y disfrazado como Marilyn Monroe. Las del Jote y los pibes estaban en la suya porque les habían prometido un buen pago por la noche completa. Pero Laurita, la hija de la Coronela, estaba muy asustada y le pedía a su madre que la sacara de ahí. Pero ella misma, la Coronela, la tomó de la mano y la llevó por la fuerza hasta donde estaba el coronel con el capitán Villegas. Cristian y yo estábamos cagados hasta las patas por lo que estábamos viendo. No lo podíamos creer. No por la orgía, sino porque los mismos tipos que nos humillaban y maltrataban a diario eran los organizadores de semejante descontrol. Así que a Laurita se la llevaron entre el capitán y el mayor Urtasún a una recámara que después supimos que se la conocía como el Edén. Galván quiso seguirlos, pero estaba tan borracho que tropezó con la alfombra, partió la mesa ratona³⁹ donde apoyaban las bebidas y quedó desmayado sobre los pedazos de vidrio. Ahí nomás la Coronela vino hacia nosotros, se desnudó y ordenó que la siguiéramos. Atravesamos el salón y fuimos los tres hasta un cuartucho que daba pared de por medio con el Edén. En el lugar había una cama deshecha, media botella de ginebra sobre una silla y un balde de metal. La Coronela se arrodilló, le bajó los pantalones a Cristian y comenzó a chuparlo con desesperación. Lo chupaba y al mismo tiempo metía la mano en mi bragueta. Sabía cómo apretar y poner duro a un hombre. Pero justo en ese momento, cuando me había entregado por completo, fue cuando escuché a Laurita pidiendo por su mamá. Los llantos llegaban algo apagados a través de la pared. Era como si estuviésemos escuchando llorar a una criatura. El reclamo de la chica se entremezclaba con las carcajadas y los gritos de esos hijos de puta. Se ve que se avivaron y le taparon la boca, porque, de pronto, pasó a escucharse el traqueteo de una cama contra la pared, el agite de uno y las palabrotas de otro. Y ahí fue cuando yo no pude, doctor. Le juro que no pude seguir. Me ablandé y me avergoncé como nunca me había pasado en la vida. No porque me hubiese venido a menos cuando más duro estaba, sino por vergüenza ajena y por impotencia. Pensar que los colimbas vivíamos fantaseando y esperando el día de franco para juntar unos pesos e ir a ponerla al Jote, y ahora que tenía semejante yegua a disposición, con esas tetas sacudiéndose ante cada chupada que le daba a Cristian, la culpa me hacía ir para atrás, subirme el pantalón y pedir disculpas por no poder. Pero las disculpas no le servían a esa hembra calentona, porque nadie le decía que no a la Coronela, menos aún un soldadito de cuarta. Esa negativa me costó un arresto, la postergación de la baja y la promesa de guardar silencio sobre lo que había visto esa noche, bajo amenaza de ir a dormir con las truchas al fondo del río. Esa fue la última vez que vi a la Neno Corvalán, llenándose la boca con el pedazo de Cristian y cruzando su mano contra el cuello en señal de que

ya se las iba a pagar por no haberla complacido. Qué se yo qué pasó con ella después de ese quilombo⁴⁰. A lo mejor, Galván se la sacó de encima para evitar complicaciones. Como este episodio trascendió los cuarteles y el suegro de este tipo era general de brigada, al coronel le iniciaron un sumario. Se ve que este desgraciado recurrió a todas las formas legales e ilegales para ponerle paños fríos a la cosa y cajonear el proceso, porque, hasta donde tengo conocimiento, nunca se lo sancionó a Galván ni a los otros oficiales. Bueno, hasta aquí llega lo que puedo decirle respecto de la Neno. De un día para el otro se hizo humo. En fin, qué se le va a hacer. Son cosas que pasaron hace mucho tiempo, pero que siguen jodiendo de alguna manera. Ahora va a tener que disculparme por abandonarlo y por el madrugón que le hice pegar, doctor, pero los primeros lunes de cada mes viajamos con el intendente a la capital provincial para sumarnos a la reunión ordinaria de hacienda, y no quería desairar a Cristian con el pedido de atender su consulta. Espero haberle sido útil. Si gusta, puede quedarse a recorrer el predio y después visitar la fábrica de dulces, así se lleva un par de frascos para compartir con la familia y los amigos. Cualquier cosa, le dice a María Clara, la señora de la cooperativa, que le anote dos a mi nombre. Por lo demás, siéntase como en su casa y muévase con confianza. Ya le dije a Suárez, ese señor de gorra que está junto al portón, que lo atienda si es que llega a necesitar algo. A pesar de tratarse de un lugar tenebroso para los vivos, el diseño circular de los jardines lo convierte en uno de los lugares más atractivos que tenemos en el pueblo. ¿Trajo cámara fotográfica?

*

Hice varios intentos por comunicarme con Longoni, pero no hubo caso. Calculé que a esa hora de la mañana estaría en el quirófano, cubriendo las cirugías programadas para la fecha. Necesitaba hablar con él porque anoche venció mi licencia y hoy tendría que haberme presentado a trabajar. No quería dar explicaciones sobre mi ausencia a la encargada de recursos humanos. La solicitud de una prórroga me llevaría a un nuevo altercado. La vez anterior fue a causa de mi separación con Marcela. No podía reponerme anímicamente y le pedí a Maruja, la responsable del área, que por favor me otorgara una semana más de franquicia⁴¹. El rechazo de la excepción derivó en una discusión desmedida, con insultos y agravios hacia su falta de compañerismo. Tuvo que mediar Longoni para que el informe de Maruja no llegara a la dirección general. Por lo anterior, descarté aquel llamado e intenté lo propio con el subjefe de sala, pero tampoco atendió. En vista de lo anterior, opté por apagar el teléfono, ya que, de lo contrario, comenzarían a enloquecerme con un llamado tras otro.

El cúmulo de nubes que se había cerrado sobre la región opacaba las aguas del río. El frío se hacía sentir, debido al viento que comenzaba a inclinar las arboledas desde su tramo más alto. La primavera patagónica suele comportarse de manera caprichosa, como si se tratase de una impertinente prolongación del invierno. Las jornadas varían entre la rebeldía de la floración y la inestabilidad de un clima que parece interpretar el ánimo de quienes nos debatimos en una existencia impuesta por la incertidumbre. Frente a mí, el círculo interno del cementerio ordenaba un abanico de epitafios que, si bien no resultaban originales en sus dedicatorias, me llevaban a valorarlos como testimonios de vidas completas: *Madre querida, nunca te olvidaremos; A Braulio, compañero fiel; Ramón Expedito, padre, amigo, hermano; ¡Papá, que Dios te ame tanto como lo hicimos nosotros!; Guadalupe Núñez vda. de Martín, ejemplo de amor; Mamá, no te fuiste, sólo te alejaste para esperarnos.*

Entre lápidas, mármoles y una serie de bóvedas en línea, recorrí las veredas intentando conjeturar alguna hipótesis sobre lo que hubiese podido ocurrir con mi madre. El testimonio de Barim me había estremecido, tanto por las imágenes que recreó de la Coronela y de mi hermana,

como por la desazón de no aportar datos confiables que ayudaran a desentrañar la confusión que estas revelaciones generaban.

¿Esa anciana de andar tierno y sonriente que vi venir desde la alameda era en verdad mi madre? ¿Era su cuerpo el que resguardé en el baúl del auto o todo responde a una farsa perpetrada por el autor de una venganza tardía?

El revuelo de interrogantes que había desatado el relato de Barim me estaba llevando al límite de la razón. Representaciones atroces de mi madre y de mi hermana se sobreponían unas a otras en escenas insoportables. Imágenes de rostros configurados sobre la nada, sobre el vacío de lo que me había sido negado. La sola idea de ser invadido por la visión de una hermana sin rostro y sus dos niñas retorciéndose en el fuego, me hundía en la profundidad de quien ignora su pasado.

Para media mañana, el cielo se había amalgamado en un regodeo de nubes turbias, compactándose unas con otras y asumiendo en pocos segundos una nocturnidad extraña. La lluvia no demoraría en arruinar lo que hasta hace poco lucía como un día impecable. Un poco más lejos, sobre la ruta, se veían pasar los vehículos con las luces encendidas. Así, el primer toque de lluvia se presentó cuando comencé a desandar el cementerio desde el centro hacia la periferia. Luego, fue tan violento el aguacero que, al llegar a la última línea de sepulturas, los charcos tragaban por entero cada paso que daba.

No obstante, antes de abandonar el predio, me desvié hacia la lápida que había señalado Barim. Pudo ser curiosidad o simple impulso morboso, pero el hecho de entrometerme en los detalles de una referencia fue más fuerte que la inclemencia del temporal. La lluvia caía en forma oblicua y sostenida, golpeaba los canteros y levantaba salpicaduras contra la lápida que me interesaba revisar. Comprobé que la cara frontal no mostraba más que tres cruces latinas talladas bajorrelieve, sin identificación ni fecha, tal cual había destacado Barim. Entonces di un rodeo para ver si la inscripción posterior guardaba algún dato importante. Tuve que quitar con un pañuelo los manchones de barro que cubrían la escritura. Evidentemente, quien trazó esas palabras empleó algún tipo de esmalte espeso y resistente al agua, ya que probé su firmeza raspándola con una moneda, pero no pasó nada.

¿Cuál sería el objeto de perpetuar un epitafio que ningún visitante podría relacionar ante una tumba no identificada? Por lo visto, sólo el autor de esas palabras reservó para sí el sentido de un código íntimo con quienes allí descansaban. Con todo, y limpiando una vez más las salpicaduras que repartía la lluvia, tuve frente a mí la leyenda completa. A pesar de que el agua seguía filtrándose por el cuello de mi abrigo, no tuve fuerzas para moverme. No podía apartarme de la tumba. Quedaba claro que la escritura no aportaba nada a lo que esperaba encontrar, pero el espíritu del mensaje me inquietaba por su extrañeza.

El enunciado era apenas una suerte de metáfora intrascendente, pero esas palabras alzaban un clamor que me volvía cercano a quienes estaban confinados en ese anonimato subterráneo. Un anonimato casi tan contundente como el que pesaba sobre mi pasado y que, de alguna forma, me comprendía en una misma desolación. *Todos tus huesos apuntan al cielo*, releí y repetí en voz baja, como no queriendo despertar un deseo que pudiese provenir desde el reino de la muerte; o como no queriendo aceptar que allí abajo reposaba una verdad que buscaba hacerse oír.

Como si la naturaleza reciclara su discordia, el mal tiempo fue cediendo hasta que dejó de llover. La reconversión de la mañana en tonalidades claras, más las múltiples fracturas que el viento le ocasionaba a las nubes, permitieron que el sol volviera a brillar y que un aroma a hierbas perfumadas avanzara desde la orilla del río. Pensé en Marcela, en los momentos mágicos que solíamos disfrutar durante nuestras escapadas a las sierras o a la costa atlántica. También evoqué mis vacaciones infantiles, cuando Ángela y Mario completaban las postales familiares con

un paseo por el bosque o una cabalgata por el campo. Otra vez se entrometía la dulce nostalgia de lo que el corazón siempre deseó para bien, pero que sólo acariciaba a través de lo que podía testimoniar un álbum de fotos o el sospechoso recorte de de verdades dichas a medias. Más allá de eso, la materialidad de mi historia de vida se perdía como hebra de humo espantada por el aire.

Cuando los cambios climáticos suceden de forma repentina, suelen resignificar el vínculo que hasta entonces manteníamos con el mundo. Y todavía más si ese cambio nos sorprende ante un paisaje ajeno a nuestra cotidianeidad. De allí que la sensibilidad quede descubierta en un desequilibrio momentáneo, lo suficiente como para que el devenir del pasado nos confunda en una seguidilla de recuerdos ambivalentes. Algo similar a lo que ahora estaba gestando cada palabra tallada en el epitafio. En algún lugar del caos que se revolvía en mi mente, el significado de esa leyenda buscaba la forma de ser interpretado por una voz que jamás podría ser asumida a través de mi mortalidad, pero que sí estaba allí, en el cosmos que invitaba a buscar, entre el abandono de las nubes, una parte del cielo que resumiera un punto dónde mirar, dónde hallar lo que no se muestra, pero que sí habla por cada lágrima que moja lo que calla una tumba.

Durante la dictadura, por decreto de la ley de servicio militar obligatorio, la Lotería Nacional sorteaba la división de las fuerzas armadas donde se incorporaría el conscripto.

Torturar a alguien sujetando sus extremidades con tiras de cuero entre cuatro estacas.

Niño, muchacho u hombre inmaduro. Se usa en sentido despectivo.

Acrónimo formado por las sílabas *co*(rre), *lim*(pia), *ba*(rre). Refiere a los jóvenes que realizan el servicio militar.

Estar colérico sin extemarlo.

Joven, muchacha.

Muerte, ejecución.

Grado militar provisorio entre conscripto y cabo.

Conflicto del Beagle (1978-1984), confrontación político-militar entre Argentina y Chile, la cual estalló el 22 de diciembre de 1978 con el lanzamiento de la Operación Soberanía por parte de la Junta Militar argentina, con el fin de invadir las islas ubicadas en la boca oriental del canal de Beagle, estratégico porque conecta el océano Atlántico y el océano Pacífico. La invasión se detuvo justo antes del choque de ambos ejércitos. Gracias a la mediación del Vaticano, el 29 de octubre de 1984 se firmó el Tratado de Paz y Amistad, que puso fin a este conflicto.

Feas, desagradables.

Pasto.

Loma.

Chamarra, chaqueta.

Mesa pequeña y baja.

Lío, barullo.

Descanso.

CUATRO

—Quedate tranquila, que estás entre compañeros —le dijo la chica de guardapolvo blanco a la Neno—. Te encontramos desvanecida sobre la vereda, a la vuelta de la diagonal. ¿Estabas de retirada o ibas en apoyo de los compañeros?... Mejor no hables. Descansá y guardá fuerzas. Pensamos que el corte en la cabeza había sido por un disparo, pero no, te golpeaste contra el piso. Mi compañero y yo volvíamos de un simulacro cuando te vimos. Pero ahora estás en un lugar seguro. Mañana vemos cómo hacemos para reubicarte. Por el momento, hay que quedarse quietos y esperar órdenes.

En ese momento, Ángela y Mario eran los enfermeros Tita y Luís. Un año y medio más tarde, después de superar varias mudanzas ordenadas por la Orga⁴² y luego de que los tres acabaran refugiándose en el sótano de un taller gráfico, la Neno pudo conocer la identidad de quienes llegarían a ser más que sus circunstanciales salvadores. Ello aconteció no mucho antes de que la Neno tuviese que huir del país sin su bebé.

Ese año de convivencia entre La Plata y Buenos Aires fue aleccionador respecto de esa otra realidad represiva que conoció en San Agustín. En el pueblo se rumoreaba poco y nada sobre lo que hacían los militares más allá de sus funciones. Menos aún se hablaba de esas cosas cuando ella estaba presente. La gente callaba en el almacén, en El Progreso o en la plaza cuando la Coronela estaba cerca. Corría la versión de que era ella la que le informaba a Díaz Galván sobre cualquier movimiento sospechoso que se advirtiera en San Agustín. Por eso a los maestros les pasó lo que les pasó. Lo mismo al padre Víctor y a otros que dejaron el poblado de un día para otro. Pero la violencia visitaba a diario a la Neno, a través de los padecimientos de su hija y de ella misma. No necesitaba que el dolor físico aconteciera para experimentar el tormento psicológico.

Que la tomaran por detrás cuando cocinaba y le anunciaran al oído que esa noche las querían a las dos para gozar del Edén, bastaba para saber que el terror era una verdad que cobraba dimensión en su cuerpo y en el de su hija. Tan brutal como aquella vez, la última antes de que la amenazaran de muerte y la expulsaran de San Agustín, cuando tuvo que soportar la arremetida de esos colimbas, mientras que a Laurita la violaban, pared de por medio, dos soldaditos que eran alentados por un Galván desquiciado. Todos desnudos se veían igual de salvajes en aquel cuarto. Al que llamaban el Inglesito prefería entrarle por detrás, y el otro, el turco (que le pegaba para que abriera la boca, para que no se le ocurriera morder y para que chupara como lo había hecho con su jefe), adoraba salpicarla en la cara.

Uno de los jefes, que abrazaba al mayor Urtasún y comparaba miembros entre sí, aseguraba que las mujeres acababan mejor si se las miraba cojer. Como esa otra yegüita que gritaba del otro lado. Y no porque no quisiera, sino porque eran hembras creadas para eso, para darle gusto a sus machos, como debía ser.

*

La Neno no comprendía por qué esa pareja de enfermeros portaban armas y vivían en una casa con las ventanas cubiertas, tan desamueblada y tan poco iluminada. No entendía la confianza de esos dos que la trataban de “compañera”, como tampoco el empeño en no dejarla salir hasta que

transcurriera un tiempo prudencial. Lo hacían por su seguridad y para ganar tiempo hasta que recibieran instrucciones. La Neno agradecía lo que habían hecho por ella, pero no, no era su compañera. De ninguna manera se quedaría encerrada en esa casa porque tenía que ir a trabajar y volver al departamento, si no la cosa se iba a poner fea

—¿Qué trabajo? ¿Qué departamento?... ¿No te das cuenta de que después de lo de anoche ya deben haber reventado el aguantadero⁴³ desde donde operabas? A esta hora debe haber un grupo de tareas buscándote casa por casa.

—Yo no vivo en un aguantadero y nadie va a reventar nada. El único que va a salir a buscarme es el teniente coronel Berti cuando en la municipalidad le pregunten por mí o cuando se den cuenta de que anoche no fui a dormir. Y terminen de decirme compañera porque yo no los conozco. Y si no me dejan salir, llamo a la policía.

Los primeros días de cautiverio fueron agotadores para Tita y Luís porque debían turnarse para vigilar, alimentar e interrogar a la Neno. Salvo las náuseas matutinas y la insoportable espera de una promesa de liberación que nunca llegaba, el trato hacia ella en ningún momento fue hostil. Sí la trataban con severidad, como se requería en casos como éste. A pesar de que su resolución de recluirla provisionalmente se la transmitieron con autoridad y firmeza, supieron mantener un margen de cuidada cordialidad para con la detenida. Más allá de las preguntas que le formulaban una y otra vez, las conversaciones que emergieron por fuera de lo formal fueron tornándose distendidas y triviales. Incluso, pasadas varias semanas, se animaron a jugar a las cartas y a cocinar a la par.

Los periodos de distensión fueron haciéndose frecuentes y la confidencialidad por parte de la Neno llegó a ser absoluta. Así, sus custodios supieron del embarazo y del desconocimiento que la detenida tenía respecto de la coyuntura política y represiva que estaba sufriendo el país. Es más, se dieron cuenta de que la ignorancia de la Neno sobre esa materia era plena. Pero, al mismo tiempo, les indignaba y repugnaba saber de las relaciones, forzadas o consentidas, que esa mujer había mantenido con los militares en la Patagonia, como también la que pesaba ahora con su protector en La Plata. Sobre ello versaron las conversaciones que de allí en más se dieron entre los tres, las que tuvieron un medido lineamiento pedagógico por parte de los enfermeros respecto del plan de aniquilamiento que estaba llevando a cabo la Junta Militar y sobre el sentido de la lucha que la organización libraba desde todos los frentes: desde el conflicto armado, la concientización popular y la formación de base. Pero la Neno detestaba el uso de las armas. Por eso les hizo saber que estaba en desacuerdo con ambos, con el destino inútil que le daban tanto los militares como ellos, los compañeros.

—Lo importante, estés de acuerdo o no con nuestra causa, es que tomes consciencia de quiénes son estos tipos y lo que están tramando. Y más importante todavía es que sepas quién es ese oficial que te apadrina y en la situación de riesgo que estás metida. No sólo porque estás embarazada de ese miserable, sino porque te va a hacer confesar dónde estuviste estos últimos días y ahí sí que se termina esta historia para vos. Y creeme que sabe cómo hacerte cantar.

Una vez notificada la conducción⁴⁴ sobre la desprolijidad cometida por los compañeros Tita y Luís, se sumó un tercer integrante a la unidad, al solo efecto de supervisar y relevar eventualmente a los enfermeros. Pero éste no realizaba interrogatorios, se remitía a evaluarlos y proyectar la posibilidad de un fallo final respecto del futuro de la detenida.

Cada vez que el Manchado (así su nombre de guerra), estaba por llegar, a la Neno la encapuchaban y le ataban las manos a la espalda. Una madrugada lluviosa se despertó sobresaltada porque escuchó al Manchado discutir acaloradamente con Tita y Luís.

—Las órdenes se cumplen, compañeros, no se discuten. Nosotros no estamos aquí para opinar

sobre las decisiones que adopta la conducción. Les guste o no, la Orga es la única que baja línea y que sabe lo que es mejor para todos. Aquí la cagada se la mandaron ustedes al rescatar a una perejila⁴⁵ cualquiera y ahora tienen que hacerse cargo de este mamarracho. Así que, una vez que se les dé parte sobre cómo proceder, ejecuten la orden y continúen con la rutina programada.

Por la tarde, Luís llegó con la novedad de que tenían que moverse sin pérdida de tiempo porque la casa estaba marcada. Tita se encargó de amarrar a la Neno y de encapucharla. La tomaron de los brazos, la condujeron por el pasillo que daba al lavadero y la hicieron esperar junto a la puerta de chapa que comunicaba con el fondo de la casa. Escuchó que abrían un candado, corrían pasadores y recogían cadenas. Le pidieron que agachara la cabeza, que subiera con cuidado a la camioneta y que se acostara, que la cubrirían con una frazada. Sus guardianes no respondieron ninguna de las preguntas que formuló antes de que la amordazaran. La caja del vehículo estaba separada de la cabina, de modo que lo que allí se debatía, allí quedaba. Su cuerpo se sacudía alternando entre marchas suaves y regulares. De ese modo distinguía cuando circulaban por calles asfaltadas o de tierra, o cuando aceleraban en una avenida liberada, o cuando sorteaban un cruce de ferrocarril.

Pasaron de la congestión urbana a la agilidad ruterá para terminar avanzando por una huella barrota hacia una zona que a la Neno no le costó identificar como rural. Una vez instalada en la nueva locación y luego de que le quitaran las ataduras y la capucha, comprobó que la rodeaba una decoración idéntica a la anterior. Con la cena, un plato de tallarines con tuco⁴⁶, le dieron a conocer lo que ellos calificaban como una buena noticia; pero, para la Neno, la única novedad que podía calificar como aceptable era que la dejaran libre, que terminaran con esa pesadilla que no tenía por qué seguir soportando.

—Lo bueno es que hubo contraórdenes, le comunicó Luís. Es lo mejor que te pudo pasar, que se diera marcha atrás con lo resuelto por la jefatura. ¿Entendés lo que te quiero decir? Ni Tita ni yo habíamos pasado antes por esto. Estoy dándote a entender que no sé si nos hubiésemos animado a entregarte a la conducción. Y menos por intermedio del Manchado, quien siempre nos generó y nos sigue generando dudas respecto de su lugar en el movimiento. Por ahora, tenemos que guardarnos en esta vivienda hasta que la cosa se enfríe. No queda otra que ser pacientes y esperar. Y si estás pensando en fugarte, te aconsejo que no lo intentes porque no tendrías dónde ir. Además, sería malo, sobre todo para vos.

—Confía en lo que te dice Luís —dijo Tita—. Tené paciencia, que no te queda otra. Y a nosotros tampoco.

Aprender a jugar al ajedrez no le tomó tanto tiempo, como sí diferenciar los conceptos de ideología y compromiso político. Para ella, era lo mismo la patria socialista que un Estado democrático. En cambio, no fue así cuando Tita la sorprendió leyendo los poemas que su compañero había olvidado sobre el desayunador. La idea de representar en metáforas lo que una persona podía expresar de manera explícita y sin tanto rodeo le parecía un desperdicio, una forma tonta de complicar la lectura; pero, igualmente, había algo en esos escritos que le resultaba bello y la llevaba a mirar la vida de una manera más esperanzadora. No sabría explicar bien qué era lo que le gustaba de esas figuras que tan lindo sonaban cuando las leía en voz baja.

Dar con esos poemas hizo que redescubriera a esos jóvenes, como si la ternura fuera un premio concedido a partir del efecto poético que esas palabras le habían entregado. Porque a pesar de que la Neno los aventajaba en edad, la forma rígida de actuar de la pareja, más el lenguaje complejo que empleaban en todo momento, los hacía ver como personas mayores, como chicos envejecidos antes de tiempo. De allí en adelante, fue ella la que inició las conversaciones, la que propuso rutinas para combatir el tedio y la que fue relatando por entregas, luego de la cena,

su historia de vida.

Sin proponérselo, la Neno dejó de contar los días y las semanas que llevaba en cautiverio, y de aguardar cada mañana la buena nueva que se hacía desear. De limpiar exclusivamente su reducto, pasó a ocuparse del resto de la casa y a lavar la ropa de los tres en la bañera. Salvo las visitas de control que realizaba el Manchado, las que se cumplían bajo las normas de seguridad que requería la maniobra, el resto de las jornadas transcurría entre rotaciones de limpieza, partidas de ajedrez y charlas íntimas. Como la mutua confianza fue ganándolos en el ida y vuelta de la convivencia, el día de su cumpleaños la despertaron con una taza de mate cocido con leche, pan recién horneado y mermelada de membrillo, más dos llaves que le entregó Tita.

La más chiquita es para el candado y la otra para abrir la cerradura de la puerta del fondo... No, no es para que te vayas. Aunque a estas alturas del partido, sabés bien que eso nos gustaría tanto como a vos. Pero no es para eso que te las entregamos. Es para que tomes un poco de aire fresco y sol. Además, no creo que en ese estado quieras ir muy lejos. Dale, aprovechá la mañana que la primavera se está anticipando. Por las dudas, ponete estos lentes oscuros, que te van a venir bien.

La Neno se había desacostumbrado a la exposición solar y el reencuentro con una mañana brillante le dificultó alzar la vista. Tardó en reconocer el terreno y en comprobar que los límites de la propiedad se elevaban sobre un paredón delgado, el cual la obligó a trepar una loma de escombros que se arrinconaba sobre una esquina para saber qué había más allá de esa frontera. Las primeras figuras que distinguió entre tanto descampado fueron las de una vaca y un ternero. Estaban demasiado lejos para escucharlos mugir, pero no tanto como para saber que el pequeño se esforzaba por mamar, mientras su madre pastaba al reparo de un paraíso.

La geografía plana de esa desolación tenía un plus de belleza que, si bien corría en desventaja respecto de la imponente cordillerana que rodeaba a San Agustín, valía por la sensación de infinitud que abarcaba la llanura. A excepción de algún monte de eucalipto perdido en el horizonte, de un molino viejo y de un tanque australiano, no abundaban elementos que pudiesen mejorar el paisaje. Sin embargo, la paleta multiverdosa que cuadriculaba el campo, la conmovía en toda su extensión. La emocionó el contraste de tonalidades que repartía la magnitud del paisaje. Después de tanto encierro y de tanta incertidumbre, ese presente de cumpleaños le comprimía el pecho con un dolor feliz. Allí, en el punto más frágil de su ser, donde siempre buscan anudarse las penas, brotaba el recuerdo de su hija junto al de Marianito, corriendo hacia ella al salir de la escuela o buscando su cama para dormir los tres juntos. Extrañaba mucho a sus hijos y necesitaba de manera urgente un abrazo. Quería sentirlos como en aquellos años de niñez en los que podía acunarlos en sus brazos junto al fuego, mientras afuera nevaba y el mundo era esa pequeña enormidad que alcanzaba para desear una vida dichosa.

De golpe, sintió que los huesos se le volvían aire y que perdía estabilidad. Su cuerpo, debilitado por la tristeza y la nostalgia, caía derrotado en el puño que repetía golpe tras golpe contra el pecho y la quebraba sobre los escombros. Luís acudió a socorrerla y la cargó en brazos hasta el colchón que compartía con Tita. Quemaba el aire el alarido de la Neno. Se entamaba con el llanto, con el ahogo mudo que primero asfixiaba, luego explotaba y volvía a asfixiar. No había forma de calmarla y de controlar las convulsiones que crecían entre insultos, pedidos de perdón y maldiciones. Algo de Valium y un preparado hecho por Tita le fue suministrado a la Neno, quien, entre promesas de venganza y justicia, fue serenándose, amortiguando los golpes que lanzaba al aire y espaciando frases que terminaron por rendirla en un juramento que ninguno de los dos alcanzó a escuchar con claridad.

*

Una tarde demasiado húmeda y calurosa de primavera, mientras los tres mataban el tiempo merendando y entreteniéndose con un juego de naipes, vieron venir una camioneta de lácteos que avanzaba por la huella de entrada. Era el Manchado, que les caía sin previo aviso. Tita le pidió a la Neno que volviera a su reducto y que se hiciera la dormida. Luís juntó las cartas, el equipo de mate y llevó la silla sobrante a su habitación, donde le colgó algo de ropa para no levantar sospechas. Esta vez el Manchado venía acompañado por una mujer. Traía instrucciones para una nueva mudanza, las cuales debían cumplir esa misma noche. En esta oportunidad permanecerían por un breve lapso en la nueva casa operativa, ya que “el paquete” era cosa juzgada y, desde allí, desde la nueva unidad, la levantarían otros compañeros que ya sabían cómo proceder.

—Justamente por eso, compañeros, porque carga con un embarazo avanzado se ha resuelto esta medida. A nadie le gusta ejecutar órdenes de este tipo, pero hay que asegurar las operaciones por venir. Y no hay forma de que eso ocurra si no es haciendo lo que hay que hacer. ¿Tengo que volver a recordarles el error que cometieron?... ¿Alguno de ustedes cree que vamos a arriesgar el momento más difícil de la lucha por hacernos cargo de una embarazada que ni siquiera pertenece a la causa?... Y si es así, que ese alguien se vaya poniendo a disposición porque no hay contemplación para los flojos. ¿Alguna pregunta?... ¿No? Mejor así.

No cumplieron con las pautas de seguridad que imponía el protocolo de traslado. Es más, la Neno viajó en la cabina de la camioneta junto a Tita y Luís. La pareja, en su intimidad, llevaba varias noches compartiendo sus dudas respecto de la resolución que, según el Manchado, la conducción había dispuesto para la detenida. Es más, las dudas venían generándose desde mucho antes y tenían que ver con la metodología y el cambio de rumbo que había adoptado el movimiento en los últimos meses. Pero la mayor contradicción entre los principios revolucionarios de los jóvenes y los mandatos de la Orga derivaba de la orden de entregar a una inocente a un despiadado como el Manchado. Ése no era el camino que Tita había tomado para pelear por la justicia social y la patria socialista. Abandonando a mujeres embarazadas no se consolidaba la dignidad revolucionaria. Ella, la Ángela que alfabetizaba y vacunaba en la villa obrera, no juró lealtad ni se comprometió con la causa para convertirse en una criminal.

—...Y vos tampoco, Mario. Vos tampoco estás hecho para esto... Desde ya que no dudo de tu honestidad para con la lucha popular. Sé que estás convencido de que eso no es lo que vos esperabas de una legítima conducción revolucionaria. ¿Es así o me equivoco? Además, ¿sabés qué?, no entiendo por qué no nos autorizan a liberarla directamente, sin que la conducción tenga que intervenir. ¡Qué querés que te diga!... no confío en el Manchado. Es un tipo oscuro, un perverso. Acordate las cosas que se comentaban de él cuando nos reclutó en la facultad... Yo creo que sí, que es capaz de eso y de cosas peores. ¿A quién va a joder la Neno si le abrimos la puerta? Si vuelve a su departamento, queda en manos de Berti; y si sigue con nosotros, son pocas las posibilidades de garantizarle seguridad. En fin, compañero, vos dirás cómo lo resolvemos.

La próxima guarida se encontraba en un barrio fabril del conurbano bonaerense. La decoración interna no difería de las anteriores. Lo que había cambiado era el trato de la pareja para con la Neno, más apocado y medido, como también el de ella para con sus captores. La tensión que se había instalado entre los tres fastidiaba la convivencia diaria. Hablaban lo indispensable. Comían por separado y ninguno invadía el espacio del otro. Lo poco que había podido escuchar la Neno respecto de la conversación que mantuvo el Manchado con Tita y Luís fue suficiente para saber que la situación de su cautiverio había llegado a un punto final. Tomó consciencia del estado de desamparo que había alcanzado su carácter de detenida. Era obvio que después de todo lo que había visto y oído, no la liberarían. Estaba asustada y pendiente de cada movimiento. Los mareos duraban cada vez más, le pesaba la panza y no podía calzarse el único par de zapatos que tenía. El

bebé no dejaba de moverse en su vientre y temía que el parto se adelantara por el estado de estrés que atravesaba.

Tita advirtió lo que ocurría y le ordenó a Luís que acudiera de inmediato a dar parte al jefe de zona, que saltara la cadena de mandos y que regresara con una respuesta satisfactoria. No se lo pedía en calidad de compañera, sino que se lo ordenaba como su superior en el mando. Luís no protestó. Ensayó una especie de media sonrisa, que Tita no supo interpretar si fue un gesto inconsciente de indignación o si hubo agradecimiento por encomendarle esa comisión. Tomó la Browning, dos cargadores completos y subió a la camioneta. No hizo falta recomendarle que se cuidara porque ni siquiera estaban dadas las condiciones para pensar en ello.

Las dos mujeres cenaron salchichas con puré y recuperaron un clima de confidencialidad casi perdido. La Neno confesó que, si ellos no la hubiesen recogido aquella noche, no hubiese continuado con el embarazo. Pero por algo se cruzaron en su vida y hoy están viviendo este momento tan raro, tan complicado para los tres. A lo mejor las cosas sucedieron de ese modo porque era necesario que este bebé llegara al mundo.

—Hasta creo que fui egoísta, Tita. Al principio pensaba nada más que en mí. Ni me acordaba de que estaba embarazada. Pero después, cuando los empecé a conocer, ¡qué se yo!, se me ocurrió que esta hija o hijo que llevo conmigo podría llegar a ser como ustedes. No pistoleros y extremistas, sino gente que tiene en claro hacia dónde encaminar su vida. Tener ideales, como me lo dijiste tantas veces. Ahora ya está. Esta criatura está por venir y quiero que sea alguien bueno, que me regale felicidad por los años de vida que me quedan. Del padre, mejor no hablar. No existe para mí. Como tampoco existe el padre de mi hija o el de mi otro hijo. Porquerías que me hacen odiar a los hombres, a esos animales que no merecen estar en este mundo. A hombres como éstos son a los que odio. ¿Entendés lo que te quiero decir? No como tu Luís o como mi Mariano. Ésos sí que valen la pena. Ésos sí. Como también va a valer la pena este bebé.

Como las horas transcurrían sin novedad y Luís demoraba más de lo debido, Tita buscó su arma, preparó el botiquín y se fue a acostar con la Neno para aguardar lo peor. Si ésta llegaba a romper bolsa, no quería que esto la tomara desprevenida. Por otro lado, a la Neno, la escena de una mujer tendida a su lado la retrotraía a la adolescencia, cuando compartía madrugadas enteras con Amancay para contarse cosas e intercambiar los últimos chismes del pueblo. La confortaba la compañía de una igual, le traía calma y le hacía menos dura la espera de eso que estaba por venir.

Le preguntó a Tita si podía abrazarla. Quería recordar cómo era el contacto humano y la contención de su cuerpo en otro. Contestó que no había problema, que se alegraba de que se lo pidiera. Le aconsejó que se pusiera de lado, que era mejor para el bebé. Así podían mirarse de frente y acariciar la panza entre las dos para que los músculos abdominales se relajaran. Entonces la Neno la besó en la frente y dejó que el llanto viniera como quisiera, así, a dúo, para que la soledad no fuera tan mezquina como ellas creían.

Luís regresó tres días después. Tenía la mano vendada y un hematoma en la frente. Llegó en el momento en que Tita y la Neno se disponían a abandonar la casa. Las mujeres creyeron lo peor, que estaba muerto o que un grupo de tareas lo había secuestrado, aunque lo peor hubiese sido esto último, ser apresado vivo y sometido a tortura.

—Tenemos que rajar⁴⁷ ya mismo de aquí —dijo Luís en un tono bajo, pero firme—. No prestando atención a ninguna de las preguntas que le hacían, buscó la caja donde guardaba los poemas y mandó a su compañera a llevar sólo lo necesario. Él ya había arreglado un escape encubierto con alguien de suma confianza. Llevarían a la Neno con ellos a un lugar que estaba por fuera de la órbita de la organización.

—Sí, ¡claro que es un riesgo! ¿Crees que no sé a lo que nos exponemos? Y también sé que es

una traición si lo medís desde el compromiso revolucionario. Pero era esto o cumplir con lo que ya sabés. Además, el Manchado se pisó solo. Para mí, ese hijo de puta es un infiltrado. Trabaja para los servicios. Estoy seguro de que fue él el que me vendió anteanoche, cuando me di cuenta cómo venía la cosa y preferí regresar. Decí que conmigo estaba el Rusito y pude zafar. Bueno, yo zafé, él no. Pero así está la situación. Yo ya estoy quemado y vos también. No hay mucho más para discutir. Esta casa está marcada y lo que pasó es historia muerta. Ahora estamos por la nuestra, sin conducción a la que rendirle cuentas y sin nadie que nos proteja, a excepción de nosotros mismos... ¿Algo más para agregar, compañera?

Montoneros, también conocido como "la Orga", fue un movimiento guerrillero activo durante la década de los 70. Se presentó ante la sociedad argentina el 1 de junio de 1970 mediante un comunicado donde se informaba sobre el secuestro y fusilamiento del general y expresidente Pedro Eugenio Aramburu, cabeza de la Revolución Libertadora que en 1955 derrocó el gobierno de Juan Domingo Perón. Inicialmente arropado por éste último, fue perseguido por la dictadura y repudiado por el mismo Perón. Con la captura de varios de sus líderes, fue desarticulándose hasta prácticamente desaparecer en los 80.

Refugio de personas buscadas por la ley.

Cúpula política que "conducía" a la Orga.

Tonto, incauto. "Perejil" se dice de quien resulta directamente afectado por maniobras criminales, políticas o judiciales, sin haber participado en ellas.

Salsa de tomate condimentada.

Huir sin ser visto.

CINCO

Marcela no tenía dudas del inmenso cariño que sentía por Mauro. A pesar de las discusiones y entredichos que fueron dañando la relación, no dejaba de agradecer todo lo bueno que había vivido junto a él. Incluso cuando inventaba excusas para encontrarse con Sebastián, daba por hecho que su corazón seguía ligado al de Mauro. Que el desgaste de la relación hubiese contaminado el deseo hasta agotarlo, no significaba que el amor se hubiese convertido en una pieza de colección. Palabras más, palabras menos, así se lo había dado a entender Liliana, su psicóloga, cuando ella reveló el romance que desde hacía más de un mes mantenía con el gerente de la multinacional Hispano Books.

Marcela entendía lo que Liliana argumentaba sobre crisis afectivas de ese tipo, pero había un dejo de angustia que le punzaba el pecho cada vez que el último roce desnudo de Sebastián la abandonaba en la cama. Y en particular, se imponía una suerte de contradicción en esa evaluación analítica.

—A ver, Marcela. Lo que tenés que analizar y preguntarte es qué pasa con tu deseo. ¿Qué dice tu cuerpo cuando se vincula con el lenguaje corporal de uno o de otro?... Digo, ¿dónde ponés esa energía? ¿Hacia dónde o hacia quién se dirige para satisfacer una necesidad que no lograrás proyectar sobre tu pareja?... El amor que constituye Mauro para vos, es mucho más profundo que la mera materialidad de la carne. Trasciende lo puramente sexual y se idealiza en un todo que va más allá de lo inmediato. Por eso, cuando te vinculás íntimamente con un nuevo hombre, sentís que hay algo que te hace ruido en la cabeza, que pretende decirte que algo está faltando allí. Pero al mismo tiempo, vivís con gozo y placer lo que Sebastián te da. Y, justamente, eso que te da, lo necesitás para ser vos misma y para superar el déficit existencial que Mauro te provoca.

*

Sebastián Azcona Coll hacía gala de ese tono cavernoso que distingue a los catalanes por sobre el resto de los hablantes españoles. La claridad de su voz, más la exquisita modulación que imprimía al momento de intervenir en una conversación, obraba a su favor a la hora de negociar contratos y, muy especialmente, cuando se proponía captar la atención del entorno femenino. No sólo seducía desde un impecable porte de caballero maduro, sino que redoblaba la apuesta desde la galantería que su misma coloquialidad brindaba a los interlocutores de turno. Y frente a ese menú de virtudes masculinas que la tentaban por detrás de una sonrisa generosa, las defensas de Marcela fueron débiles ante el encanto del catalán. No por nada claudicó en la primera velada que compartió con su jefe en la sucursal montevideana de la editorial.

A partir de entonces, a su diario trajinar se le sumó el meticuloso trabajo de sostener una doble vida. Porque ello, desde el vamos⁴⁸, insumía una entrega de energía que por momentos parecía imposible de sobrellevar. Mentirle a uno para pasar al rol de amante furtiva y disculparse con el otro por el poco tiempo que le dedicaba a la relación, la llenaba de culpas. Dirigirse a cada uno de sus hombres con el nombre correcto era un trabajo de concentración que premeditaba desde la primera hora de la mañana. Recriminar su infidelidad desde los parámetros de la ética, la confianza mutua, la falta de respeto y la traición era otra constante que remontaba el insomnio de cada noche. Dos rutinas que, si bien en un comienzo la trastornaron en todos los órdenes, con el

transcurrir del tiempo fueron bifurcándose adecuadamente hasta encontrar la autonomía debida y un mínimo de inercia que le sirvió para demorar la decisión final.

Sebastián no tenía dudas del inmenso cariño que sentía por Marcela. Más allá del fastidio que le producía estar pendiente de los tiempos de que ella dispusiera (sólo cuando las guardias de Mauro lo permitían o cuando improvisaba alguna coartada para ausentarse de su casa), él vivía cautivo del corazón y de la voluntad de Marcela. Cuando aceptó dejar Barcelona para asumir el nuevo cargo ejecutivo en Buenos Aires, no consideró que un cambio de vida tan rotundo pasaría por su vida afectiva. En todo caso, esperaba ese vuelco por el lado anímico, por las diferencias culturales o hasta por la rusticidad que mostraban los argentinos en sus giros dialectales. Por allí supuso que llegaría el reacomodamiento de su visión eurocentrista, seguramente por una más abierta y condescendiente con la idiosincrasia latinoamericana. Pero no evaluó que su solidez mundana trastabillaría a causa de una mujer. Estaba bien, pues.

Marcela era trece años menor que él. Tenía una silueta despampanante, un encanto y una inteligencia que la volvían extraordinaria frente a cualquier otra que hubiese conocido en este lado del planeta. Pero él era un conquistador consagrado. Registraba en su haber destacadas experiencias con mujeres tanto más jóvenes y encantadoras que Marcela. Sin embargo, no podía explicar por qué deambulaba como un tonto frente a sus empleados y le costaba focalizarse en los planes de trabajo que él mismo pautaba. O empecinarse en no querer reconocer los celos y la envidia que comenzaba a sentir por Mauro.

La confirmación de la gira sudamericana para promover al *best seller* J.L. Swerving fue recibida a brazos abiertos por Sebastián. Al margen de los dividendos que la presencia del escritor norteamericano le aportaría a la firma, era la oportunidad de pergeñar un circuito lo suficientemente extenso como para alejar a Marcela de Buenos Aires. Por su parte, ella sabía que la puesta en marcha de esa agenda era inminente y que difícilmente podría negarse a acompañar a su jefe, ya que la tarea de traducción de *Demons parties* y *Children's memory* le correspondía. Pero no contó con que Sebastián, en Santiago de Chile, la liberaría de continuar el compromiso por Lima y Bogotá para pasar una discreta luna de miel.

No hizo falta que el gerente desmenuzara ante sus colegas los detalles del brusco cambio de planes con que los sorprendió mientras desayunaban. En la editorial, por lo menos en el ámbito del departamento ejecutivo, el romance entre el caballero catalán y la traductora porteña era una verdad callada. Swerving fue el único que de buen modo y con legítima sorpresa preguntó los motivos por los cuales su traductora favorita lo abandonaba a medio camino. Pero la mirada evasiva de Marcela mientras le explicaba al novelista las apócrifas urgencias que reclamaban por ella y por su jefe desde Buenos Aires, le dio la pauta de la maniobra pasional que se urdía detrás de la explicación.

A Swerving le bastó observar el nervioso lenguaje corporal que acompañaba las excusas de Marcela y la rigidez con que Sebastián permanecía frente a su taza de café para darse cuenta de lo que allí pasaba. El pícaro *yankee* era un contemplador de las pasiones humanas y así lo demostraban sus obras. Creaba a través del estallido que detonaba la pasión sobre el lenguaje. Sus novelas eran la representación más cruda de los conflictos humanos. Aunque en el momento no emitió comentarios, le desagradó el desplante que, ejecutivo y traductora, tramaron en esa oportunidad. Pero cómo no entender que el gerente estuviera absolutamente embelesado por esa maravillosa mujer. Por lo demás, ya tendría tiempo de reencontrarse con Azcona Coll y ponerle los puntos sobre las íes en lo referente al desplante, no al hechizo del enamoramiento.

Por ahora, el escritor daba por aceptadas las excusas, pero no sin tomar a Marcela del brazo, llevarla a un lado y hacerle saber cuánto la decepcionaba que no continuara con la gira; pero, a

cambio de ello, la comprometía a reparar su falta haciendo de enlace en las presentaciones y conferencias que dictaría el año entrante en México, donde daría a conocer la que para él era su obra más lograda. *But without the presence of Mr. manager. It is a deal?*, sentenció Swerling. A lo que la traductora, esta vez mirándolo a los ojos, respondió con un simple *o.k.*

Marcela no contestó las llamadas perdidas ni los mensajes de texto que Mauro le había enviado desde su partida. La melodía tanguera que vibraba en su celular sonaba en los momentos más inoportunos. Además, con Sebastián cerca, resultaba doloroso el simple hecho de hablar con Mauro. Por ello, prefirió escribirle un correo electrónico de despedida:

Respecto del otro tema que ya sabés, mejor lo hablamos cuando regrese. Ahora estoy cansada. Aprovechá estos días de distanciamiento para replantear tu vida. Es mejor que cada uno junte sus partes rotas y se rearme de la mejor manera. Sobre todo, para empezar una vida nueva y más SANA. Por favor, no insistas en llamarme porque no voy a responder. Te aviso cuando esté en Ezeiza. Te mando un beso.

M

P.D.: Va a ir Loly al departamento a embalar mis cosas. Por favor, tratála bien que ella no tiene la culpa de nada.

Gerente y traductora abandonaron el hotel antes del amanecer. Querían evitar cruzarse con Swerling en el salón comedor o en el *lobby*. Aunque entusiasmada por la impetuosa propuesta de su jefe, a Marcela le seguía molestando la manera un tanto irreverente de abandonar la gira. “Pero lo hecho, hecho está”, postulaba Sebastián cada vez que alguna determinación adquiriría carácter de irreversible. Así fue que, desde la capital chilena, tomaron rumbo sur, hacia Villarrica, donde los esperaba la lujosa infraestructura de un complejo turístico que Sebastián había conocido años atrás, cuando recorrió Bariloche junto a un matrimonio argentino que le hizo vivir la experiencia de visitar ambos lados de la cordillera patagónica.

De repente, abrir los postigos del ventanal y encontrarse con el cono nevado del volcán, con la paz que entregaban las aguas del lago y con el bosque a unos pasos de la cabaña era como encandilarse con una postal del fin del mundo que jamás hubiese podido imaginar. Pero, a pesar de que en aquella oportunidad la naturaleza le resultara incomparable respecto de cualquier otra vista que pudiese ofrecer el viejo mundo, esta vez la novedad pasaba por un redescubrimiento absoluto de ese tesoro. Ahora mismo, recostado a la luz de las velas y escuchando la respiración de Marcela, sabía que cuerpo y alma eran incapaces de poder contener la dicha que esa mujer le estaba regalando con sus muslos montados sobre almohadones y con la cabellera revuelta sobre la mejilla. Porque, ahora, ese paraíso terrenal se resignificaba a través de las líneas de la boca, de las formas hondas de las caderas y de las palabras que Marcela tenía para él. Definitivamente, Sebastián estaba entregado a su dueña de pies a cabeza. No pensaba ceder terreno ante nada ni nadie, porque el invicto caballero estaba tocando el cielo con las manos. Se había jurado no dar un paso atrás en esa conquista que tanto luchó por alcanzar. Estaba dispuesto a enfrentar el más grave de los desafíos, si es que alguna vez la situación lo requería, para proteger este bien que aún no se animaba a nombrar y que Marcela no dejaba de entregarle con sólo estar allí.

Sebastián entendía que había llegado el momento de recoger los frutos de una vida balanceada en la bonanza para compartirlas con quien sería hasta el fin de sus días (y así lo deseó en el brindis que alzaron bajo la noche chilena) la mujer de sus sueños. De esta manera, propuso recuperar junto a su amada lo andado a solas por el mundo. Y qué mejor que comenzar por allí mismo, por la ruta transcorderana para bautizar sus corazones bajo el embrujo patagónico. Para

ello, tomaron un bus hasta Valdivia, donde el enamorado negoció el alquiler de una camioneta todo terreno para cruzar la frontera y llegar a Bariloche, primer punto del mapa de una nueva vida, la que erigía a Marcela como brújula de su amor. Allí, en territorio argentino, entregaría el vehículo a su correspondiente concesionaria y haría lo propio con una unidad nacional, a fin de tomar rumbo norte por la ruta 40, visitar los siete lagos y disfrutar de una travesía cuya única obsesión recaía en el deseo de fundir dos proyectos de vida en uno. Después vería la forma de retornar a tiempo a Bariloche, reconvertir los pasajes aéreos y arribar a Buenos Aires en una fecha no tan desfasada como para crear un escándalo en la editorial.

La primera parada del circuito lacustre la hicieron en una pequeña península de Pichi Trafal, donde Sebastián se animó a hacer un asado bajo la copa de un coihue que recostaba su sombra sobre la playa. Hacia el atardecer llegaron a una hostería, próxima al lago Villarino, que Marcela calificó como encantadora. Allí pasaron la noche, repartiéndose la madrugada entre la fiebre devoradora de Eros y los delirios de un futuro atravesado por viajes y placeres interminables.

A Marcela le entusiasmaba que su hombre cargara con una personalidad tan arrolladora e impulsiva, gratificada por el vuelo fantástico que le imprimía a sus pensamientos, en voz alta. Pero a ella le costaba enajenarse de la realidad y embarcar los mismos sueños sin límites que Sebastián animaba. Todavía quedaban en su ánimo rezagos de la desprolijidad protagonizada frente a sus colegas y, especialmente, frente a Swerling. Claro que le gustó el arrebató de Sebastián y la locura de improvisar una travesía juntos. La situación le hizo recordar aquella *road movie* de David Lynch que Mauro alquiló por recomendación de Longoni, en la que una pareja de enamorados huye en un Cadillac por las rutas del sur de Estados Unidos. Pero ella no era Lula, ni él Sailor. Marcela tenía asuntos y cuentas personales que saldar en Buenos Aires y necesitaba hacerlo cuanto antes para poder abrirse por entero a Sebastián. Por eso, sugería que aprovecharan el poco tiempo que tenían por delante y dieran por terminada la aventura en San Martín de los Andes. Total, más adelante, cuando las cosas estuvieran en su lugar, podrían volver y completar el recorrido.

—Pero no, mujer, de qué fantasías o delirios hablas. Que te lo estoy diciendo de verdad. Gozar de la vida como nunca lo he hecho, y tú tampoco, supongo. Ahora mismo, así como estáis, con las únicas pertenencias que lleváis en la maleta. Y yo con lo puesto, joder. Echarle combustible a la camioneta y seguir nuestro instinto por donde nos lleve. Vosotros, los argentinos, tenéis un país enorme, con territorios aún por descubrir. Ni bien comiencen a cantar los pájaros y despunte el alba, a desayunar, a montarnos a la camioneta y a por los caminos de Dios. No hay mejor remedio para la vida que vivirla a pleno. Yo te tengo a ti y tú me tienes a mí. ¿Qué más quieres? Mira, asómate y observa las estrellas, escucha la brisa en el ramaje, huele esa fragancia y toma mi mano. Dime ahora si hay dinero en el mundo que pague todo esto. ¿Verdad que no?

Cuando llegaron a San Martín de los Andes, almorzaron en un restaurant que les habían recomendado en Villarino, el que, para sorpresa de Sebastián, pertenecía a un chef catalán, quien se sumó a la sobremesa y los alentó a no interrumpir el viaje en esa instancia, cuando aún quedaban tantas maravillas por descubrir. Marcela agradeció la amabilidad y la sugerencia del chef, pero se excusó por no poder darle continuidad al *tour* por falta de tiempo. En cambio, Sebastián se resistía a dar por finalizada la travesía porque sentía que, a medida que se involucraban con la naturaleza, más se tonificaba su espíritu y se fortalecían sus ganas de vivir. Por eso, allí mismo y frente a su coterráneo, le rogó a Marcela que accediera a recorrer unos kilómetros más, rumbo norte, donde le habían hablado de un lago que se destacaba por el gran tamaño de las truchas que allí abundaban. Él, cuando niño, solía ir de pesca con su padre al embalse de Boadella, costumbre que debió abandonar al iniciar sus estudios universitarios y a los

que más tarde renunció cuando asumió el cargo de corrector editorial en Hispano Books.

—Pues si me concedes esa gracia, Marcela, esa única gracia de poder llegar hasta ese lago para revivir aquellas incursiones de pesca, mi dicha sería completa y podríamos despedirnos de esta aventura con todos los honores. ¡Vamos que sí, mujer, que sí! Di que sí y te doy mi palabra de que allí ponemos punto final a esta pequeña locura.

Llegaron a destino con el sol aún en alto, lo que les permitió buscar hospedaje con comodidad, merendar ligero y pasear por los alrededores. El pueblo no les desagradó. Era más grande y moderno de lo que esperaban. Se veía en sus calles un importante movimiento comercial, como también un prometedor nivel de construcción edilicia. El cuidado del *boulevard* central, delineado por canteros floridos y un vistoso parque de juegos infantiles, que, a su vez, desembocaba en un pintoresco paseo ribereño, hablaba bien de la hospitalidad de los agustinenses y de la consideración que éstos tenían para con los visitantes. Además, la tranquilizó saber que el dueño de la hostería se ofrecía a hacerles de guía en su propia embarcación. Esto despejó la preocupación inicial que provocó en Marcela el hecho de que Sebastián anunciara que él mismo asumiría el doble rol de guía y capitán de la nave. Ella reconocía en Sebastián su experiencia en materia náutica. De hecho, una vez lo acompañó en una regata hasta Carmelo y, efectivamente, dio sobrada prueba de sus habilidades. Pero esta vez era mejor dejar la excursión en manos de un lugareño.

A la mañana siguiente, un ácido malestar estomacal impidió a Marcela desayunar debidamente: apenas media taza de té y un mordisco a la tostada. Los contratiempos del cuerpo la volvían irritable. Sin duda, ello se debía al menú con el que el chef catalán los había agasajado el día anterior. Marcela le hizo notar a Sebastián que la mezcla de manteca y aceite en las frituras no era buena para la digestión. Pero lo que acabaría por trastocar su estado de ánimo fue comprobar la distancia que existía entre pueblo y lago, ya que para llegar al tan mentado paraíso de pesca debieron recorrer varios kilómetros de un accidentado camino enripiado.

Hacía calor, mucho calor, más de lo esperado para esa época del año. Marcela intentó poner en funcionamiento el aire acondicionado, pero el motor del ventilador estaba atascado. A este caldero en progreso se sumaba la densa nube de polvo que levantaba la camioneta que iba por delante. Esto obligaba a Sebastián a conducir a ciegas y con las ventanillas levantadas. A la salida de una curva, apenas entre un oportuno despeje de polvareda, alcanzó a ver un bulto atravesado en el camino y volanteó a centímetros de lo que pudo convertirse en un accidente mayúsculo. Los restos hediondos de lo que en vida fuera un caballo yacían sobre la huella. Pero el colmo del fastidio lo encendió la personalidad cargosa, las frases con doble intención y la mirada lasciva que el dueño de la hostería le dedicaba a Marcela cada vez que estaban próximos.

La puesta en foco de ese hombre recorriendo los bordes de su minifalda, deseando lo que nunca podría acariciar por debajo de su musculosa y embriagado en una sarta de cumplidos por demás atrevidos, llevaron a Marcela al punto más crítico de tolerancia. Por eso, y para no hacer una escena, le pidió a Sebastián que hiciera lo posible por deshacerse de ese tipo ya mismo. Si, total, él sabía navegar, para qué llevar a ese desconocido que no paraba de hablar pavadas. ¿Acaso no quería honrar esta luna de miel hasta el último minuto? Entonces, si no quedaba otro remedio, que le ofreciera un pago extra para que se fuera. Pero no quería extraños. No aquí y ahora. Porque no. Porque le hacía doler la cabeza. Porque simplemente no quería que ese tipo, justamente ése, estuviese allí.

Cristian, el veterano baboso⁴⁹, no se dejó convencer fácilmente por el antojo de su huésped. Él era el responsable de la excursión y debía responder por la seguridad de quienes lo contrataban. Sebastián tuvo que apelar a su exquisito poder de convicción y a varios billetes en mano para

lograr lo que su amada le pedía. Y como si el pago suplementario no fuera suficiente, dio garantías de alta experiencia en el arte de la navegación, destreza que podía acreditar tanto aquí como del otro lado del océano. Para dar cuenta de ello, mostró las fotos que guardaba en el celular, donde se lo podía apreciar timoneando un velero de ocho metros por aguas abiertas. Sólo a partir de allí, cuando el baboso vio las imágenes, aceptó dejarlos solos, pero no sin antes intercambiar vehículos, un poco para evitar sorpresas ante una posible trastada del extranjero y otro poco porque la camioneta de la pareja carecía de enganche para remolque. Ello fue suficiente para que Marcela recobrara un poco de tranquilidad y resolviera abordar la embarcación. Al menos ese estúpido ya no estaba. A pesar de que el calor no aflojaba y que ninguno de los dos se dio cuenta de llevar bebidas y provisiones suficientes, haberse librado de ese infeliz era un buen avance para que el día comenzara a mejorar.

Que no soplara un liviano roce de brisa para refrescarles la piel. Que la superficie del lago se mostrara planchada, lisa e inmóvil de punta a punta, y que la temperatura no dejara de trepar sobre el mediodía, eran indicios de que la jornada de pesca llevaba todas las de perder. Eso un buen pescador lo sabe y Sebastián daba por hecho que así sería porque su experiencia lo dictaba. Pero los repentinos saltos que a un lado y a otro de la lancha le regalaba una trucha solitaria, lo llenaban de entusiasmo. Por lo que podía apreciar en el porte de la arcoíris, estos ejemplares eran mucho más grandes y agresivos que los que solía capturar en las aguas del Boadella. Pero, tal como ocurría en los pesqueros catalanes, en estas condiciones y a esta hora del día, el pique era una posibilidad que, al menos hoy, no llegaría a suceder. No obstante, Sebastián no dejaba de lanzar la línea hacia el sector donde la trucha se zambullía. Recogía el señuelo y repetía la maniobra por el sólo hecho de verla nadar bajo la superficie. Le encantaba someterse el ardor de un sol que parecía no apartarse de su cenit. Desde los picos nevados que resplandecían al oeste, hasta la chatura esteparia que se extendía hacia al este, el cielo se abría limpio de nubes. Quietud, calor y silencio creaban un microclima diametralmente opuesto a lo que el malhumor de Marcela revolvía desde la sangre.

La lancha no poseía cabina techada ni toldo sobre cubierta. En la baulera de popa había una caja con herramientas y tres salvavidas, no sombrillas. Las botellitas de agua mineral no duraron nada y los bocaditos de fiambre eran por demás salados. No, Sebastián no sabría decirle hasta qué hora estarían allí, flotando como dos tontos en medio de la nada.

—Por ahí, ¿quién te dice?, pica una de estas gorditas y, joder, quien me quita lo bailado. Paciencia, mujer, que esto es así como lo ves. Paciencia, perseverancia y guardar silencio.

Por supuesto que Marcela tuvo paciencia, demasiada paciencia para su gusto. ¿Dos horas y media, tres de paciencia? Unos minutos más por si ésa que saltó cerca se tragaba el señuelo. Pero no. La arcoíris volvía a contornearse en un chapuzón provocativo y Sebastián iba tras ella con el señuelo, encaprichado como cuando era niño.

Ya avanzada la tarde, a Marcela comenzó a torturarla el dolor de cabeza y lo espasmos abdominales. Le ardían los labios y los ojos. Tenía sed, mucha sed, y cada vez le costaba más tragar. La sequedad de la garganta era indicio suficiente para darle a entender que estaba deshidratándose. Ni loca bebería agua del lago. Esa asquerosidad no la iba a hacer. Que Sebastián tomara toda lo que quisiera. Ella no. Mauro siempre llevaba bebidas de más cuando salían de viaje. Era un exagerado incurable, un obsesivo sin causa. Cuando se colocó la toalla mojada sobre los muslos, le pareció que estaba un poco hinchada de piernas. Seguro que esta noche se indisponía. Lo que no recordaba era si en Santiago había empacado toallitas higiénicas. Mauro, cuando iba al mercado, no le preguntaba si necesitaba algo en especial. Compraba toallitas y tampones por igual. Lo mismo que la provisión de líquidos y barritas de cereales, que nunca

faltaban en el bolso de viaje.

No perdió tiempo en preguntarle a Sebastián cuánto más debía aguantar a que a esa trucha de mierda se le ocurriera morder el anzuelo. Lo puteó⁵⁰ a él, a la trucha, al lago, al dueño de la hostería y los mandó a todos a la reputísima madre que los parió. Se puso en pie y pateó la canasta que tenía por delante. Pasó por sobre el maletín de pesca, se ubicó en la butaca de comandos, encendió el motor y accionó la directa para retornar al muelle. La lancha corcoveó, se alzó por la proa y Sebastián perdió el equilibrio. Tuvo que soltar la caña para poder aferrarse de la baranda de estribor y no terminar en el agua. Entre lo que Marcela supuso sería un rosario de insultos en catalán, Sebastián se arrojó sobre el tablero, cortó el encendido del motor y continuó reprochándole, siempre en su lengua madre, la brutalidad que había cometido.

—No por caerme al agua, coño, porque sé nadar. Pero pude haberme dado de cabeza contra los bordes o contra alguna dureza y herirme grave. Si querías irte, me lo hubieses pedido, y ya. No ponerte como una furia y reaccionar a lo salvaje, como una incivilizada y una egoísta.

Una vez en tierra, Marcela subió a la camioneta y siguió desde allí el trabajoso esfuerzo de Sebastián por calzar el tráiler bajo la lancha y asegurarlo al enganche del vehículo. Lo observó hacer, pero sin ofrecer ayuda. El dolor de cabeza ya era cefalea y el malestar estomacal, náusea. No tenía ganas de discutir. Tampoco de sermonearlo por la forma en que la había tratado. Lo único que quería era llegar pronto al pueblo, ir a una farmacia, comprar lo necesario y darse una ducha interminable.

Hacia el oeste, la cumbre nevada del volcán comenzaba a hundirse en la pulpa anaranjada del sol cuando Sebastián pudo, por fin, retirar la embarcación del agua y emprender el regreso. Sin desorientarse en los constantes cruces que trampeaba la huella, esquivando pozos y cunetas, salvó el extremo izquierdo de una saliente de roca pero golpeó feo el derecho, procurando que la falla del motor fuese momentánea, acelerando para que la camioneta no le fallara justo allí, cuando las primeras sombras del anochecer hacían descender la temperatura y el temor a un desperfecto se insinuaba, se anunciaba en la seguidilla de explosiones que despedía el caño de escape, en el primer sacudón, en el segundo, en el silencio total de la máquina y en la inmovilidad a medio camino.

Era de esperar: los celulares no recibían señal satelital. La posta tecnológica más próxima se encontraba allá lejos, en aquel conjunto de primeras luces que permitían orientar la ubicación del pueblo. De manera que dependían de ellos mismos, de su propia resistencia física para dejar atrás un día absolutamente olvidable y reencontrarse con el confort. Por fortuna, en el asiento trasero de la camioneta hallaron una campera con capucha que Sebastián cedió a su compañera, y en la guantera, una linterna y un encendedor. Al menos, ella podía dejar de tiritar y él alumbrar la senda que los conduciría a la vida civilizada. Así marcharon, uno junto al otro, pero sin dirigirse la palabra. Incluso, cuando el cruce de una liebre hizo gritar a Marcela y, más adelante, una lechuga revoloteó a centímetros de la cabeza de Sebastián, ninguno preguntó por el estado del otro. Los blindajes del orgullo eran dos fortalezas soberbias. Hasta que un liviano soplo de putrefacción les hizo saber que estaban próximos al cadáver que, por la mañana, estuvo a punto de provocarles un accidente.

A cada paso se intensificaba el olor. Las náuseas de Marcela y ciertos chasquidos revulsivos también iban en aumento. El hueco agusanado de la órbita ocular fue lo primero que alumbró Sebastián. Un animal rastrero y un ave nocturna escaparon del vientre abierto del caballo. El olor que emanaban las carnes podridas era tremendo. Marcela se negó a continuar. Pidió regresar. Juró no dar un paso más ¿Regresar a dónde? ¿A esperar qué? Sebastián la tomó de una mano y le hizo rodear por la fuerza los restos del caballo. A medida que se alejaban de la escena, Marcela

escuchó cómo los carroñeros volvían presurosas a devorar el banquete. Fue inevitable imaginar a esas pequeñas criaturas compitiendo por un bocado tras otro, cavando con sus patitas huecos que les permitieran llegar más profundo. Agrio y amargo el empuje que a Marcela le subía desde el estómago al paladar.

Luego de una caminata que parecía no tener fin y que consumió las baterías de la linterna, llegaron al puente sobre el río Huancúl. Allí, apoyándose sobre el barandal, Marcela se inclinó y vomitó de un solo espasmo. Luego bajó a la orilla para enjuagarse la boca y mojarse el cabello. El agua estaba helada, pero, por lo menos, el dolor de cabeza cedió. Claro que la brusca pérdida de calorías le devolvió el frío al cuerpo y le hizo flaquear las piernas. Por eso Sebastián quiso tomarla en sus brazos, pero fue apartado de un codazo.

Ya estaban a las puertas del casco urbano, bordeando el cementerio y buscando la calle que los condujera al boulevard central, cuando la luna dejó ver su curvatura bermeja desde el llano, por detrás del lago. A Marcela la confundió la distribución en círculos concéntricos que disponían las sepulturas que se mostraban más allá de la medianera. De hecho y a primera vista, creyó que se trataba de un predio forestal o de una especie de jardín botánico en progreso. Confundió las cruces con hiladas de pinos jóvenes, tal cual pudo distinguir sobre algunos faldeos de los alrededores. Al margen de lo limpio y cuidado que estaba el lugar, el cementerio no le gustó. Había algo ofensivo en esa manera geométrica de consagrar la muerte. Era como si el pueblo se enorgulleciera de su originalidad y la honrara de manera singular. Se preguntó si las tumbas pertenecerían exclusivamente a gente anciana o si también habría niños bajo esas lápidas. La duda vino a colación de una historia que le había relatado Mauro respecto de una civilización oriental que sólo sepultaba cadáveres de adultos y ancianos. Los niños fallecidos eran arrojados a las aguas de un río que, como parábola del “más allá”, desembocaba en una cascada sin fin.

La teoría de Mauro se adhería a la idea de lo insoportable que puede resultar la muerte de un niño para un adulto, ya que la decrepitud de la materia deriva en un desenlace natural de la vida. “El paso del tiempo nos prepara para aceptar medianamente el fin de la vida —agregaba Mauro—, como debe ser. Pero cuando se trata de una criatura, al menos desde el plano inconsciente, esa pérdida es sumamente traumática”.

Es posible que Mauro haya adherido a esa teoría como consecuencia de aquella niña que se le fue de las manos mientras la intervenía quirúrgicamente. Ocurrió unos días antes de que Marcela declarara unilateralmente el fin de la pareja. Él quería contarle sobre esa fatalidad porque la angustia lo estaba destruyendo y necesitaba de la contención de Marcela. No podía dormir, no podía comer, no podía quitarse de la cabeza la carita de la niña. Pero ella estaba dispersa e indiferente de lo que a él pudiese estar atormentándole. No atendió debidamente lo que le reclamaba, porque Sebastián era quien ahora ocupaba su corazón. Mauro constituía el funeral de una etapa que cedía a otra más viva, más gratificante y merecedora de dicha. Por algo se había cruzado Sebastián en su vida. “Nada es azaroso”, recordó. Los avatares tienen un porqué y hay que saber escuchar el llamado del alma. Hay que saber aprovechar las oportunidades cuando del corazón se trata.

Dejar que su nuevo compañero le pasara un brazo sobre los hombros y la besara, le pidiera perdón, que le explicara que se había dejado llevar por el entusiasmo y que tenía bien merecido su desprecio, que ella estuvo bien en apropiarse del comando de la lancha cuando la cosa se había desquiciado, que aguantara un poquito, que ya le había mandado un mensaje al dueño de la hostería para que hiciera el favor de pasar a recogerlos por allí, que en un minuto estaría con ellos; que la recompensaría por el mal rato que, por su culpa, le había hecho pasar; que sí, que irían a la farmacia, después a bañarse, a cenar y, mañana, a primera hora, se alejarían de allí, de

ese pueblo de mala muerte; que sí, mujer, que ésa que acaba de doblar la esquina es su camioneta y el que conduce es Cristian; que por fin una cara amigable para recomponer la noche; que, vamos, dame una sonrisa, que mañana será otro día y lo pasado, pisado, como debe ser.

Inicio.

Adulador, zalamero.

Insultar usando la palabra “puta”.

SEIS

El Moncho Cides era viudo y vivía en el Progreso junto a sus hijos y nietas. Una de ellas, Violeta, fue la que me invitó a pasar a la parte trasera de la casa, un amplio terreno con un sauce en el centro y un quincho cerrado que ocupaba casi el ancho del lote. La chica me explicó que el abuelo estaba allá atrás, cortando leña, porque mañana cumplía años su hermana y él le había prometido un asado para toda la familia; y me pidió que entrara con confianza y no tuviera miedo de los perros. Eran feos, pero mansos. Uno de ellos, que ladraba a destiempo de los otros, era el mismo grandote y tuerto que había olfateado el baúl del Renault la noche que llegué a Alto San Agustín. Parecía hacerlo más por actitud corporativa que por manifestar fiereza. De hecho, bastó que le hablara y le acariciara la cabeza para que volviera a refregarse contra mi pierna, tal como había hecho en nuestro primer encuentro.

—¡Dele nomás!, hágase amigo que ese cachuzo⁵¹ es grandote al pedo⁵² —dijo Cides, apoyando el hacha contra una carretilla y viniendo a mi encuentro—. Pase tranquilo que el Simón no hace nada. Encima, está de colado porque no es mío. Es de la Carolina, la trabajadora social que vive por aquí cerquita... la hija de Rodríguez, el mayordomo de La Alazana. Como la Fabiola, su sobrina, es amiga de mi nieta, ese animal anda de aquí para allá todo el santo día. Por eso está gordo y es confianzudo, porque le dan de comer en cada casa que visita. Así nomás, doctor. Déjelo a ese atorrante⁵³. No le haga tantas caricias porque no se lo va a sacar de encima. Pero véngase de una vez, hombre. Dele, no sea tímido. Venga, entremos al quincho, así le sirvo un vinito patero⁵⁴ que me traje del campo y unos salamines⁵⁵ de chancho. A propósito, me dijo Suárez que usted era *dotor* y que había andado por el cementerio, hablando con el zángano de Barim. Y ya sabrá usted entender o no, pero a ese mal bicho no le entra nada más barato que llamarlo zángano. Mire, don, para que lo vaya sabiendo, a mí no me gusta nada esa gente: ni el turco, ni el marido de la Gauna, ni el intendente. ¡No, señor! No son trigo limpio. Suárez sí porque nos conocemos desde hace una vida y si él lo mandó a hablar conmigo, será porque usted es de fiar. De principio, no me gustó la idea de confiarme a gente que viene de afuera. Por eso, de entrada, le esquivé el bulto y fui a decirle al compadre que se dejara de joder, que para qué le había hablado de mí si yo no tengo nada importante que compartir. Pero ahí nomás el cumpa⁵⁶ peló⁵⁷ la pava y el mate, y me contó que usted se había venido desde Buenos Aires para averiguar cosas importantes. Que andaba desorientado y penando al lado de la tumba que ya sabemos. El cumpa Suárez tomaba mate y se quedaba callado, como sospechando cosas. ¡Y la puta que me hizo sospechar a mí también! Así que, me disculpará o no, pero yo lo anduve espiando a usted. Lo anduve a la siga como perro desconfiao. Ayer lo vi ir de lo de Gauna al cementerio y del cementerio al río, como buscando a alguien que se le había perdido. Entonces, como que quería asegurarme, ¿vivo? Recién ahí le mandé a decir al cumpa que lo mandara para mi casa para poner blanco sobre negro, si es que así es la cosa. Pero mejor venga, vayamos al galponcito, que ahí tengo el brasero encendido y la pava a punto.

El Moncho Cides tenía veintiún años cuando la policía lo detuvo por “abusar del juego clandestino y fomentar la prostitución”. Sin pedirle permiso al patrón ni notificarle los motivos de la detención, un cabo y un agente entraron al aserradero, fueron directamente a la sinfin⁵⁸, donde el

Moncho cortaba listones, lo esposaron y lo llevaron caminando el kilómetro y medio que lo separaba de la comisaría.

Dalmiro, el capataz del aserradero, intervino para saber qué pasaba, por qué se llevaban a su peón, así como así. Quiso que el cabo le explicara qué le iba a decir al patrón cuando viera que la sinfín estaba inoperante. El Moncho era el único que la sabía manejar y tenían pedidos que cumplir ese día. Moralito, el agente que hasta el año pasado paleaba guano en la chacra de López, explicó que pa' lo único que lo arrestaban era pa' *enterrocarlo* por un asunto que el *comesario* le había mandado saber. Y que dejara de meterse en asuntos policiales porque si no lo iban a venir a buscar a él también.

El Moncho no opuso resistencia porque no entendía lo que el cabo trataba de comunicarle. Ni siquiera le dieron tiempo de apagar la máquina para poder escuchar los cargos. Creyó que lo habían confundido con Antenor, otro de los muchachos que compartía el turno y que solía ser reprendido por la policía, porque cuando tomaba, provocaba disturbios en El Jote. Pero él no iba a mandar al frente a un compañero. Aguardaría a estar frente al comisario y aclararía el asunto para regresar al aserradero cuanto antes. Al cabo no le importaba si el Moncho era inocente o no. Le importaba que apurara el paso y que dejara de preguntar. Ya se encargaría el comisario de explicarle las cosas como eran. Cabo y agente se turnaban para empujarlo y para insultarlo. Lo trataban de mentiroso, de ladrón y de abusador de mujeres.

Sí, él jugaba a las cartas y a los dados. Eso era cierto. Pero lo otro no: lo de aprovechador de mujeres, no. Cómo lo iban a acusar de eso si a las chicas del Jote él las conocía bien. Cómo les iba a hacer un feo o abusar de su buena fe si eran como sus novias de ocasión. Cuando cobraba la quincena, pagaba la tarifa sin chistar. No era pretencioso. Se arreglaba con la que estuviera libre en ese momento. Le daba lo mismo flaca, gorda, sin dientes o renga. No era quisquilloso en cuestiones del amor. Claro que alguna vez le fiaron, pero nunca dejó de saldar cuentas. Las chicas eran trabajadoras como él y había que respetarlas. Él cortaba madera y lijaba listones. Ellas ponían el cuerpo, hacían felices a los hombres y así se ganaban su plata. Estaban parejos. A cada uno la suerte que le tocaba.

—Es *verdá* que suelo ir de putas como van todos los hombres del pueblo, comisario. Pero nada más cuando ya no me aguantó la calentura. Es cierto que voy a El Jote para eso, para qué le voy a mentir. Pero nunca me he aprovechado de una mujer ni me he quedado con ningún vuelto ajeno, eso sí que no. No es *verdá* lo que vinieron a alcahuetearte. ¿Por qué no les pregunta a ellas, a ver qué le dicen de mí? Va a ver que llevo la razón, que jamás les hice algo feo o bruto. ¿Por qué no va, les pregunta y queda todo aclarado de una vez por todas?

Cides le debía dinero al teniente primero Galván y al subcomisario Ludueña, pero se lo iba a devolver ni bien cobrara la quincena, como se lo prometió el día que éste lo madrugó con unas barajas endemoniadas que traía en el bolsillo. Por su parte, al cabo Salazar no le importaban las promesas ni las garantías de terceros. Por eso le daba en los riñones y en las costillas cada vez que el Moncho tomaba aire y el comisario asentía con la cabeza. Todavía menos le importaba al cabo que el detenido se ahogara cuando lo sumergía una, dos, tres veces en el fuentón⁵⁹ de chapa.

Galván no se dejó ver por el Moncho y, en cambio, se colocó por detrás de la silla donde lo tenían amarrado. Pero se dejó oír, igual que cuando montó la pistola que le apoyó en la nuca. Y otra vez el comisario asintió con la cabeza y otra vez el cabo lo golpeó en los riñones, en el estómago y a querer silenciarlo bajo el agua. Cuando parecía que al Moncho los pulmones no le iban a dar para más, Galván tomó un banquito redondo que le alcanzó el cabo y se le sentó de frente. Esperó que el oxígeno volviera al cuerpo del detenido y pidió a los policías que los dejaran solos.

—A mí me importan tres carajos que me pagues esos billetes roñosos que te gané en buena ley —le susurró Galván apretando los dientes—. Total, dicen que la plata va y viene. Lo que sí me importa es que aprendas a cumplir con tus deudas porque no es de hombres escapar a las responsabilidades que la vida manda. Porque... vos sos hombre, ¿no? Entonces no queda otra que arreglar esto de frente, poniendo sobre la mesa lo que hay que poner. Y como sos un deudor que caes en la misma boludez⁶⁰ cada vez que jugás y no te veo pinta de cumplidor, para terminar con esto vas a poner una garantía que te pese de verdad. Pero nada de bienes materiales porque todos sabemos que no tenés ni una mísera moneda encima. ¿Qué podés poner de garantía? ¿Algún tablón que te afanes del aserradero, la quincena de mierda que cobrás, esa cadenita que llevás colgada del cuello, la bicicleta? No, mi viejo, eso no me sirve. Ahora vas a tener que poner una garantía total, de esas que valen más que toda la plata que podés llegar a ganar en cien años de laburo⁶¹. Te voy a hacer poner algo importante como prenda, algo que valores más que a tu vida. Que te duela hasta el culo y así vamos a quedar todos en paz. Así que escuchame bien, porque vas a hacer algo que te va a enorgullecer como hombre y como persona. Es la oportunidad de limpiar un pasado vicioso y convertirte en un tipo íntegro de ahora en adelante. ¡Pero dale, che!, ¿te volviste maricón ahora? Dejá de llorar y prestá atención. Mirá que ni el comisario ni yo acostumbramos a generosidades de este tipo. Aprovechá la oportunidad que te estamos dando. Mirame bien, abrí las orejitas y escuchá. Mañana te vestís decentemente, avisás en el aserradero que vas a faltar porque tenés que hacer un trámite urgente y te presentás en el registro civil. Ahí va a estar esperándote Neno Corvalán con la recién nacida. Lo que tenés que hacer es muy fácil. Tenés que reconocer a tu hijita... ¿Cómo qué hijita? La que tuviste con ella, con Neno. Es lo único que tenés que hacer para saldar tu deuda conmigo y con el subcomisario: convertirte en papá de esa criatura... No, casarte no, ¡boludo! Reconocer paternidad y darle tu apellido a la nena. Ahí quedamos todos en paz y a mí me aliviás un dolor de cabeza. Y si en una de esas, Dios no quiera que suceda, te arrepentís o te las tomás⁶² del pueblo, no te olvides que tus viejos y tus hermanitos quedan de garantía. Y ahí sí que al subcomisario y a mí no nos va a quedar otra que hacer uso de la garantía que acabás de negociar con nosotros. ¿O vos te creés que vamos a dejar pasar una falta de respeto semejante? De alguna manera, tenés que aprender a comportarte como un hombrecito. Y para eso estamos nosotros, los que hacemos la patria de sol a sol. Así que vos cumplí con tu parte del trato y aquí no ha pasado nada.

—Claro que esa criatura no era mía, *dotor*. Todos sabían que no era así la cosa. Del viejo más viejo hasta el pendejo más pendejo, sabían quién era el verdadero padre de la bebé. Principalmente, la Neno. Si hoy en día nos conocemos todos, imagínese cómo correrían los chismes cuando San Agustín era poco más que un pueblo chico. Ese día, cuando tuve que ir al registro civil, todo machucado por la paliza que me habían dado en la comisaría, desde que entré hasta que salí de esa oficina, ni nos miramos a la cara la Coronela y yo. Respondí que sí a todo lo que me preguntaron, aunque no entendiera ni la mitad de las cosas que estaban escritas en ese papel. Firmamos los documentos que nos pusieron sobre la mesa, le dimos la mano al juez y nada más. Es que con la Neno teníamos más vergüenza que miedo. Sabíamos que lo que estábamos haciendo estaba mal. Y eso que por la ventanita de la oficina se lo podía ver a don Galván vigilando desde el Jeep. Había vergüenza, sí. Pero, al final, vio usted cómo es la vida de confundidora. La nena llevaba mi apellido y a los mismos vecinos que sabían que yo no era el padre de la Laurita, empezó a entrarles la duda de si era o no era mi hija. En el barrio decían que la nena tenía mis mismos ojos. Hasta yo llegué a creer que se me parecía en la forma de caminar con los hombros hacia atrás, así, como haciéndole frente al mundo. La cosa es que fueron pasando los años y la vi crecer, ir a la escuela y hacerse señorita. Era más linda y simpática que la madre.

Eso sí, cada vez que nos cruzábamos en la calle o en algún negocio, yo miraba para otro lado. Me hacía el distraído. Capaz que me sonreía al pasar, como era su costumbre con el resto de la gente. Pero yo me hacía ilusión de que en mi caso era especial. Fíjese usted que la Rosa, la que fue mi mujer, que en paz descansa, hasta ella desconfiaba. No creía que la nena no era mía. La celaba a la distancia. Y si por casualidad caíamos en el mismo lugar que estaba ella, en el almacén, por ejemplo, me hacía salir de ahí y se largaba a llorar. Me reprochaba por haberle hecho eso. Hasta que unos días antes de casarnos me dijo que si no la acompañaba a la capilla y juraba ante el cura que yo no era el padre de la Laurita, no me daba el sí. Así que no me anduve con chiquitas⁶³. Le pedí al cumpa Suárez y a su hermana que hicieran de testigos y juré todo de todo ante el cura. Pero el cura me dejó pagando porque dijo que una cosa era la ley divina y otra la ley de los hombres. Que era sanador que yo me confesara ante el Señor porque para un cristiano sólo debía importarle sincerarse ante él. Si eso era cierto, que la Laurita no era mi hija, mi alma estaría salvada. Claro que, sobre el asunto del acta en el registro civil, ni él ni Cristo podían hacer nada para anularla. Y, bueno, así fue pasando el tiempo y se fueron calmando las aguas. Formé una familia, sin salvarme de alguna que otra recaída que le daba a la Rosa cada tanto. Y después, de un día para otro, cuando ya estaba grandecita, la nena empezó a cargar una panza que no era por empacho de olla que le había crecido. ¡No, qué va! Ahí la habían hecho mujer sin pedir permiso. En eso fue cuando la Neno se empezó a poner media jodida, media mala y de buenas a primeras desapareció del pueblo. Y sí, cómo no darse cuenta de que el responsable de ese embarazo era el mismo que había preñado a la Coronela cuando el quilombo de mi detención... Bueno, usted sabrá sacar cuentas sobre el revoltijo de hembras que armó ese hombre, ¿no?... La cosa es que esta chica tuvo una hija, de naricita finita y una piel clarita, clarita. Una muñequita. Y después de un par de años tuvo otra. También hermosa, pero más morochita⁶⁴ que la hermanita. Pero en la última, me parece que el Mariano puso algo más que el apego y el cuidado por esa muchacha. Sí, para mí que el Mariano se había mandado con cuerpo y alma porque la quería bien a la Laurita. Me da como que siempre estuvo enamorado de ella, de su hermanastra. La cagada fue que lo madrugó al coronel, como quien dice. Disculpe si le parezco medio atrevido, pero hay que decir las cosas como son. La Laurita y el Mariano eran hermanos, sí, pero se querían como *nadies*. En fin. Qué quiere que le diga, *dotor*. Fue de terror esa época. Mire que pasó la desgracia de los maestros, el misterio de la desaparición del cura, la sequía del Huancúl, lo del incendio y la muerte de la Laura con sus angelitas. Desgracias tremendas. Una atrás de la otra, sin contar lo de la nevazón y el diluvio del 79. Yo, para esta época que le cuento, entre mediados y fines del 83, ya hacía unos años que trabajaba en el municipio y me tocó recibir los restos de esas tres pobrecitas. Usted no sabe cómo lloré esa noche, la del incendio. Porque no habían quedado los puros huesos como la gente se cree. El fuego achicharra la carne, pero no la hace ceniza, así como así. Ni los huesos se hacen ceniza en un incendio, ni quedan separados unos de otros. Lo que queda es la carne chamuscada y pegoteada en el esqueleto. Los dientes quedan, sí, y las uñas, los zapatitos, las boquitas abiertas. Entonces, con ese mal bicho del Lynch, que hacía poco lo habían conchabado⁶⁵ en el cementerio, metimos todo en un solo cajón porque así nos mandaron que lo hiciéramos. Y también nos mandaron a enterrarlo por detrás de la última fila de tumbas, que el catastro y la identificación la harían una vez que el juez diera permiso. A mí me pareció una herejía hacer algo así. Eran criaturitas de Dios, *dotor*, no eran perros que se tapan con tierra y a otra cosa. Le juro por san Ceferino que me temblaban las manos cuando las bajábamos a la fosa. Y no era que se me aflojaban los dedos por el peso, sino porque me parecía que las estaba volviendo a matar. Le echábamos una palada y las escuchaba sonreír. Otra palada y las veía correr por la placita o ir con su mami a comprar el pan. No podía quitarme de la cabeza que una de ellas llevaba mi apellido.

Para la ley no eran más que unas N.N.⁶⁶, como mintió más tarde el juez. Porque lo que hizo es mentir. Podrá decir que los milicos lo obligaron, que por unos cadáveres que nadie iba a reclamar no se iba a jugar la vida y todo lo que usted quiera. Pero mintió y firmó las actas. Qué se le va a hacer. En fin, como le venía diciendo, unas semanas después vino lo del cambio de cementerio. Así que vuelta a meter pala. Tuvimos que desenterrarlos a todos antes de que largaran el agua para la represa, cargar los cajones en los camiones, llevarlos hasta donde se estaba levantando el nuevo pueblo y volver a mandarlos metro y medio para abajo. En esa época, *dotor*, el predio que usted conoció ayer era un campo inútil, un pedazo de peladura marcada por estacas y cuerdas. Ese día que le cuento había como cuarenta colimbas cavando fosas para terminar a tiempo con el traslado. Pero el cajón de la Laura y sus angelitas lo quería enterrar yo mismo. Era lo menos que podía hacer. Y ahí nomás se me acercó Suárez y me pidió que saliera de ahí abajo. Creí que me lo decía porque ya había oscurecido y llovía. Entonces apareció Galván, que ya para entonces se había retirado del ejército, y le hizo abrir el cajón a un soldadito. Ahí nomás tiró una bolsa adentro, junto con los otros huesitos, y ordenó que continuáramos con lo que estábamos haciendo. “Ahora sí —dijo el coronel—, todos juntitos para que sigan revolviéndose en el infierno”. Y yo me quedé mirándolo sin animarme a pronunciar una palabra. Daba miedo verlo de noche con el capote de hule bajo la lluvia, vestido de combate y con esa mirada que no se me olvidará más mientras viva; la misma que me echó cuando me obligó a ir al civil para reconocer a la bebé. Y así los tres: Galván, duro y firme como estatua de bronce, el miliquito dándole al barro con la pala para mandar todo a la fosa y yo, cagado, *dotor*, cagado hasta las patas. Muchos años después, antes de que el malparido del intendente me jubilara por decreto, estábamos mateando con mi cumpa en la sala de materiales del cementerio cuando pasó algo curioso. Es que los viernes teníamos la costumbre de tomarnos unos amargos antes de cerrar los portones. Además, era verano, el sol se ponía tarde y venía una brisita del río que se nos hacía amiga. De repente, para un auto al costado del portón. Uno lindo y vistoso, de esos que tienen los faroles como achinados, ¿vio? Bueno, entonces baja un tipo bien vestido y pide hablar con Suárez. El cumpa se presenta y le pregunta qué necesita. Y ahí veo que este señor se lo lleva en un aparte. El hombre le hablaba y mi cumpa decía que sí con la cabeza. Le apoyaba una mano en el hombro y con la otra señalaba para allá, sobre el final del terreno, donde usted ya se imaginará. El tipo mete la mano en el bolsillo y le da algo. El cumpa lo mira a él, me mira a mí y también le dice que sí con la cabeza. El tipo le da la mano como para despedirse, vuelve al auto y el cumpa se me viene al trotecito.

—¡Mire, Moncho! —dijo el cumpa—. Nos dieron esta platita para que nos quedemos mateando y los dejemos trabajar solitos. Dicen que van a hacer unos arreglos en una tumba. Prometen que no van a tocar otra cosa que no sea lo que a ellos les importa. Son muchos billetes, vea. Si prometemos quedarnos acá hasta que terminen, después nos dan más. Y si le hacemos la gauchada⁶⁷ de cerrar el portón ya mismo, agregan otra propina.

—Y ahí nomás, *dotor*, bajó otro del auto. Pero antes de que se nos vinieran al galponcito, Suárez fue a señalarles dónde quedaba lo que usted ya sabe y se volvió conmigo. Entre los dos porteños (porque para mí eran porteños), descargaron una plancha de mármol y la colocaron en la cabecera de la tumba. Ellos mismos se encargaron de amurarla⁶⁸. Casi que era de noche cuando nos avisaron que habían terminado. Yo me quedé en el galponcito porque no quería complicarme. Pero cuando se despedían de Suárez y le completaban el pago, me pareció ver a una persona más en el auto. Apenitas se notaba una sombra por detrás del parabrisas porque ya era tarde... no estoy seguro de que fuera una mujer. A lo mejor sí porque era de cuerpo chiquito. Sí, capaz que sí, que era una mujer, pero no sé. El asunto es que nadie hizo comentarios sobre esa lápida. ¿Usted lo puede creer, que ni las autoridades nos hayan encarado para preguntarnos qué carajo era eso? Eso

sí que fue raro. Ni el turco ni el intendente nos pidieron explicaciones de dónde había salido la lápida. Otro día apareció Lynch sin que nadie le diera vela en el entierro. Pasó directamente, sin saludar, encarando para ese lado. Miró el mármol de un lado, del otro, se agachó, se puso los lentes y estuvo un rato ahí, como pensando, como preguntándose cosas que no tenían razón de ser. Y fue así la historia. Desde entonces, ese mármol está ahí, como marcando presencia... ¿Como marcando memoria, dice usted? Y sí, puede ser. Memoria. Pero cómo jode eso cuando viene tan manoseada, ¿no es verdad? La puta que jode. Dígamelo a mí que todavía me parece ver a la Laurita jugando en la plaza, sonriendo y esperando a que le diera un empujoncito para sentir el aire en la cara.

Viejo, achacoso.

En vano.

Vágo, holgazán.

Variación de vino casero caracterizado porque, para obtener el mosto, las uvas se exprimen con los pies.

Variación de salami, más delgada que éste último.

Compañero.

Sacar con rapidez.

Sierra mecánica.

Recipiente para lavar ropa, tina.

Estupidez, tontería.

Trabajo.

Huir súbitamente.

Hablar directamente, sin rodeos.

Morena.

Contratado.

Del latín *nomen nescio* (literalmente, 'desconozco el nombre'), es la clasificación que se le da a un cuerpo cuando carece de identificación.

Favor.

Fijar con cemento.

SIETE

A través de una enmarañada red de contactos que Mario y Ángela mantenían con un reducido círculo de confianza, la pareja recibió información precisa sobre cómo había cambiado el cuadro de la situación. Además de degradarlos, la organización los condenaba por desertores y traidores. No les perdonaban que hubiesen abandonado la lucha por proteger a una infiltrada, la que, según el mismo parte, estaba vinculada a una red de inteligencia de las fuerzas armadas. Junto con ello, también los anoticiaban sobre la orden de captura que había lanzado el ejército en contra de Manuela de la Cruz Corvalán, alias la Neno, a quien calificaban de delincuente subversiva y de atentar contra la vida del teniente coronel Berti.

En efecto, el recorte del periódico que Mario arrojó sobre la mesa mostraba la imagen de un departamento que a la Neno le costó reconocer como el suyo, destruido por el estallido de un artefacto explosivo. Sin dificultad, pudo identificar a Berti y a Díaz Galván en la fotografía, de uniforme y en actitud de recoger pruebas entre los escombros. La Neno no podía creer la infamia que la prensa había publicado; menos todavía, que Galván y Berti se hubiesen confabulado para destruir a alguien tan apolítica e insignificante como ella. Pero Ángela y Mario sí creían capaces a esos miserables de operar mediáticamente en favor de sus intereses. Lo concreto era que los hechos daban cuenta de que tanto ella como Ángela y Mario formaban parte de una doble lista negra, de la cual no existía posibilidad de escapar. Ya sea por cuenta de la organización o por acción de las fuerzas armadas, ahora los tres pasaban a ser objetos de captura.

Desde que huyeron de la última casa operativa y se instalaron en el sótano de una imprenta abandonada, las normas de vigilancia para con la Neno fueron diluyéndose. Luego de las malas nuevas recibidas, el trío se daba cuenta de que la fatalidad los hermanaba. De aquí en más, debían apostar a la confianza mutua y a la máxima cautela ante cualquier movimiento que pudiese delatarlos. Ahora estaban en igualdad de condiciones, salvo que, para Ángela y Mario, la clandestinidad, la desertión y la muerte eran instancias posibles en el destino de un revolucionario, pero para la Neno, no: aunque compartiese con sus compañeros una misma categoría de ilegalidad, esas instancias no formaban parte de su idea de la vida. Lo que ella necesitaba era volver el tiempo atrás y resurgir en la tranquilidad de aquella ciudad tan linda y moderna que la recibió cuando tuvo que abandonar de apuro la Patagonia. O tal vez más atrás, cuando aún era una adolescente enriquecida por la dicha y cuando su amor por todo lo que conformaba su pequeño mundo la convertía en una agradecida de la vida. O por lo menos volver al momento en que tuvo por primera vez a Laurita en brazos. Por lo menos eso quisiera, evadirse de este presente tan injusto, el que la encarna en una persona que ella no era ni llegaría a ser jamás.

La Neno miraba el entorno gris del sótano y le parecía una pesadilla estar rodeada de personas y de objetos tan ajenos a ese otro mundo que alguna vez habitó. La poca intimidad que podía lograr se reducía a un colchón separado del de sus compañeros por un tabique. Los tablones sobre caballetes a modo de mesa. Dos viejas rotativas Durtsen que hacían las veces de perchero. Y Ángela que cuidaba de ella y de Mario. Y Mario que cuidaba de las dos.

Al fin de cuentas, ¿qué papel cumplían esos jóvenes? ¿Eran dos inoportunos torcedores de su destino o eran sus salvadores? A veces se le daba por preguntar qué hubiese sido de su suerte si

esa noche Ángela y Mario no la hubiesen recogido de la calle. Se preguntaba qué hubiese hecho Berti cuando se enterase de su embarazo. ¿Hubiese acompañado su decisión de abortar y de dar por terminada la relación? ¿Es cierto que la hubiese “hecho boleta”, como dijo Ángela? Y Díaz Galván, ¿a cuenta de qué aparecía solidarizándose con esa paparruchada de falso atentado que publicaron los diarios? ¿Estaría cuidado de Laurita y de sus nietitas como se lo prometió?

Aquella vez ella cerró la boca y cumplió con su parte. Se fue del pueblo para resguardar a sus nenas y para dejarlo hacer lo que era imposible impedir. Abandonó San Agustín a cambio de que no le jugara feo a Laurita y a su Mariano. Está bien, ella no lo iba a joder más. Pero si se llegaba a enterar de que él no cumplía con su palabra, iba a contar todo lo que sabía de él, de las cosas feas que hizo.

—¿O crees que yo no sé, Roberto, qué pasó con el maestro González, con Espeche y con el cura? Y tampoco me olvido de esa noche que mejor no hablar: vos y tus oficiales, y esos colimbas que de inocentes no tenían nada. Lo que hicieron conmigo y con mi hija no tiene perdón. No siempre van a estar ustedes en el poder. Algún día se les va a terminar. Y ahí sí que la que va a pasar la factura voy a ser yo. Así que más vale que no me entere que no cumplís con tu palabra. Te juro, Roberto, te juro que si te llegás a mandar alguna más, lo busco a tu suegro o a cualquier superior tuyo y le cuento todo. Te juro que lo hago.

La Neno nunca se enteró de que el hombre que se ocultó en el baño del parador El Lucero degolló a una mujer que no era ella, alguien que, por el parecido físico, hubiese podido pasar tranquilamente por una hermana suya. Una infeliz que viajaba en un servicio que había partido media hora más tarde de San Agustín, pero que se adelantó cuando el suyo reventó una cubierta al pasar por Barda del Medio. Nunca se enteró que al tipo del cuchillo lo estaban esperando en un Falcon con el motor en marcha. Que además de ayudarlo a embolsar el cadáver y cargarlo en el baúl, lo condujeron hasta Catriel, donde en un puesto rural tenían listo el cortador, la bolsa de cal y la fosa. Que luego siguieron hasta Santa Rosa, donde el mismo tipo buscó una cabina telefónica y comunicó que la comisión había sido cumplida. Y como si fuera poco, la Neno no tuvo idea del ataque de ira que le dio a Galván cuando Berti lo llamó para decirle que su hembra calentona estaba en La Plata, haciendo uso de una carta de recomendación para entrar a la municipalidad.

—Berti, vos hacé de cuenta que no sabés nada. Correla para el lado que mejor te parezca. Arrastrale el ala. Hacete el galán y ubicala en algún departamentito de ésos que vos sabés conseguir de ocasión... Sí, claro, si querés disfrutarla, no te andes con chiquitas. No sabés lo que es esa hembra una vez que toma temperatura. Pero no te entusiasmes demasiado. No te enganches. Hacela corta. Yo sé lo que te digo. Mirá que es media bruja y en la cama es dónde mejor sabe comerte la cabeza. Pero tenela corta. Pinchale el teléfono de la oficina. Controlá con quién habla y bajo ningún punto de vista permitas que se aleje de tu jurisdicción. Y cuando veas que es oportuno, procedé y ordená traslado.

Ángela agradeció que la Neno no fuera primeriza y que el parto hubiese acontecido sin complicaciones. Desde su llegada al sótano, además de las pautas de seguridad que seguían al pie de la letra, el parto por venir era prioridad.

Desde que se refugiaron en la vieja imprenta, una de las medidas que tuvieron que incorporar fue el cambio de aspecto de la pareja. De allí que Ángela se tiñera de rubia y consiguiera ropa formal, por si acaso; en tanto, Mario se afeitó la barba, alistó un traje gris y desempolvó un maletín que le habían facilitado para la ocasión. El sótano se comunicaba con la vivienda contigua a través de un boquete camuflado y daba a una calle empedrada que desembocaba en la avenida Rivadavia. Así, las incursiones callejeras mostraban a Mario como un empleado tipo moviéndose como un oficinista más por la ciudad. En el caso de Ángela, podría tratarse de una joven haciendo

compras o recorriendo vidrieras. De este modo, pudieron visitar locales comerciales para proveerse de insumos y alimentos.

El período de postparto se desarrolló sin novedad. El bebé se alimentaba bien y la madre estaba saludable. Lo preocupante era que el dinero se estaba terminando y la posibilidad de que en cualquier momento dieran con ellos era cada vez más cierta. El compañero de brigada que solía contactarlos y brindarles apoyo logístico dejó de hacerlo. Las especulaciones eran siempre las mismas: o cayó en un operativo o lo chupó un grupo de tareas. O se borró del mapa para salvar su vida.

Ángela coincidía con Mario en que el momento de abrirse⁶⁹ estaba llegando. Si permanecían más tiempo en el sótano, las posibilidades de que los descubrieran serían cada vez más altas, porque la falta de recursos los llevaría a cometer una imprudencia de un momento a otro. El no saber cuál había sido la suerte del compañero de apoyo les hacía imaginar el peor desenlace. Tal vez la última vez que los visitó fue seguido por un agente de inteligencia o por miembros de la organización. En consecuencia, el escondite ya no cumpliría la función para la cual estaba destinado. Es posible que, a estas horas, quienes se la tenían jurada estuviesen planificando un operativo relámpago para reventar el lugar. Por otro lado, aunque ello no estuviese ocurriendo como pensaban, la situación de encierro y clandestinidad ya no daba para más. La madre necesitaba construir una vida sana junto a su bebé: llevarlo al pediatra, aplicarle vacunas, documentarlo. Y ellos necesitaban abrirse para proyectar un nuevo compromiso de vida, pero esta vez asumido por fuera de la lucha armada. Por eso, esa misma noche, Ángela y Mario discutieron durante horas respecto de cuál sería la salida más recomendable para los tres.

Junto con las primeras luces de la mañana y abatidos por el sopor que provoca el pasar una noche en vela, despertaron a la Neno para comunicarle que la dejarían sola por unas horas, ya que irían a ver a alguien importante que podría ayudarlos. Eso sí, tardasen lo que tardasen, ella no debía salir por nada del mundo. Le dejarían provisiones suficientes y pañales para el bebé. Y, por las dudas, llegado el caso, ya sabía dónde estaban escondidas las ampollitas que debía ingerir si fuera descubierta.

—Sí, Neno, aunque parezca una locura, es preferible eso —dijo Ángela—. Antes que dejarte agarrar con vida, es mil veces mejor el sacrificio. Es rápido y no se sufre. Bueno, eso dicen.

La pareja sabía lo que significaba tomar ese riesgo: dejar a la Neno y al bebé solos en el sótano y exponerse en un momento tan crítico. Pero en lo que coincidían los tres era en el error de quedarse quietos y a la espera de nada.

—La única posibilidad de salir de esto es recurrir a tu viejo, Mario. Ya sé que no te gusta la idea y que te da por las pelotas tratar con un gorila, y lo del orgullo y todo lo demás ya me lo explicaste. Pero en la situación que nos encontramos, hoy por hoy es el único tipo con poder suficiente que puede asegurarnos dónde guardarnos... Ya sé que hace tres años que no te hablás con él y todo lo demás de la incomprensión y del desprecio por tu militancia. Qué te crees, que yo no pasé por eso. Cuando tuve que abrirme de mi familia, mi viejo lo que menos me dijo fue puta comunista. Y qué, ¿acaso no conocíamos el precio que se paga por jugarse de esta manera? Acá lo que importa es que si no hacemos algo, nos caen en cualquier momento. Y como si fuera poco, estamos arrastrando a una inocente y a su hijo a la misma mierda que nos toca... ¿Ahora la vas a juzgar por eso? Si esa pobre ni sabía en qué país vivía. El terrorismo de Estado lo sufrió en carne propia, sin conocer el concepto de abuso de poder o sometimiento a servidumbre. ¿Cómo la vas a juzgar a esta altura del partido, cuando no tiene ni un pozo donde caerse muerta? En cambio, vos sí tenés alternativa y venís a hacerte el orgulloso en una crisis como ésta. Y escuchame bien, discrepar con la conducción y decidir una retirada estratégica no nos convierte en traidores. ¿O

acaso la cúpula no está replegándose para recomponer fuerzas y considerar una contraofensiva desde el exterior? Hay varios que ya cruzaron el charco y la están pasando mejor que nosotros, los que seguimos defendiendo las mismas convicciones desde la primera hora. Así que no seas testarudo. Bajá el copete, masticate el orgullo y hablá con tu viejo que es el único salvavidas que tenemos a mano.

*

El ingeniero Martínez Videla creyó que lo iban a asaltar o secuestrar cuando el custodio Carranza abrió la puerta del Mercedes y un Torino negro frenó a la par para que un joven descendiera a la carrera, le entregara un sobre y huyera. La maniobra no duró más de unos segundos. Demasiado breve como para que Carranza reaccionara y actuara en consecuencia. Cuando el custodio desenfundó el arma reglamentaria, corrió el cerrojo y apuntó, el Torino doblaba en la esquina y se perdía de vista.

El ingeniero logró dominar el sacudón emocional que le provocó reconocer en ese papel la letra de su hijo, la cual revelaba la misma caligrafía que ya desde chico se distinguía por el rulo desprendido que le imprimía a las “g” y a las “f”. No pudo con la mezcla de congoja y ansiedad que le apretaba la garganta, pero sí con el avance de las lágrimas que, más tarde y al releer la carta, reprimió con un trago bien apurado de whisky, a solas, encerrado en el despacho de su casa de Vicente López.

Cuando el suboficial Carranza volvió a enfundar el arma y miró avergonzado al ingeniero, como pidiéndole disculpas por el descuido, no le preguntó por el sobre que guardó en el portafolios. Le preocupaba más que el patrón informara a sus superiores sobre el mal desempeño de sus funciones, que la misiva misma. Era la primera vez que reaccionaba lento de reflejos. Si además de sus superiores, sus camaradas se enteraban de que había sido sorprendido por unos zurditos⁷⁰ de mierda, las burlas no se detendrían por un largo tiempo.

A Carranza no le preocupaba la carta. Seguramente se trataba de una amenaza más, de un apriete falso para pedir dinero. Pero si en una de éstas a los zurditos se les antojaba volver, ahí sí sabrían lo que es bueno. Él les iba a enseñar de lo que era capaz un suboficial de la Armada. Hacía tiempo que andaba con ganas de completar la decimoquinta estrellita en su haber de ajusticiados. Seguro que en la próxima festejaba los quince. A lo mejor dieciséis o diecisiete, si tenía suerte. Porque esos cobardes siempre van en patota⁷¹ y la suerte no juega de zurda, va por derecha, como corresponde.

A pesar del dolor y de la decepción que le había causado su hijo aquella vez, cuando en otra carta le comunicaba la decisión que había tomado, ahora el ingeniero quería y ansiaba verlo. Muy a pesar de haber jurado que por nada del mundo lo perdonaría, quería volver a estar con él, abrazarlo y retenerlo para siempre. Así su hijo hubiese cometido el más grave de los errores o hubiese hecho cosas horribles, siempre podrían reconciliarse y buscar la forma de sanar las heridas que su inmadurez y fervor utópico le habían provocado.

Un inmerecido castigo había soportado la familia en estos últimos tres años como para que él no pudiera hallar la forma de lograr una salida reparadora. Y como era la voz madura y sabia de la familia, estaba dispuesto a dar un paso atrás para recibir al hijo arrepentido que quería retornar al nido. Más de mil días estuvo atento a las noticias que difundía la prensa sobre los enfrentamientos que se libraban entre las fuerzas del orden y los extremistas. Él sabía que, a pibes como el suyo, cuando no los bajaban en un enfrentamiento, los secuestraban, los torturaban y los hacían desaparecer.

A la gente de su entorno les había vendido la mentira de que Mario residía en Estados Unidos,

becado por la fundación que él presidía. Por eso nunca tenían el gusto de ver en los encuentros sociales a Martínez Videla junior acompañando a su familia. La mayoría de los colegas del ingeniero creyeron en la excusa del hijo becado, como también lo hizo el resto de la parentela; pero unos pocos escépticos se permitían dudar cuando observaban que el muchacho no regresaba para navidad o cuando las respuestas del ingeniero eran ambiguas respecto de la universidad que lo apadrinaba.

Sabía que iba a ser difícil “blanquear” a Mario en un momento tan crítico como el que atravesaba el país, pero, a su vez, había varios uniformados que le debían favores y éste era el momento de cobrar alguno de ellos. No en vano incluyó a esos zánganos del Estado en las partidas del Ente Autárquico Mundial 78⁷². Daba por hecho que la inversión en dólares que oportunamente supo compartir con esos despreciables daría a la larga sus dividendos.

Siguió al pie de la letra las instrucciones que su hijo había detallado en las líneas finales de la carta. Antes de quemarla, memorizó día, hora y lugar de la cita. Le ocultó a su esposa todo lo concerniente al asunto: la nota y el pedido de la misma, el episodio del muchacho del Torino y la reacción tardía de Carranza. Claro que no fue fácil resistir las ganas de compartir con ella la buena nueva, pero su hijo había sido terminante en ese punto y él no le iba a fallar.

Más allá de las maniobras evasivas que debió pergeñar para cumplir con la cita, lo más difícil fue buscar la forma de ausentarse sin despertar sospechas en su familia y la custodia⁷³, y soportar la espera. Por eso, cuando llegó el día, le dijo a Carranza que esa noche hiciera el favor de alcanzarlo⁷⁴ en un restaurante del barrio norte, donde se reuniría con sus colegas del Ateneo. Que ya no lo iba a necesitar por hoy. Que se retirara porque él se había arreglado con el contralmirante para que su custodia lo acompañara hasta Vicente López.

Como no era habitué del Cinque Stelle, estaba asegurado su anonimato en el restaurante. Representando el papel de alguien fastidioso por asistir a una cena aburrida, ingresó al local entremezclándose con un grupo de turistas. Una vez adentro se dirigió al baño, se lavó las manos, se mojó la cara con agua fría y volvió a la calle. Cruzó la avenida y tomó un colectivo que lo transportó hasta las afueras de la ciudad. Bajó en la esquina de la estación de servicio convenida. Luego caminó siete cuadras hasta los portones de acceso de una fábrica abandonada y se dispuso a esperar la próxima movida. Un minuto después, sin escucharlos ni verlos venir, dos hombres lo tomaron por detrás, lo encapucharon y lo metieron en la caja trasera de una camioneta. No tuvo miedo. Tampoco intentó resistir. Suponía que el zafarrancho era parte del plan de seguridad que manejaba esa gente. Sólo quiso saber si su hijo era uno de los que lo acompañaban. Dos veces preguntó por él, pero no obtuvo respuesta. Entendió que por más que insistiera, el silencio sería total hasta que llegaran a dónde tenían que llegar.

El vehículo mantuvo su marcha durante una hora, aproximadamente. Luego se detuvo y sonaron dos golpes contra el lateral de la caja. Escuchó que uno de los hombres que lo acompañaba se ponía de pie, abría la puerta trasera, descendía del vehículo y la volvía a cerrar. El que quedó a su cargo lo tomó de los hombros, lo dio vuelta y le desató las manos. El ingeniero, sin que se lo ordenaran, con la respiración agitada y temblando, fue quitándose la capucha lentamente, como desnudándose con pudor, hasta que tuvo de frente a su ocasional secuestrador. Así descubrió que ese joven que le sonreía y le tomaba las manos era su hijo Mario, el que ahora se dejaba abrazar y que, con la voz un tanto quebrada, le decía que estaba todo bien, todo muy bien.

Desertar de la organización.

De ideología de izquierda.

Grupo de tarea, paramilitares.

Entidad encargada de la organización de la Copa Mundial de Fútbol 1978. Fue creada en 1976 por la Junta Militar de gobierno, órgano supremo de la dictadura conocida como el Proceso de Reorganización Nacional (Proceso). El mundial del 78 ha sido uno de los más caros de la historia, ya que su costo ascendió a 517 millones de dólares de la época, 10 veces más de lo presupuestado. A falta de registros, se desconoce el manejo de los

fondos.
Guardespaldas.
Llevarlo.

OCHO

La calentura no se le pasaba a Carranza. Caminaba a paso veloz e insultando por lo bajo. No podía borrar de su mente la imagen de los pendejos del Torino. En esas diez cuadras que lo separaban de la estación Vicente López, buscaba agotar toda la bronca atragantada en la garganta. Nada de aceptarle a su relevo que lo alcanzara hasta la estación. Mejor descargar la bronca caminando. Era la primera vez que fallaba, que no gatillaba a tiempo. Se sentía frustrado. No podía creer que ese malcriado comunista lo hubiese madrugado a plena luz del día. Zurdito atrevido. Maleducado de mierda. Si supiera a cuántos borreguitos⁷⁵ como ellos bajó sin piedad. Y por menos que eso hizo boleta a más de uno. ¿Cómo no se avivó que algo fuera de lo normal iba a pasar cuando escuchó y vio venir el Torino? ¿Cómo no manoteó del cuello a ese insolente o le cruzó el pie cuando corrió hacia el ingeniero? ¿Tan lento de reflejos estuvo que no pudo desenfundar, accionar la corredera y disparar?

Identificar al enemigo, desenfundar, apuntar y no abrir fuego era motivo de reprobación y burla por parte de sus camaradas. Ojalá el ingeniero no informara el incidente a la comandancia. Era la única esperanza que le quedaba para que su legajo se mantuviera indemne y nada le impidiera lucir las jinetas de suboficial mayor a fin de año.

Salteando de a dos los escalones, Ramón Carranza subió las escaleras de la estación del ferrocarril. A esa hora de la noche, el andén se mostraba despoblado, como también la formación⁷⁶ que unos minutos más tarde lo transportaría hasta Victoria. Allí, cómo dudarle, su mujer estaría aprestando los últimos detalles del ritual hogareño de los viernes: milanesas con papas fritas, flan con dulce de leche y las mejores partes de su hembraje para complacerlo. Pero la posibilidad de verse perjudicado por el episodio de los mocosos del Torino no dejaba de ofuscarlo.

Él, que siempre fue un infante de marina ejemplar, que cumplió con todos los mandatos que exige la Armada y que llevaba con orgullo una foja de servicios impecable, veía injusto que ahora, ahora que estaba por alcanzar el grado máximo del escalafón a temprana edad, rechazaran su promoción por culpa de esos pendejos insolentes. ¿Cuántas órdenes, comisiones e insufribles campañas cumplió con resultados más que satisfactorios y sin solicitar compensación alguna por ello? “Subordinación y valor” era más que una consigna para él: era la forma de vida que había elegido y de la cual no se arrepentía de haber abrazado desde el primer día de servicio.

Carranza sabía que su designación como custodio era una suerte de compensación por el deber cumplido. Pero esa correspondencia se quedaba corta en comparación al nivel de entrega que tuvo siempre para con la fuerza⁷⁷. Sólo tomar en cuenta la vez que rescató a aquel capitán del ejército en la Antártida, era material suficiente para condecorarlo y decretar el correspondiente ascenso. Acudió en su ayuda porque era el único que estaba en el puesto meteorológico cuando llegó entrecortado el llamado de auxilio. No evaluó riesgos ni solicitó autorización. De inmediato tomó nota de las coordenadas, llenó el tanque de la motonieve e inició la búsqueda. Promediando una tarde de cielo cubierto, pero aún libre de nevadas, divisó un punto anaranjado en un valle estrecho, el cual declinaba hacia una planicie con mar de fondo. Al aproximarse, advirtió que el punto anaranjado que había visto a través de los binoculares era la mitad posterior de una moto de nieve. El resto del vehículo se encontraba a medio tragar por una grieta. Antes de ingresar al

habitáculo, el suboficial primero Carranza utilizó una cuerda para amarrarse a la moto. Si se producía un nuevo derrumbe, tendría posibilidades de sobrevivir. Por su parte, el capitán estaba próximo al nivel de congelamiento. En ese momento no midieron las consecuencias que sus respectivas acciones podrían acarrear. Tanto el capitán como el suboficial habían emprendido sus incursiones a solas por una región no explorada, contrariando el estatuto de seguridad que regía para empresas de esa categoría.

Anochece cuando rescatista y rescatado regresaron a la base. Aunque el grado de hipotermia del capitán Díaz Galván apuntaba a un cuadro agudo, el de Carranza comenzaba a ser de cuidado. El camino de vuelta se había complicado por una nevada que no estaba en los cálculos del suboficial. En minutos, la profundidad de la nieve, la escasa visibilidad más el peso extra que implicaba el tándem demoraron la travesía hacia el puesto meteorológico. El suboficial se sorprendió cuando un capitán de fragata entró a la sala de primeros auxilios. No esperaba una felicitación por parte del jefe de su unidad; incluso, creyó que lo sancionarían por no respetar el protocolo de seguridad. En cuanto al capitán del ejército, menos aún que le hicieran saber cuánto preocupó su desaparición y cuánto se alegraban de que la desventura se hubiese resuelto para bien.

Unos meses después, luego de efectivizados los relevos estivales, Carranza y Díaz Galván se reencontraron en un club nocturno de Río Grande, donde intentaban pasar de la mejor manera parte de su licencia anual; merecido descanso que el primero completaría junto a su familia en Victoria, y el segundo en un nuevo destino antártico.

Era ofensivo para el cuadro de oficiales que un capitán invitara a un suboficial a compartir su mesa y pagara la consumición, y más ofensivo aún si ese subalterno pertenecía a otra fuerza, en este caso a la marina. Pero, a pesar de las miradas de reprobación de sus pares, el capitán no temía reconocer que le debía la vida a ese hombre. Y si alguno tenía algo que objetar, que lo esperara afuera, que cuando terminara sus asuntos lo iba a atender en tiempo y forma. Pero eso más tarde, ahora tenía que saldar una cuenta de honor.

—Nobleza obliga, suboficial. Es indigno hacerse el distraído y no reconocer la valentía de un hombre que se jugó la vida por otro. Y como en su momento no pude hacerlo porque tenía más hielo que sangre en las venas, quiero que sepa que estoy muy agradecido con usted. Nunca lo voy a olvidar. ¡Salud, y viva la patria, carajo!

Terminando la primera botella, el clima de conversación fue ganando en confianza y abriéndose a temas intimistas. Fueron de lo anecdótico castrense a las experiencias de vida, de la infancia y las despreocupaciones de la adolescencia a las mujeres que les cagaron la vida. Allí, con su relato, el capitán logró conmover al suboficial. Dejó en claro que estaba cumpliendo con la campaña antártica no por elección o porque buscara progresar en su carrera. No. Estaba allí por culpa de una mujer. Mejor dicho, de dos mujeres: por la yegua de su esposa y por otra puta que lo volvía loco, que le comía la cabeza. Las dos no hacían otra cosa que joderle la vida y aprovecharse de su estatus. Le reclamaban que era egoísta y cobarde por no jugarse por ellas. Unas desagradecidas. Él no hacía más que entregarles todo su amor cada santo día. No hacía más que estar al pie del cañón para darles todos los gustos, a ellas y a sus nenas. Eran demandadoras insatisfechas. Unas perversas.

—Pero así pagan, Carranza. Te mandan al frente con el padre, que es general de caballería, y te queman con falsos testimonios. Seguro que ahora, en este mismo momento, mientras nosotros estamos pensando todo el tiempo en su bienestar o si están tristes, se están encamando con otro. Seguro. Así son estas arrastradas. El día que me rescataste andaba montado en una locura explosiva. No aguantaba más. Quise cebarme⁷⁸ un mate, se me cayó la pava y me quemé la mano.

No sé qué me pasó en ese momento. Me enneguecí y con una silla destrocé la cocina, la alacena y el botiquín. O agarraba un cuchillo y achuraba⁷⁹ a todos, o me perdía en la nieve hasta quedar hecho un témpano. Pero te digo la verdad. Cuando la máquina se sacudió y vi que me iba para abajo, que la tierra me tragaba, ahí entendí que terminaba mi sufrimiento. Como que me arrepentí en ese momento. “Pero ya está —dije—, que el frío me pase a mejor vida”. Lo raro fue que antes de entrar en *shock*, hice un llamado por radio. Cuatro o cinco palabras porque se me estaba congelando la cara. Raro, ¿no? Quería morir, pero pedía auxilio. Una mierda son las mujeres, ¿o no? Si hasta casi te hacen pagar a vos también por venir a salvarme.

Ese día, cuando Carranza retornó de la campaña antártica al continente y en el batallón lo recibieron como a un héroe, tendrían que haberle otorgado la mención de honor que nunca recibió. Hasta la revista de publicaciones navales le había dedicado un artículo de tres páginas, destacando el riesgoso rescate que realizó para salvar a un oficial del ejército, resaltando con negritas el rango y el arma a la que pertenecía el accidentado. Carranza sabía que la Armada estaba en deuda con él. Por eso, luego de la publicación y de las repercusiones que cobró su hazaña a nivel superior, le concedieron el doble de licencia y lo compensaron destinándolo como custodio en cancillería. Pero del ascenso anticipado, ni noticias.

Duró poco el período de bienestar y vida liviana para Carranza porque la situación política fue caldeándose a diario. Con el regreso del general Perón⁸⁰ a la Argentina, las disputas armadas entre derechas e izquierdas se tornaron frecuentes. Atentados, secuestros, cadáveres en las calles eran lugares comunes en el paisaje urbano. Los descalabros institucionales y los partes que transmitía la comandancia respecto de la lucha contra el marxismo exacerbaban al suboficial. Pronto llegó la orden de sumarse a una capacitación anual en Puerto Belgrano. Y así fue que luego de una dura prueba de resistencia física, prácticas de combate en todo terreno y adoctrinamiento teórico, Carranza fue seleccionado para conformar uno de los grupos de tarea que se especializaría en inteligencia-contrainteligencia, detección de elementos subversivos y acciones persuasivas para con potenciales detenidos. Junto con la aprobación del curso, dos acontecimientos le darían a entender que todo en la vida tiene su recompensa. En una misma jornada, Ramón Carranza fue ascendido a suboficial principal y el gobierno de Isabel Perón⁸¹ caía derrocado por la Junta Militar.

Si de aquí en más las nuevas por venir le daban continuidad a la buena racha que estaba disfrutando, el futuro del marino no podría insinuarse de mejor manera. No obstante, la vida militar deparaba eventuales ingratitudes, como la vez que lo privaron de asistir al nacimiento de su hijo menor. El suboficial Carranza no discutía órdenes ni cuestionaba la naturaleza de las mismas si de actuar en operativos se trataba, ya fuera chupar⁸² terroristas o aplicar sus conocimientos en interrogatorios prolongados. Se había formado para defender a la patria a través de intervenciones de combate. Para eso sí no existía cansancio, hambre u obligación familiar que se interpusiera. Disfrutaba de su trabajo y se sentía honrado de ser parte de la historia del país. Pero privarlo de un acontecimiento familiar tan importante para acompañar un operativo de seguridad en Ezeiza, le pareció un despropósito y una falta de respeto para su investidura.

La noche del operativo cumplió cuatro horas de guardia en la explanada del aeropuerto, sólo para preservar la llegada de un vehículo particular. Hasta que el objetivo a proteger no descendió del utilitario y le informaron que esa mujer de cabello renegrido, la misma que cargaba un bebé y lo entregaba a otra persona, era el motivo del operativo, Carranza creía que lo habían llamado para garantizar el traslado de algún alto jefe guerrillero, como había pasado aquella vez en Trelew. Ni en la más ilógica de sus especulaciones hubiese considerado proteger a una mujer de quien, además, se decía que era subversiva y estaba a minutos de abandonar el país.

*

Cuando el tren se detuvo en la estación Acassuso, una pareja de adolescentes entró corriendo al vagón y se sentó frente al suboficial. Por la forma cómplice en que se reía la chica, supuso que el muchacho le insinuaba alguna propuesta subida de tono. Como respuesta, la chica se dejó besar el cuello y acariciar las piernas. La actitud de la pareja rescató a Carranza de ciertos capítulos agrídulces del pasado y lo devolvió al estado de bronca que le habían causado los insolentes del Torino.

La boca y los pechos de la chica se dejaban explorar por su acompañante. El suboficial se preguntó si su hija también haría lo mismo cuando le pedía permiso para salir con sus amigas. Aunque la parejita lo ignoraba por completo, bajó el cierre de su campera y palpó el arma reglamentaria que calzaba en la sobaquera. Nunca se sabe con estos pendejos. A lo mejor disimulan para atacar por sorpresa. Su hija no era tan puta como para dejarse meter la mano tan adentro. ¿Tendría dieciséis, diecisiete?

Carranza no le quitaba la vista a cada movimiento que realizaba el muchacho. Comenzó a excitarse, a cobrar temperatura y a secársele la boca. No podía evitar ponerse duro, sobre todo cuando la pendeja soltaba un breve gemido entre beso y beso. La chica separaba las piernas y Carranza más despreciaba a los zurditos. Se reacomodó en el asiento para que su miembro pudiera manifestarse sin estorbo, sin la compresión de los pliegues del pantalón. Después de las milanesas y el flan, cuando tuviera a su mujer boca abajo, desnuda y caliente, él les demostraría a estos mocositos cómo la pone un macho de verdad.

Imposible que su hija fuera tan puta. El muchacho hacía bien. No era culpa suya que ella lo provocara de esa manera. Qué clase de mujer era esta desvergonzada que se relajaba en un transporte público sin respetar a los mayores. Como si él no existiera. Como si la mocosa no pudiese contener la fiebre animal que le hervía entre las piernas. Igual que los del Torino. Todos iguales. A este tipo de gente habría que matarla de chiquita para que no pudran a la juventud con ejemplos degenerados.

La parejita también dio por finalizado su viaje en Victoria. Caminaban por delante de Carranza, pero ya sin manosearse ni besarse. Avanzaban abrazados uno del otro. Allí se dio cuenta de que la chica tenía un culo perfecto, con forma de corazón ensanchado, composición que, fortalecida por las costuras de los *jeans*, acentuaba el balanceo de las caderas. Y para encenderlo aún más, ese movimiento aceleraba el torrente que hinchaba a Carranza por lo bajo. Él podía ir más allá del elemental deseo de fantasear obscenidades o tenerle ganas a ese culo. Podía representar a la perfección el pánico de la chica cuando él le arrancara sus ropas, la arrojara de un golpe sobre el catre de campaña (el mismo que utilizaba en la bodega del batallón para casos como ése) y le separara las carnes con su miembro para que aprendiera a no ser tan descarada y puta. Y si eso no alcanzaba, también tenía para darle a los zurditos del Torino. Porque si se trataba de ponderar con el ejemplo, él era macho de sobra para corregir mujeres y hombres por igual.

La pareja se separó tres cuadras antes de la casa de Carranza. Apenas un abrazo y un beso breve. Ninguno de los dos se preocupó por ver quién era el hombre que venía detrás. “Mejor así”, pensó el suboficial. La chica mantuvo el rumbo que traía desde la estación. Las cuadras que restaban recorrer carecían de asfalto y de alumbrado suficiente; sólo una lámpara pendía del cableado cruzado en cada esquina. Mientras tanto, el bailoteo del culo de la descarada seguía ahí, zarandeándose con más ganas que antes y llevando al máximo la excitación de Carranza, que respiraba agitado, que volvía a palpar la sobaquera y que volvía a padecer la imagen del Torino derrapando. Bien que se le habrán cagado de risa esos zurditos atrevidos mientras huían. No importa. Que sigan burlándose nomás. Ya los iba a agarrar cuando menos lo esperaran para

hacerlos parir como es debido. Como también agarraría a esa putita que revoleaba el culo. Claro, ahora que no estaba el machito se hacía la casquivana. También ella recibiría lo suyo. Pero una cuadra antes de llegar a su casa, la chica se detuvo y lo miró fijo. Metió una mano en el bolso que llevaba colgado del hombro y sacó una llave. Cuando Carranza estuvo a metros de alcanzarla, la chica abrió la puerta de la peluquería Martínez y entró.

¿Además de lento de reflejos se estaba poniendo viejo? ¿Esa guacha de tremendo culo era Silvita, la hija de Rolo Martínez? ¿Cómo no la reconoció? ¿Cómo no asoció los rasgos de quien se ofrecía como una ninfómana con aquella nena a quien, junto a su hija, solía llevar a la plaza? Sorpresa sintió Carranza al redescubrir a Silvita. Vergüenza no, apenas sorpresa. Bueno, él tampoco tenía por qué estar al tanto del desarrollo diario de todas las chicas del barrio. Entre tantas mudanzas de servicios, campañas y comisiones clasificadas, su estancia hogareña se recortaba a la noche y los domingos libres de guardia.

Si Rolo supiera lo que hace su nena puertas afuera, seguro que le pediría por favor que hiciera algo para corregirla. Y él, con gusto y disciplina, la aleccionaría. La pondría en vereda en pocos minutos. Si hasta podía sentir correr por su pedazo todo el jugo tibio que el sexo de Silvita tendría para regalarle. Después de que él la corrigiera, aplicando todos los pasos que imponía el protocolo de procedimientos, no le quedarían ganas de andar haciéndose la comehombres por ahí.

Hizo a un lado la tranquera del costado y entró a su casa por el pasillo que da al fondo, donde Tony, el pekinés que su hijito pidió que le regalaran para el día del niño, lo recibió ladrando con furia, como si fuese un intruso y no él, el patrón del hogar, el que llegaba después de un pesado día de trabajo.

La luz del cuarto matrimonial llegaba débil hasta la mesa de la cocina. Levantó la servilleta que cubría el plato y lo tranquilizó ver que, por lo menos, allí estaban las milanesas y el puré de papas. Desenfundó el arma y la dejó junto al plato. Tony quiso seguirlo hasta la habitación, pero Carranza lo apartó con el pie. El perro se refugió bajo la mesa y retomó ese ladrido chillón que lo enervaba.

—¡Ay, papito!, por fin llegaste. Decile a Tony que se calle, que no me siento bien. Estuve todo el día descompuesta. Capaz que fueron las empanadas fritas de anoche. Encima, Gustavito vino a ver tele conmigo y se quedó dormido. ¿No lo pasas a su camita que yo no doy más? O si querés y no te molesta, mejor acostate en la cama de Susy, que esta noche se queda a dormir en la casa de Analía.

No pasó a su hijo a la camita. Apagó el velador, cerró la puerta y encendió la luz de la cocina. De un manotazo, quitó al perro de la silla porque estaba mordisqueando parte de la cena. “Perro de mierda. Sabe que se mandó una cagada. Por eso ahora no ladra. Perro puto. Lloro como una maricono”.

A la media botella de vino le agregó dos chorros de soda. Abrió el pan y mandó las dos milanesas adentro. Ante cada bocado que daba, iban alternándose imágenes de los zurditos del Torino, de la desolación antártica, del reconocimiento de aquel capitán del ejército en Río Grande, de la frustración de haber reaccionado tarde cuando lo sorprendieron frente a la casa del ingeniero, de la parejita lengüeteándose, de la pequeña Silvita y de su hijita en el tobogán, y también de la otra Silvia Martínez, de la degenerada que lo provocó desde Acassuso hasta metros antes de llegar a su hogar.

Carranza tragaba y la erección retomaba consistencia. Tony gemía de hambre. Tony apoyaba las patitas en su falda y ladraba cortito, tímido, para mendigar un bocado. Carranza concede. Le tira una punta de milanesa contra la heladera para que se entretenga y lo deje tranquilo. Silvita, la del tren, abriéndose de piernas, ansiosa de ser reventada por el pedazo ardiente del suboficial.

Carranza se abre el pantalón y deja sus partes al aire. Se toca, se aprieta fuerte y el Tony otra vez reclamando, ladrando corto. Va por la aceitera que su mujer dejó a mano y se unta. Deja de masticar porque el clímax colma toda ansiedad. La mano aceitada sube y baja por el tronco. Pero Tony ladra, rasquetera su falda y vuelve a chillar. Su mujer grita desde la pieza que por favor calle a ese perro. El culo de Silvita y los zurditos parecen vencerlo. Putas y Torinos le debilitan la mano. De repente Tony hace trampolín en la pierna del suboficial y sube a la mesa. Carranza, antes de que el pekinés se apropie de lo que queda del sándwich, lo atrapa por el cogote. Saca la lengua Tony, enmudece, sacude las patitas en el aire. Carranza refriega la mano libre en el pantalón para quitarse el aceite y toma el arma. Los pantalones se le caen cuando abre la puerta para ir al patio. No le importa andar con la pija al aire. Con los pantalones por el suelo, libera una pierna y va tras el limonero con el pekinés colgando de su mano, el arma en la otra, bien erecto y con el culo de la pendeja, el brindis del capitán y los del Torino hirviéndole en la sangre. El hocico del perro apenas deja lugar para que el cañón del arma se coloque en posición. Tony ya no gime, ni siquiera se mueve. Pero el culo de Silvita sí se agita para que él le entre como había prometido: fuerte, violento y profundo, hasta acabar en llanto toda la bronca de un fracaso injusto. Él no se merecía tan poco después de haberles dado tanto a todos. Por eso la bronca. Por eso este quejido de macho herido. Nada más que por eso. Entonces, se arrodilla y dispara.

Niños o adolescentes.

Ferrocarril.

Las Fuerzas Armadas.

Echar agua caliente al mate, infusionarlo.

Acuchillar las vísceras.

Juan Domingo Perón (1895-1974), militar y político argentino, fundador del Partido Peronista, después convertido en Partido Justicialista. Fue el primer mandatario elegido democráticamente por sufragio universal en aquella nación. Gobernó durante tres periodos (1946, 1951, 1973). Fue derrocado en 1955 y enviado al exilio. Regresó a Argentina en 1972 y murió meses después de haber asumido el cargo.

María Estela Martínez, mejor conocida como Isabel Perón (1931-), es la primera presidenta de Argentina (1974-1976) y en toda América.

Vicepresidenta durante el tercer gobierno de Perón, asumió el cargo a la muerte de éste. Después de un complicado mandato, fue derrocada por el Proceso en 1976 y retenida durante 5 años. En 1981, partió rumbo a España, donde radica desde entonces.

Secuestrar y torturar.

NUEVE

La *bobe* nunca se equivocaba porque lo sabía todo. Y si para que terminase de llover había que dibujar caritas felices en los vidrios empañados, Angelita cumplía con la consigna al pie de la letra. A veces el mal tiempo se resistía al conjuro de la abuela, pero a la larga funcionaba. Claro que había que esperar el momento justo para que el antídoto climático hiciera efecto. Sobre todo, la nieta no debía anticiparse a la experimentada voz de mando de la abuela Sara. La recomendación era no hacerlo al principio ni en el momento más intenso del temporal. Tenía que ser cuando las nubes flaquearan, cuando comenzaran a empujarse entre ellas para que el azul del cielo pudiera hacerse un lugar. Y allí sí la estrategia salía airosa del desafío. Tal vez demorase unas horas en hacer efecto, a lo sumo un par de días, pero las caritas siempre lograban su objetivo. Aunque en una oportunidad todo salió mal. Fue cuando llovió durante catorce días seguidos y la decepción de la niña la llevó a reclamar por el fracaso de la estrategia. La *bobe* se excusó diciendo que la culpa había sido toda suya por haber errado el día y la hora en que debía aplicarse la receta. Las caritas estaban bien, eran hermosas. Ella, por vieja y distraída, se había equivocado.

Sara tenía especial devoción por su nieta menor. Tal vez porque Angelita era la única mujer de la casa además de ella, y porque, a medida que pasaban los años, se iba pareciendo cada vez más a su mamá, a Judith, quien fue mucho más que la esposa de Isaac, su único hijo en Argentina.

Judith no sólo deslumbraba por la atención y el respeto que le brindaba a su suegra, y el amor que sentía por su esposo, sino que reunía todas las virtudes que una *idishe mame* sabe entregar a los suyos. Prueba de ello eran los cuatro hermanos de Angelita, quienes jamás dejaron de recibir las demostraciones de cariño que Judith les brindaba a diario. A pesar de que Isaac renegaba de su condición judía porque se declaraba ateo, Judith logró convencerlo para que su matrimonio se celebrara tal cual lo deseaba la *bobe* y lo esperaba la parentela política. Pero esa fue la única concesión que tuvo Isaac para con los suyos.

Allá lejos, en una Polonia remota que ya no existía materialmente y que se había quedado con la vida de sus hermanos y de su padre, Isaac no tuvo otra opción que obedecer los mandatos que la tradición imponía. Pero desde el primer momento en que puso un pie en Argentina, ese pasado quedó sepultado bajo las cenizas de la posguerra. Salvo su propia madre y Judith, todo lo relacionado con el judaísmo no tenía ningún valor. De hecho, él mismo eligió nombres latinos para sus hijos: Carlos, Sebastián, Lorenzo, Antonio y Ángela, quienes, desde luego, no fueron bautizados ni circuncidados. Incluso, cuando falleció Judith, con una Angelita de pocos días de vida en brazos y negándose a cubrir su cabeza con la kipá, siguió junto a sus hijos, desde un aparte del cementerio, el ritual que comprendía el funeral judío.

Pronto, la *bobe* ocupó en la casa y en el corazón de Angelita el lugar de una madre. No así para sus hermanos, que le llevaban varios años de ventaja, y menos para su padre. Sara entendía perfectamente el rol que a ella le cabía en ese hogar, pero ello no le impedía ser severa con Isaac y marcarle el rumbo cuando quería sobrepasar o desdeñar su figura matriarcal. Así, puso especial cuidado en la crianza de la niña, aunque sin perder de vista el trajinar diario de sus otros nietos, ni tampoco aquellos rituales cotidianos que, para ella, eran fundamentales para fortalecer los lazos familiares, como almorzar y cenar juntos, o ir de paseo los domingos por la tarde. Es más, muy a

su pesar, participaba de las cenas de Navidad y año nuevo que Isaac promovía, como también consentía a su nieta con el pintado de huevos de Pascua, pero no así con los festejos del carnaval.

La primera infancia de Ángela transcurrió sin sobresaltos afectivos ni apremios económicos. Su padre, a poco de arribar al país y gracias a un azaroso encuentro con un paisano de Katowice, aprendió el oficio de linotipista y emprendió una carrera laboral que consolidaría a través de la industria gráfica. Isaac concentró tiempo y energía en ese proyecto, se perfeccionó en la materia y en pocos años adquirió las primeras máquinas Dursten que marcaron el inicio de una independencia laboral que nunca dejó de agradecer a su país de adopción y al propio esfuerzo. De aquel primer taller que supo instalar en un sótano que le alquiló su compatriota, pasó a principio de los 60 a adquirir una propiedad en Villa Urquiza, donde, además de establecer definitivamente su hogar, construiría los talleres gráficos Jakov & hijos.

Gracias a la *bobe* Sara, Angelita aprendió ídish y polaco, lenguas que papá Isaac prefería evitar cada vez que debía dirigirse a su madre. Lita, como gustaba llamarla, era bien argentina y no tenía por qué utilizar idiomas que jamás en la vida le aportarían algo positivo, simplemente porque eran propios de pueblos y países retrógrados. El futuro estaba aquí y ahora, en este lado del océano. Por eso no ahorraba gastos en la educación privada y de excelencia que su princesita merecía. Los hijos varones ya estaban colocados, como gustaba decir Isaac. Si no, para quiénes quedarían las instalaciones de la imprenta. Nada más confiable que un hijo para resguardar el patrimonio familiar. Pero Angelita no debía perder tiempo en cultivar idiomas pobres. Aprender inglés y francés, sí. Estudiar para ser una chica culta, educada, aplicada en los deberes y obligaciones de una mujer moderna, sí. De ese modo estaría preparada para relacionarse con gente de alto nivel y aspirar a ser una esposa de lujo. Por lo tanto, nada de polaco e ídish fuera de casa.

—Con la *bobe* está bien —advirtió su padre—. Por ahora, sólo para darle el gusto y cuando yo no esté. Pero es mejor que te olvides de hablar así, Lita. ¿Para qué te sirven esos idiomas? ¿Tus amigas del cole, o las maestras, o en la tele hablan así?... No, ¿viste? Por eso, el inglés y el francés que te enseñan en la escuela sí son útiles. Fijate en las películas que ves en el cine. Con eso te digo todo. Papá te quiere mucho. Eso lo sabés. Entonces entendés que lo digo por tu bien.

*

La inesperada muerte de la *bobe*, sucedida a media cuadra de la casa al momento de regresar con su nieta del mercado, fue el primero de varios golpes que transformarían el carácter y marcarían el destino siempre rebelde de Lita. Fallecida la abuela, la distancia comunicacional que la separaba de su padre y sus hermanos se ensanchó con los silencios que ninguno de los varones supo ni quiso resolver.

A la pérdida de su *bobe* le siguió la presentación en familia de Asunción, la mujer que llegaría a convertirse en la segunda señora Jakov. Una gallega de pocas palabras, nada demostrativa, pero sumamente servicial para con ella y sus hermanos. Y en particular, enteramente disponible para Isaac. A diferencia de lo que todos suponían, Lita no rechazó ni celó a Asunción. Más bien, le tuvo lástima a esa mujer algo gruesa y de manos grandes, quien jamás podría ocupar el lugar de la abuela ni ensombrecer la memoria de su madre. La pobre apenas sabía leer y escribir. Tampoco le daba utilidad al tiempo libre. Más que sentarse a escuchar radio o mirar televisión, Asunción no tenía otros intereses ni ambiciones personales. Por lo tanto, los temas de conversación que podían establecerse entre ellas se limitaban a cuestiones de rutina doméstica: si tenía algo para lavar o planchar, si prefería carne o pastas, o si sabía si sus hermanos estarían en el almuerzo. Lo único que no llegaba a comprender Lita era cómo su padre pudo fijarse en una mujer tan rústica, tan poco femenina y apocada como Asunción.

Hacia finales del 63, semanas antes de que Lita completara el primer año del bachillerato, la secretaria del colegio llamó de urgencia al señor Jakov. Tenía que presentarse en la institución cuanto antes y, eso sí, por favor, acompañado por alguna mujer de la familia porque su hija había tenido un percance, de ésos que las mujeres entienden y que no es preciso detallar. En pocos minutos, Isaac pasó a buscar a Asunción y fueron en auxilio de Ángela.

La asistencia femenina no revistió mayores apuros que los que requiere una adolescente ante su primera menstruación. La secretaria condujo a la señora Jakov hasta el baño de profesoras, donde Lita la esperaba envuelta en una toalla de la cintura para abajo y con sus prendas íntimas a un lado. Cuando salió del baño, vestida con pantalones, con un bolso en mano y con Asunción acompañándola, varias compañeras la aguardaban expectantes. En grupo, la custodiaron hasta el *hall* de entrada, donde aguardaba su padre junto a la directora. Pero Lita no sentía el menor grado de vergüenza por el percance sufrido. Estaba orgullosa de ello y no pensaba ahorrarles detalles de esa experiencia a sus amigas. Ahora podía decir que ya era una mujer y que, a partir de ese momento, decidiría qué hacer con su vida porque ya era capaz de dar justamente eso, vida.

La secretaria se disculpó con el señor Jakov por haberlo importunado en su trabajo y agradeció a la señora por atender tan incómodo trance. A las chicas les ordenó que dejaran de hacer alboroto y que tuvieran respeto con su compañera, quien acababa de vivir un momento bochornoso. Que aprovecharan el recreo, que esto no era para festejar. El señor Jakov quiso devolver gentilezas. Por eso, tomó de las manos a la directora y le rogó que no temiera en solicitar lo que necesitara para su despacho en cuanto a impresiones gráficas o encuadernados. Que su taller no estaba lejos, apenas a *noive* cuadras de allí.

Eva, una de las compañeras de Lita y quien iba a la zaga del grupo en retirada, no sólo repitió en voz alta el fallido de Isaac, sino que lo señaló y remató con “qué bruto el viejo, se las da de bacán⁸³ millonario y ni siquiera sabe hablar en castellano”.

Pasado el mediodía, cuando Lita subió al auto de su padre, aún le quedaban algunos cabellos de Eva entre los dedos. La sangre que pintaba su camisa no le pertenecía, pero la de los nudillos sí, porque el primer golpe dio en la dentadura de su compañera. Lo que siguió al ataque no pudo recordarlo bien porque el calor de la sangre no la dejaba ver más allá del ir y venir de los puños. Sí reordaba los insultos en ídish que soltó con cada puñetazo y el súbito acoso de imágenes de su niñez: la sonrisa de la *bobbe* esperándola a la salida del colegio, el aroma a hogar y a paño tibio que se desprendía de su cama cuando la abuela la arropaba por las noches, el olor de la lluvia y el frío en los dedos cuando dibujaba las caritas. Y la impotencia de no poder regresar a ese lugar ameno, de no poder detener el llanto, el que alarmó tanto a docentes como alumnas, quienes corrieron hacia el pasillo para ver cómo la niña Jakov intentaba matar a trompadas a Eva Müller.

Ángela nunca se arrepintió de aquel episodio que la tildó de inadapta social y le costó la expulsión del colegio. Vivió ese momento con doble orgullo. Por una parte, reconfortada por el hecho de convertirse en mujer, y por otra, digna de hacer justicia por mano propia. A partir de ese día, la relación con su padre fue deteriorándose, de forma que los aprontes⁸⁴ de rebeldía que Lita expresaba lo tenían a Isaac como destinatario de su malestar contra el mundo. A tal punto llegó la insurrección que desertó del internado que la señora directora había recomendado para que recuperara el decoro y la cordura. Al respecto, mediante una carta dirigida a su padre y sus hermanos, Lita les comunicó que, de aquí en más, nadie decidiría cómo, dónde y cuándo debía estudiar, o cómo tenía que comportarse en público. Ella misma determinaría cuál era la orientación más apropiada para sus inquietudes. Ante ello, su padre, dedicado por entero a la empresa y cansado de lidiar con una mocosa caprichosa, delegó la responsabilidad del cuidado de Ángela en Asunción. Pero con una salvedad: autorizó la inscripción de su hija en un

establecimiento público, en el Colegio Normal N° 4, con tal de que no perdiera el año y volviera a ser una chica hecha y derecha. Pero su mujer le temía a Lita. Sobre todo, cuando debía bajarle directivas⁸⁵ encomendadas por su marido y ésta las ignoraba o le arrojaba cosas para que dejara de molestarla. La chica no le hacía caso. La desafiaba. La miraba feo. Le hacía caras de asco. Ángela se le aproximaba, amenazante y con un puño en alto, hasta arrinconar a su madrastra en la cocina. Se paraba a centímetros de la gallega para que ésta pudiera apreciar cómo ardía el infierno de sus ojos y, casi en un susurro, soltarle frases en una lengua que Asunción no comprendía.

No obstante el ostracismo que Ángela sobrellevaba en torno a la familia, su rendimiento escolar era superlativo, sobre todo en las asignaturas humanísticas. Era admirable la capacidad de análisis y el caudal memorístico que le jugaba a favor. En el Normal se hizo de un grupo de amigas que la vinculó con chicas y chicos de otros colegios y de diferentes estratos sociales. Como ella cursaba por la tarde, muchas veces salía de su casa a media mañana para estar un rato en el parque o, simplemente, para leer en la biblioteca. Para concurrir a los asaltos⁸⁶ o a las fiestas de quince, no le pedía permiso a nadie. Le comunicaba la novedad a Asunción y luego su padre la llevaba y la pasaba a buscar por el lugar convenido.

En una oportunidad, Ángela demoró en salir a la hora acordada de una de aquellas fiestas e Isaac se impacientó. Ya era medianoche y hasta allí llegaba el límite de tolerancia. De modo que papá Jakov bajó del auto y llamó a la puerta para reclamar por su hija. Abrió un jovencito de flequillo rubio que fumaba en pipa. Le dijo que pasara, que él no sabía quién era Lita porque no era el organizador del asalto. Isaac avanzó entre un rejunte de cuerpos que se sacudían en un *living* pequeño al ritmo del *twist*, lleno de humo, con la música a todo volumen y sin la supervisión de ningún mayor. Halló a Ángela en la cocina, bebiendo de una botella, fumando y acompañada por otros jóvenes en igual actitud. Sus amigos sintieron vergüenza ajena al ver la forma en que Lita le levantaba la voz a su padre y lo humillaba en público. Pero Isaac no contestó los agravios. Se mantuvo impasible. Miró fijo a su hija, como si el resto de los mocosos no existiesen, y le dijo que cuando terminara de emborracharse, saliera, que él la esperaba en el auto. Esa fue la última vez que se ocupó de ir a recogerla a una fiesta. De allí en más, para sus próximas salidas, debería pedirle a su hermano mayor que la llevara y la trajera de dónde hiciera falta. Por lo visto, ella había elegido ser su propia familia y no guardar el más mínimo respeto por quien había sacrificado todo para hacerla feliz.

Isaac no encontraba respuesta al porqué del maltrato. Él no tenía la culpa de que su madre y su abuela ya no estuvieran para acompañarla. ¿Alguna vez le negó algo, le alzó la voz o le levantó la mano? Entonces, ¿por qué hacía eso? Pero, a pesar del tremendo dolor que su princesita le causaba, él la quería y la admiraba. Muchísimo la quería. Aunque a ella no le importara que se lo dijera o se lo demostrara, él tenía todo un corazón repleto de amor para que ella lo tomara cuándo y cómo quisiera. “Sólo es cuestión de tiempo —se decía Isaac—. Ya va a crecer y la vida le va a demostrar cómo son las cosas”.

Cuando Ángela cursaba el último año y aún no se decidía por ninguna carrera universitaria, uno de los alumnos del Pellegrini invitó a las chicas de 5° año a una fiesta de pre-egresados en una casa quinta de Moreno. La primavera estaba avanzada y el ánimo estudiantil pasaba más por concretar escauceos amorosos que por concluir en buen término el bachillerato. Ambas partes quedaron en encontrarse al sábado siguiente en la esquina del colegio, ya que el tío de uno de los anfitriones había dispuesto un colectivo para llevar al contingente. Ángela se ubicó en uno de los últimos asientos de un Bedford fileteado de azul y rojo, donde un par de muchachos tocaba la guitarra y el resto hacía las veces de coro. Desde allí notó que, unos asientos más adelante,

viajaba un chico alto, de mirada triste y que prefería mirar por la ventanilla antes que prestarse a corear los temas del Club del Clan⁸⁷. Al resto de los varones los tenía vistos de algún otro asalto o de las impacientes guardias que montaban a las puertas del colegio, a fin de intentar alguna relación más interesante, como las que ya habían concretado Mirtha y Tere. Pero no, a ese flaco alto y al petiso⁸⁸ de lentes que parecía custodiarlo, no los había visto anteriormente.

La fiesta campestre de pre-egresados fue el ambiente ideal para que las parejitas que no habían explorado el éxtasis del estallido amoroso lo hicieran de una vez. De allí que los espacios arbolados del predio, los rincones más lejanos de la casa y los asientos del colectivo redujeran el número de participantes en el picnic. Al margen de que Lita se viera privada de la compañía de Mirtha y Tere, no dejaba de prestarle atención al chico alto. Así lo vio almorzar en silencio, rechazar el baile, caminar a solas alrededor de la piscina, hablar con el casero, jugar un rato al fútbol y dar golpecitos con una rama en los pinos que rodeaban el quincho. Definitivamente, le daba una muy mala impresión. Pero no, por favor, cómo le iba a gustar alguien tan flaco y con pinta de amargado. Le daba curiosidad verlo tan retraído y antisocial. “Eso es lo que pasa —le dijo a Mirtha cuando ésta bajó del colectivo con Javier—, es un antisocial”.

—No sé para qué vino ese marmota⁸⁹. Se la pasa haciendo rancho aparte⁹⁰. Prefiere estar con su compinche y andar de acá para allá como monje que jugar y pasarla bien como todos los demás.

—Bueno, Lita, vos tampoco sos una castañuela⁹¹ que digamos. No te vi socializar mucho con el resto de la gente. Te la pasaste controlando a ver qué hacía o qué dejaba de hacer ese pibe. ¿Y a qué viene esto de preocuparte taaaanto por ese chico? ¿No será que te gusta, che?

—Pero... no seas tarada... ¿Te parece que puede gustarme alguien así? Haceme el favor.

—Si querés —dijo Mirtha, amagando con dirigirse hacia el lado de la piscina—, voy y le pregunto qué le pasa. O mejor le digo a Javier que averigüe, así no te comprometo.

—Pero qué me importa a mí ese estúpido, nena. ¡Por favor! Dejalo que se muera de aburrimiento, así no vuelve nunca más a estropearnos el día.

Cuando emprendieron el regreso, ya no había guitarreada ni algarabía hormonal en el colectivo. La diferencia de escenario se daba en las nuevas parejitas, que se apresuraron a ocupar los últimos asientos del Bedford para poner en juego el límite de sus aprontes. Entre pocas palabras y mucho contacto, el anudamiento de los cuerpos era el saldo afiebrado que el eros primaveral les había dejado en la piel. Por su parte, Ángela se ubicó una butaca por detrás del tonto que no supo cómo divertirse. La sacaban de quicio los convidados de piedra que no sabían agradecer una invitación y se pasaban todo el tiempo como si les estuvieran haciendo un favor a los demás, sin integrarse al grupo ni tener la delicadeza de compartir el día como Dios manda. Un estúpido infeliz. Un canchero⁹² que se las daba de nariz alzada. Habrase visto semejante engreído. Por su culpa, sí, por culpa de él no pudo divertirse como tenía planeado. Por eso no aguantó más y le tocó el hombro para que le prestara atención, para que escuchara lo que tenía para decirle.

Mario se llamaba el flaco aburrido que no atinó a defenderse cuando Ángela comenzó a recriminarle la actitud negativa que había mostrado durante todo el día. No dio lugar al intento de excusa que el muchacho pretendió exponer, y le dijo que no, que no sabía muy bien quién era el Che y qué tenía que ver eso con lo que ella le estaba diciendo... Sí, alguna vez había oído hablar sobre ese tal Guevara, pero no sabía bien quién era... No, tampoco tenía idea sobre revoluciones latinoamericanas, luchas populares, imperialismo o capitalismo foráneo... De Perón, sí porque su papá le había contado algunas cosas... Claro que era una chica que respetaba a los demás y que nunca prejuzgaba. ¿Qué se creía él, que era una bruta, una salvaje?... Por supuesto que primero había que escuchar al otro para después opinar y criticar... Bueno, no tenía idea de que él estaba

triste por lo que había pasado con el Che en Bolivia, ni que había sido Juan Manuel, su primo (ése que estaba sentado con Tere), el que insistió para que se sumara al picnic y se olvidara un poco de esa injusticia. Desde luego que Ángela quería que le contara. Por eso le pidió al petiso de lentes que cambiara de lugar con ella, así escucharía mejor lo que el flaquito amargado tenía para decir. Pero, eso sí, que no se esmerara mucho en explicarle cosas de política porque si había algo que a ella le parecía aburrido, era justamente eso.

*

La Neno tuvo que palmearla en el hombro para que se diera cuenta de que le estaba hablando. El repiqueteo de la lluvia golpeando allá arriba contra el tragaluz absorbía la atención de Ángela en un vórtice anacrónico. Relatos vivos del pasado que hacía años no la visitaban de forma tan precisa, la descolocaron de la realidad. Le costó recomponerse y tomar consciencia de dónde estaba, qué hacía allí y quién era esa mujer que cargaba un bebé en brazos e insistía en que aceptara el mate que le estaba ofreciendo. Ángela bebió de la calabaza a sorbos breves, repasando lo sucedido, y el sabor de la infusión volvió a enlazar las islas desprendidas de la memoria con recuerdos que le ayudaron a recuperar el aplomo y a enfocarse en lo que tenía que hacer en el aquí y ahora.

Aquella noche de octubre del 67, mientras se dejaba fascinar por la conversación de ese flaco alto y de mirada penetrante, la vida de Ángela cobró un significado revelador, el cual no sólo se fundaría en el amor por Mario, sino que se magnificaría en el proyecto militante que juntos abrazarían de allí en más. De aquel primer contacto que establecieron en las butacas del Bedford, una semana más tarde, en la azarosa soledad del caserón de Villa Urquiza, ardieron en al apasionamiento que devora un cuerpo sobre otro. A partir de esa tarde, articular la vida de pareja con el debate político de resistencia, que al principio y a cuentagotas comenzaba a darse entre algunos sectores de la juventud porteña, fue la constante que los llevó a visualizar un horizonte de vida en común.

A sus diecisiete años, la pareja mostraba un perfil de temprana madurez que ninguna otra parecía alcanzar. No por lo menos en su entorno estudiantil, donde preocupaciones y ambiciones estaban puestas en terminar el secundario, en acopiar novedades musicales, en el último grito de la moda y en el coqueteo amoroso. Y ello quedaba en evidencia ante cada evento social que los tenía como invitados. Pero, tanto sus amigos y sus compañeros de estudio como mucho más sus respectivas familias, fueron sintiéndose ajenos a los temas e intereses que Ángela y Mario buscaban socializar.

La guerra de Vietnam, la Revolución cubana, la proscripción del peronismo y la necesidad de terminar con la dictadura de Onganía⁹³ resultaban temas lejanos para la juventud argentina e impertinentes para la mesa familiar. Eran demasiado jóvenes para andar pensando en esas cosas. Por qué mejor no hacían como los chicos y las chicas de su edad: disfrutaban de la vida, procuraban terminar el colegio y pensaban en el porvenir, en seguir una carrera o conseguir un buen puesto laboral y, más adelante, formar una familia. Eso tenían que hacer, no meterse en cosas raras que no conducían a nada sano.

Cuando terminaron el bachillerato, decidieron tomar un par de años sabáticos para volcarse de lleno a la militancia política, periodo que encubrieron con un planificado simulacro académico, a fin de evitar reclamos y sospechas por parte de sus familias. Así, Ángela se inscribió en letras y Mario en abogacía, carrera que luego cambiaría por medicina. Por ese lado, la coartada no presentaba fisuras. Con la excusa de cursar a tiempo completo y preparar exámenes, la pareja gozaba de un buen margen para dedicarse a la formación militante y a fortalecer un lazo afectivo

que se complementaba en todos los aspectos que una relación sólida comprende. Eso sí, por recomendación de sus compañeros de cuadro, era mejor que sus padres no supieran sobre la relación que los unía. Afortunadamente, lo desconocían. Supieron guardar el secreto hasta entrada la década del 70, cuando un descuido por parte de Ángela le permitió a Isaac enterarse del inminente viaje de su hija al exterior. Por entonces, la lucha contra el régimen dictatorial y el afán por alcanzar un gobierno popular estaba detonando su punto más dramático. Desde lo político-sindical, el clima social era un caldero que cuanto más se lo reprimía, más presión acumulaba. Y desde el accionar militante, la resistencia armada comenzaba a adquirir un grado de magnitud alarmante.

Isaac se dirigía a su habitación cuando, al pasar frente al cuarto de Ángela, encontró frente a su puerta el sobre manila que desataría el escándalo. El sobre no estaba cerrado, por eso el cuadernillo y las instrucciones quedaron a la vista. Él era su padre, caramba. Que la relación con su hija no fuera fluida, no lo desautorizaba a ponerla en su lugar y pedirle explicaciones sobre esa locura de comunicarse con el compañero de enlace antes de ir al aeropuerto y reclamar a último momento, sólo a último momento, el pasaporte. Claro que podía bajar las escaleras hecho un potro desbocado, irrumpir en la cocina, tomarla de un brazo y zamarrearla hasta que le dijera toda la verdad, golpeando a su hijo mayor para que no la defendiera y empujando al menor contra la heladera.

Sí, que la sacudiera todo lo que quisiera y dijera de ella lo peor de lo peor. Total, no pensaba hacerle caso porque ella ya estaba decidida y tenía en claro lo que debía hacer. Eso sí, nunca sería como su abuelo, que en vez de luchar cuando su país más lo necesitaba, escapó de Polonia con el rabo entre las patas. “¿Para qué? ¿Para morir avergonzado en Narbonne, ese pueblucho francés que siempre lo despreció, lejos de su patria y forzándote a vos y a la *bobe* a terminar en el culo del mundo?”.

Esa misma noche, cuando subió al avión, acariciándose la mejilla que Isaac le había abofeteado, Ángela todavía podía reproducir la voz de su padre acusándola de ingrata, de malparida y de puta comunista. Pero no lloró en ningún momento. Ni allí, junto a Mario y los demás compañeros, ni antes, cuando se despidió de sus hermanos, ni cuando su padre, después de insultarla, se derrumbó sobre la mesa para llorar el desgarró de amor que su corazón acumulaba y el dolor que venía arrastrando desde el otro lado del océano, desde el día que debió embarcar para llegar a esta tierra que lo acogería como al más querido de sus hijos.

El año que Ángela pasó en la isla junto a Mario y los compañeros brigadistas fortaleció aún más su carácter y le brindó ese grado de confianza que toda revolucionaria debía capitalizar para sí. Las prácticas de combate resultaron más duras y exigentes de lo que le habían anticipado. El calor constante, la simpatía de la gente y las playas conformaban un marco paradisíaco inigualable, una novedad que superó todas las bondades que le habían anticipado respecto de ese lugar. Pero la naturaleza caribeña no era para nada apacible cuando las fases de instrucción y adoctrinamiento la exigían a la par de los varones. Sin embargo, soportó estoicamente el año de instrucción y confirmó que la revolución debía darse en esos términos: en una entrega absoluta por la libertad del pueblo.

Al regresar a la Argentina, una Ángela y un Mario más templados emocionalmente, más curtidos y experimentados, no se reintegraron a sus respectivos núcleos familiares. Se inscribieron en la universidad con identidad apócrifa. Al año siguiente, recibieron bajo conformidad las órdenes emitidas por los cuadros superiores y ocuparon, juntos, una casa en Tolosa. Desde allí, operarían en varios frentes: desde el espacio estudiantil, el campo hospitalario (ya que ambos podrían en práctica los estudios de primeros auxilios adquiridos en el exterior) y

lo operacional propiamente dicho.

Su vida cotidiana estaba planificada en función del compromiso de lucha tomado. Desde la perspectiva de la pareja, todo estaba saliendo satisfactoriamente, en tiempo y forma. A pesar del paso a la clandestinidad que la organización había ordenado en un comunicado público y del macabro aparato represivo que desató poco tiempo después el poder en turno (primero, desde los grupos paramilitares del último gobierno peronista y, luego, desde las fuerzas armadas de la dictadura), Ángela y Mario mantenían firmes sus convicciones revolucionarias. Incluso cuando recibieron la orden de intervenir como grupo de apoyo y presenciar los daños colaterales (una abuela y su nieta, quienes descendían del colectivo cuando estalló el tiroteo) que causó un atentado contra dos oficiales de la policía, la pareja no renunció a la lucha. Continuaron con los cuidados propios que demandaba la clandestinidad y con una vida afectiva que también les daba oxígeno y derecho a compartir sueños. Pero, otras veces, el desamparo era impiadoso, demasiado agresivo como para no buscarse en la noche y abrazarse con desesperación. No fuera a ser cosa que algo parecido a la duda los derrotara en un momento tan incierto como ése.

*

La Neno le cambió la yerba al mate y volvió a preguntarle hasta cuándo permanecerían escondidos. Si no podía (aunque fuera eso solito) asomarse a la vereda, caminar hasta una plaza, salir a dar una vuelta con el bebé. Estaba claro que ella y Mario ya no la consideraban una amenaza y que no era prisionera de la organización, que sólo lo hacían para protegerla. Eso lo entendía y no les guardaba ningún rencor. Se los decía de verdad. Es que ya estaba harta del encierro, del silencio, de las penumbras, del olor a humedad. No aguantaba más. Iba a enloquecer si seguía un minuto más así. Ni ella ni su bebé merecían seguir viviendo de esa manera. Por qué no le abría el candado y seguía cada uno por su lado.

—Porque si salís al garete, Neno, así como así, sin un plan de fuga, sin apoyo logístico, sin un lugar seguro dónde guarecerte, estarías improvisando. Y primero y principalmente, sin medios para sostenerte junto a Maurito. ¿Hace falta que te diga que los que están del otro lado sí cuentan con todo el aparato a su favor? Lo más prudente es esperar a Mario para saber cuál es el estado de la situación. Estoy segurísima de que va a volver con buenas noticias. Ya sé que te he pedido muchas veces que tengas paciencia y que todo termina pudriéndose por algún lado. Pero no me queda más que volver a hacerlo, ojalá por última vez, y vemos de allí en más cómo seguir.

Ángela acarició a Maurito, agradeció el mate y le dijo a la Neno que estuviera atenta porque se iba a dar una ducha. Le dolía la cabeza y necesitaba relajarse. Su cuerpo también estaba acusando recibo de tantos meses de reclusión, temor y falta de solidaridad por parte de la Orga. El baño era el único lugar en el mundo donde Ángela podía reencontrarse y debatir con todas las Ángelas que habitaban bajo su piel. Agradeció que el viejo calefón no mezquinara el torrente de lluvia caliente que le acariciaba la cabeza, le hacía cascada sobre el pelo y, en su viaje hacia el desagote⁹⁴, relajaba cada músculo que se esforzaba por mantenerla en pie. Así, con la cabeza reclinada hacia atrás y los ojos cerrados, permaneció ausente hasta que el agua comenzó a enfriarse. Se secó dentro de la bañera con la misma toalla que había utilizado Mario. Cuando refregó sus pies, ya casi había olvidado la cicatriz que le cruzaba el empeine.

Es que la *bobe* estaba sofocada ese día. El verano no era de su agrado. Nunca lo fue: ni aquí ni en Polonia ni en Francia. Así que le dijo que sacara plata de su cartera para comprar dos botellas bien heladas de pomelo⁹⁵ Bilz. Mucho calor ese mediodía de enero en Villa Urquiza. La transpiración tornaba inestables los piecitos desnudos sobre las ojotas⁹⁶ y las manitos de Lita no podían con el vidrio húmedo de los envases. Pesadas las Bilz para esos bracitos tan tiernos.

Flojitas las manos para ganarle al peso de los botellones. Inservible la testarudez de la niña bajo la verticalidad del sol, el chancleteo mojado, los dedos que no pueden, la explosión gaseosa de las Bilz contra la vereda, las esquiras de vidrio y el corte certero; ni una lágrima para el panorama de tejido abierto, el rojizo borbotón de la carne y el sangrado que no deja de pintar el rumbo hasta el portón de entrada de la casa.

La toalla que había pasado por el cuerpo de Mario y ahora por el suyo se deja caer. Pero Ángela, de pie frente al espejo empañado, no escurre con sus medias la superficie para mirarse, para saber si el paseo del peine cumple con el trazado del cabello. Mira su silueta difusa contra la superficie vidriada y sabe que lo que hay a sus espaldas es preferible no verlo en este momento. No ahora. No cuando escucha el llanto débil de Maurito, las palabras de consuelo de la Neno y el tamborileo lejano de la lluvia contra el tragaluz. No cuando el manto de vapor que tapiza el espejo se abre para que las líneas de las caritas felices hablen de esas cosas que no permiten las voces de la memoria. Las caritas felices definiéndose entre círculos, ojitos, sonrisas. El conjuro climático de la *bofe* retorna. La memoria y el vicio de masticar el pasado con el cuerpo desnudo. El aquí y ahora.

Adinerado, rico.

Disposiciones, inclinaciones.

Dar órdenes, mandatos.

Fiesta en la que algunas personas se presentan en la casa de un amigo, sorpresivamente o no, con los comestibles y las bebidas para el caso.

Programa televisivo juvenil-musical transmitido entre 1962 y 1964 en el Canal 13 de Buenos Aires. En él se lanzaron algunos de los primeros éxitos en español a nivel continental. Dio a conocer a importantes figuras de la música argentina, entre ellas, a Palito Ortega.

De baja estatura.

Tonto, estúpido.

Apartarse en eventos públicos.

Persona alegre, enérgica y optimista.

Desabrido, arrogante.

Juan Carlos Onganía (1914-1995), político y dictador argentino. Asumió la presidencia en 1966 mediante un golpe de Estado autodenominado Revolución Argentina, que derrocó al presidente electo Arturo Umberto Illia. En 1970, a causa de diversos conflictos sociales, pero, principalmente, debido al secuestro y asesinato del expresidente Pedro Eugenio Aramburu, Onganía fue depuesto.

Rejilla, desaguadero.

Bebida gaseosa.

Sandalias de goma.

DIEZ

El abuelo había dispuesto los cortes vacunos sobre la parrilla, en forma circular, como demarcando un espiral de tiras de asado, achuras y chorizos que no buscaban cerrar un centro, ya que, de esa forma (según me explicó Matías, el más antipático de los hijos del Moncho Cides), esa salida ventila la mala quemadura, mientras el calor bueno hace el trabajo en forma pareja.

Cada tanto, una de las mujeres de la casa adobaba los cortes con especias surtidas y hierbas de la zona. Chirriaba y humeaba el braserío ante el goteo de esa bendición de condimentos. Por debajo de las asaduras, un colchón de carbones ardientes sabía dorar las carnes que, en su punto justo, se voltearían oportunamente para completar la cocción. Un desmedido banquete para los menos de cuarenta comensales que participábamos del cumpleaños de Rita, la nieta menor del dueño de casa.

Salvo por el desacuerdo que provocó el armado de las mesas al aire libre (que afuera porque es más lindo, que adentro porque la noche se pudo fresca), el clima de alegría que generaba el festín era digno de ser celebrado. Por último, prosperó la posición de las mujeres: se come adentro, en el quincho, y chau. De manera que, sin acompañar el reclamo de los varones, colaboré con gusto en el traslado de mesas, sillas y cubiertos. Pero una vez establecida la mudanza bajo techo y como era de esperar, comenzaron las quejas por la estrechez que forzaba el sentarse uno junto al otro y por el humo que avanzaba desde el asador. En realidad, el hacinamiento era sobrellevado de buen ánimo y retrucado con aprontes picarescos de los más atrevidos, excepto de Matías, a quien sorprendí más de una vez observándome de manera furtiva, como reclamándome con su silencio una deuda pendiente. Pero el malhumor de Cides hijo estalló cuando el chorizo que pinchaba respondió con un chorro hirviente que impactó en su cara, lo hizo saltar de la silla, caer aparatosamente sobre la leñera y derribar con el pie una jarra de vino tinto. Hubo carcajada general, aplauso cerrado y pedidos de bis. Yo tampoco pude evitar la risa. Pero Matías, aún con el chorizo clavado en el tenedor y a pesar del golpe que se dio contra los troncos, sólo parecía tener miradas de odio y reproche para conmigo. A pesar de las miguitas de pan y los dos o tres disparos de soda que le arrojaron sus primos, el rencor del humillado era exclusivo para mí. Por un momento, cuando se incorporó y retrocedió insultando, me pareció familiar su rostro. Hasta me dio la impresión de que él también compartía un leve aire de mutuo reconocimiento.

—¿Cómo se iba a ir, *dotor*, sin compartir un asadito con nosotros? Me dio cosa imaginármelo abandonado en la pieza de lo de Gauna, y más sabiendo lo que vino a penar por estos lados. Total, un plato de comida no se le niega a nadie. Acá la va a pasar bien. Mire, hasta el torpe del Matías se adelantó con el espectáculo y lo hizo divertir de entrada. Mejor así. Dicen que si uno se ríe antes de comer, ayuda a la digestión. Bueno, eso *usté* lo sabrá mejor que yo. Así que dele nomás y sin vergüenza, que acá somos todos amigos.

Abriéndose paso entre el grupo de adolescentes que festejaban a la cumpleañera, vi venir a Fabiola agitando una mano en lo alto. Vestía la misma minifalda que llevaba la noche que la llevé hasta la casa de su tía

—Otra vez nos volvemos a ver, ¿viste Mau? Qué bueno que te hayan invitado al cumple de Rita. Por lo menos, con vos renovamos las caras y tenemos a alguien nuevo para sacarle el cuero⁹⁷. ¡Nooooo!, mentira. ¡Es un chiste! Bueno, nada. ¿Sabés qué? Está todo bien y es divino que

estés acá. Pero mejor cambiate de lugar. ¡Dale!, vení, que te presento a mi tía. Así hablás con alguien de tu misma edad y no te aburrís con las historias repetidas de los más viejos que vos.

Sobre el final de la comida, en la pausa que suele darse entre los postres y la torta de cumpleaños, Carolina quiso saber qué era lo que realmente me había traído por el pueblo. Fabiola le había contado los pormenores de la charla que mantuve con su padre en La Alazana. Por otro lado, la tía también sabía tanto de las conversaciones mantenidas con Lynch y Barim, como sobre los detalles de la visita que le realicé al Moncho en su momento. Pero le resultaba raro que un médico de Buenos Aires hubiese acordado una cita a ciegas con una anciana que nunca había visto y que formó parte de la historia negra del viejo pueblo. Un personaje de leyenda menor y que casi nadie recordaba.

—Yo tenía cinco años cuando pasó lo de esa chica y sus nenas. Lo que me acuerdo bien es que nevaba mucho y que la alarma de los bomberos me asustó. Todavía no nos habíamos mudado al campo con mis viejos. Fue antes de que el pueblo quedara bajo el agua. Y después, los comentarios retorcidos de ese episodio, exageraciones que fueron dándose con el paso de los años. Se especulaba que no murieron quemadas, sino que las mató el tío, un medio hermano de la chica, y que él mismo incendió la casa para no dejar rastros. Después, que el coronel lo mandó a detener y no hubo más noticias sobre el muchacho. Pero como te decía, esa mujer que vos buscás ya no estaba en San Agustín cuando pasó eso. Los que podrían tener más datos sobre esta historia ya los conocés, ya hablaste con ellos. Para colmo, poco tiempo después se incendió la comisaría y no quedó nada, ni un archivo, ni un acta. Nada. Ahora, lo que no me cierra es tu presencia en este lugar, a tantos kilómetros de tu casa. Lo más probable es que a esa mujer la hayan borrado del mapa. No tenía familiares vivos y no poseía ningún bien. ¿Me querés decir cuál es tu interés en dar con ella? ¿Sos un pariente lejano o estás investigando otra cosa?

La algarabía que estalló en el quincho más el repentino apagón anunciaron el momento culminante de la fiesta. A pesar de la tenue luz de vela que avanzaba sobre la torta, podía notar que Carolina no dejaba de observarme. Sus ojos compartían el mismo brillito azabache que llamaba la atención en su sobrina. Pero la mirada de la tía era más profunda y menos inocente que la de la chica. Me costaba definir esa actitud. No sabía si era una pose de espera a la pregunta que me había formulado o si aguzaba algún tipo de seducción.

Aproximé mi silla a la suya. Aduje que mi vecino de mesa me golpeaba con el codo cada vez que aplaudía. Entonces sentí el roce de su brazo, la presión de su cadera contra la mía. Algo picante y dulce flotaba sobre su cabello cada vez que movía la cabeza. Me costaba mantener los ojos en la ceremonia de la torta y concentrarme en las palabras de agradecimiento de la homenajeadada. Palpaba en mi cuerpo el ir y venir de su muslo cada vez que cruzaba y descruzaba las piernas. Algo ardía en mí y me excitaba a partir del comportamiento de esa mujer. Algo embriagador decía la mirada de Carolina, como el vuelo de sus manos cuando le daba forma a las palabras.

—¡Vieja, y vos también, Rita! —gritó un Moncho sudoroso y entonado por el vino—, que el *dotor* baile el *valse* también. ¡Sí!, dele sin asco, *dotor*. El *valse* con la Rita. El *valse* y no lo jodo más. ¡Es un invitado de lujo el que tenemos y lo estamos dejando afuera, carajo! Vamos, *dotor*, métele nomás con nuestra princesita, así sale en las fotos. Después las pibas las cuelgan en el *franzbuc*, o como se diga eso que hacen con la computadora y que en un ratito todo el mundo lo puede ver. ¡Dele, *dotor*! Ponga cara de galán. Y vos también, Rita. Parate derechita y mostrá los dientes que para eso los tenés bien blanquitos.

Para el brindis final, me encontraba tan transpirado y alegre como el resto de los invitados. El pasar de un ritmo musical a otro y de los brazos de una mujer a otra me llevó a beber más de lo

acostumbrado. Agitado y con la camisa empapada, logré huir y derrumbarme sobre un viejo sillón, donde uno de los perros dormía ovillado. Aún sentía en las manos y en el pecho la vibración que me había dejado el roce del cuerpo de Carolina. Bailé con casi todas las mujeres de la fiesta, pero sólo ella me había alterado al primer contacto de piel.

Con mi ineptitud para la danza y con un inexistente dolor de cabeza, justifiqué mi negativa a seguir bailando. Entonces agregó Carolina, apoyándose una mano en la frente: “Deberías ir a ver un médico para que te dé algo”.

Fue su carcajada la que completó el estímulo que me llevó a experimentar una erección por demás inoportuna. Una evidente respuesta animal que ella percibió al instante y que me hizo saber con un guiño breve de ojos. Con más razón me negué a ponerme en pie para volver al baile. Pese al tironeo que ella forzaba para que accediera, mantuve mi posición y le pedí que me disculpara. Si quería, estaba dispuesto a mantener una charla más íntima, pero, por esta noche, no más salsa, ni cumbia, ni cuartetazo⁹⁸.

A medida que nuestra conversación avanzaba, el ruido ambiente fue alejándose del microclima que habíamos generado. Pronto, el festejo de cotillón quedó rezagado ante los temas de interés que compartía con la mujer que tenía a mi lado. De los detalles triviales de la fiesta, pasamos a las coincidencias, las que encendieron las miradas que fuimos dedicando uno al otro.

Las pausas que proponían las copas se turnaban para que pudiéramos configurar las imágenes que sugerían los respectivos relatos. Así, supe que nuestras experiencias amorosas habían finalizado de la misma forma. Y, así, el estado depresivo que me causó la muerte de Anita tuvo su correlato con un chico golpeado salvajemente por su padre y fallecido sin que ella llegara a intervenir a tiempo, debido a una impropiedad que la tuvo como responsable y que la llevó a considerar la renuncia al cargo. Aunque lo fabuloso fue enterarme de que formó parte del gabinete interdisciplinario del Hospital de la Cruz. Carolina integró ese equipo sólo por unos meses, en ocasión de aceptar una pasantía de capacitación en violencia de género.

Por las fechas que me dio a conocer, aquel período de práctica profesional coincidió con la época de mi ruptura con Marcela. Mal momento para advertir la existencia de otras personas en mi mundo cotidiano: época de picos depresivos, de dosis de clonazepam por fuera de la media; época saqueada de vida, en la que las noches me transportaban del extravío al insomnio.

Las mujeres de la casa resultaron infalibles con el pronóstico.

—¿Vieron, cabezas duras? ¿Vieron que teníamos razón? —increpó una de las tías de Rita a los hombres, que aún seguían girando matracas y arrojando papel picado—. No, si por algo somos brujas nosotras. Agradézcan que no les hicimos caso, sino ahora estarían todos pasados por agua.

La lluvia, que repicaba contra las chapas del quincho, enmudecía los acordes de una cumbia que se repetía por cuarta vez. Quitó mi mano cuando Carolina apoyó la suya para preguntarme si quería que me alcanzara hasta la hostería. Reacción infantil, provocada más por sorpresa que por temor a lo que pudiese llegar a intentar. Un acto reflejo que me hizo quedar como idiota y descortés.

Lo de Gauna quedaba a pocas cuerdas de distancia, tal que yo había llegado caminando a lo del Moncho. Exponerme otra vez a una mojadura que bien podía evitar y, por sobre todas las cosas, valerme de la ocasión para disculparme, me hizo aceptar el ofrecimiento. De esta manera, me despedí de los presentes y agradecí la deferencia que tuvieron al darme un lugar que no creía merecer. Por su parte, Fabiola y sus amigas no perdieron oportunidad de sugerir con silbidos y frases atrevidas la complicidad que insinuaba mi partida de la fiesta junto a su tía.

Mientras esperábamos que calentara el motor del Fiat y la lluvia nos rodeaba en un armonioso rumoreo, comprendí que era un buen momento para recomponer mi acercamiento con Carolina

—Perdón por lo de la mano. No lo hice porque me desagradara el gesto. Todo lo contrario. Lo que pasa es que me sorprendiste. Como hablamos de cosas que movilizaron mi memoria y hacía tanto que una mujer no me tocaba, como que, de pronto, no estaba en mí. Me había ido en el tiempo y tu caricia me hizo volver muy de golpe.

—No pasa nada, Mauro. Está todo bien. No seas tan formal. Yo siempre soy así de toquetona y confianzuda. Pasa que no me da engancharme con alguien y simular una distancia que no debería ser. ¿Acaso no nos contamos cosas íntimas que ni se nos hubiese ocurrido ventilar cuando nos sentamos a la mesa? Decime, ¿no te da la sensación de que nos conocemos desde hace años, que todo lo que nos contamos era como que ya lo sabíamos, pero que necesitábamos del otro para recordarlo?... Eso nos hace íntimos. Como activar una especie de *déjà vu*. Bueno, íntimos no, pero sí bastante sensibles como para demostrarnos afecto de una⁹⁹. ¿Ves?, eso siempre me jugó en contra. Porque por ser así de... desprendida de prejuicios, digamos, los tipos piensan que los estoy avanzando o que soy una regalada¹⁰⁰. Y, del lado contrario, las mujeres piensan que busco sacar ventaja, hacerme la trepadora, robarme maridos o novios. Así que, relajate y no te persigas con culpas que no existen. Si, total, estás de paso en el pueblo. No tenés que demostrarle nada a nadie ni rendir cuentas de tus actos. Entonces, qué hacemos. ¿Te llevo a lo de Gauna o querés que la sigamos por ahí?

Ninguno de los dos tenía intención de ponerle fin al acercamiento que comenzó en el rincón de un quincho y continuaba al filo de la madrugada, bajo un concierto lluvioso que nos mantenía pendientes de lo que nuestras historias de vida tenían para revelar. A marcha lenta y por momentos en silencio, conteniendo la excitación que agitaba cada cruce de miradas, pasamos por la costanera del río, por la plaza central, por el puente nuevo y por el predio arbolado del cementerio. Ya sobre el borde del amanecer, en lo que Carolina había anunciado como la última vueltita antes de dejarme, me asaltó una sensación de desamparo que no quería sobrellevar en la soledad de mi habitación. De ninguna manera quería bajar del auto. Necesitaba estar cerca de esa mujer que, en cada esquina, antes de girar, me miraba profundo, como sabiendo que el próximo movimiento me correspondía. Y esta vez fui yo el que marcó la iniciativa de tomarle la mano y pedirle que se detuviera. Frenó allí mismo, en el cruce de la rotonda del *boulevard*, y me besó. Y la besé. Y me tomó de la nuca. Y la tomé de la cintura, acariciándola por debajo de la blusa.

Carolina repitió el recorrido que hice la primera vez que entré a Alto San Agustín. Tomó por el *boulevard*. Pasó por la comisaría, por lo de Gauna, por las canchas de fútbol, por los chalets residenciales y, al llegar al maxiquiosco Raúl, giró a la izquierda. No nos percatamos de que una camioneta estaba estacionada frente a su casa hasta que ésta encendió las luces y aceleró en dirección al río. Era un modelo antiguo y aparatoso.

—¿Para qué querés que lo siga, Mauro, si ya sé de quién es el de la camioneta?... ¿Ahora, justo en este momento querés que me ponga a perseguir semejante cacharro? Ese tipo no es nadie para mí. Un estúpido al que nunca tuve que haberle dado bola. Si es por temor a que vuelva y haga algo raro, olvidate. No es de los que hacen escándalo por una ex. No va a poner en riesgo su buen nombre y su matrimonio porque sabe con quién se mete... ¿En la entrada de La Alazana lo viste?... ¿Estás seguro de que era la misma? Mirá que en la zona rural es común ver esos vehículos de carga. No entiendo nada lo que estás diciendo. Hablá más lento... ¿Cómo que tu mamá?

La luz de un amanecer despejado se filtraba por la arboleda de la casa de Carolina e iluminaba las tazas de café que humeaban sobre la mesa. Si hubo una promesa de clímax mientras la lluvia nos hizo cómplices y nuestras bocas lograron cruzarse, ese momento se quebró con la imagen de aquella camioneta alejándose hacia el río. Sé que hablé mucho desde entonces. Revelé verdades que no debí confiar a quien acababa de conocer. Abusé de la paciencia de quien seguía mi relato a

través de un soliloquio abrumador, el cual desvariaba en reproches hacia mi madre biológica. Le hablé sobre la condena de sentirse vagando con medio corazón, con media identidad y con media vida sin resolver. Hablé hasta que no tuve más que decir, hasta que agoté la frustración de haber llegado a un punto muerto, donde todo lo que podría buscar y encontrar permanece pendiente de un cuerpo desaparecido. Ahora, esta mañana y sobre esta mesa, era más que un tipo triste y rendido al sur del mundo: era el recuerdo constante de un fracasado que repite su vida para estar, eternamente, en el mismo punto de partida que no puede evitar.

Hablar mal de alguien una vez que se ha retirado de una reunión.

Cuarteta, música popular oriunda de la ciudad de Córdoba, Argentina, caracterizada por su mezcla de ritmos como la tarantela, el pasodoble y diversos géneros tropicales.

De manera espontánea y natural.

Fácil, puta.

ONCE

La Neno juraría que fueron cinco los días transcurridos desde la partida de Ángela y Mario. Tomó ese cálculo en función de las raciones que fue consumiendo desde entonces. La última de la lista, y que ocupó precisamente ese lugar porque era la que más detestaba, consistía en caldo de verduras y una lata de sardinas. Por eso, insistió en que fueron cinco y no cuatro los días de vigilia. Pero, a pesar de la espera, nunca dejó de confiar en que sus compañeros regresarían con buenas noticias.

Lo que más preocupó y puso en alerta a la Neno durante esos días fue un cólico que tuvo a mal traer al bebé. Maurito no paraba de llorar y ella temía que alguien, a través del tragaluz que daba a la calle, escuchara los llantos y acudiera a la policía. Pero el bebé fue calmándose hacia el fin de la última noche y todo volvió a la normalidad. Ahora, lo que necesitaba saber era cuándo podría irse de allí y si cabía la posibilidad de hacer una compra en el almacén. Jabón, shampoo, pan fresco, carne, dulce de leche, cosas nutritivas.

Se sentía débil y hambrienta, como también sucia y agobiada por el encierro. Estaba harta de tanta inmundicia. Hacía rato que había dejado la condición de prisionera y era hora de terminar con esa estupidez de la clandestinidad. Encima, en el sótano, no había televisión ni radio, sólo libros que hablaban de política, de historia revolucionaria o novelas raras, como ésa que había que seguir saltando capítulos y que todo lo que le pasaba al protagonista ocurría en París. De ese volumen, leyó las primeras páginas y los pasajes que se destacaban por estar subrayados con lápiz. Le gustó saber que al bebé de la novela le habían puesto Rocamadour, nombre raro, aunque para nada desagradable. Pero le resultó insoportable seguir perdiendo tiempo en esa lectura. Tampoco había diarios en el sótano. No leía uno desde la última vez que fue a trabajar a la municipalidad. ¿Y si afuera estaba todo bien y era mentira que los estaban buscando para detenerlos? Porque, desde que ocuparon el sótano, no volvió a escuchar el ulular de las patrullas, tampoco disparos o explosiones. Las únicas noticias llegaban recortadas a través de las versiones que aportaban Mario o Ángela, y, a su vez, éstas provenían de comunicados que la organización daba a conocer, ya que no se podía confiar en la prensa porque la censura y el control que ejercía el gobierno de facto sobre los medios era absoluto.

Desde que habitaban ese lugar, las madrugadas transcurrían sin novedad. En el exterior, la calma era absoluta. A excepción del transporte público, las calles permanecían en silencio durante toda la noche. A través del tragaluz que daba a la vereda, no llegaba el taconeo de ningún noctámbulo. Tampoco ladridos o maullidos de mascotas. No había perros callejeros husmeando en las bolsas de basura. Nada que delatara una probable situación de amenaza para quien quisiera recorrer el barrio. Tal vez Ángela y Mario se preocupaban en vano. A lo mejor la situación ya no era tan peligrosa como antes. Quién dice que Berti y Díaz Galván se arrepintieron y dejaron las cosas como si nunca hubiese pasado nada. Si ella era solo una “perejila” (como le escuchó decir al Manchado cuando estaban en la casa de campo), para qué esos oficiales de alto rango perderían tiempo en una insignificante provinciana. Ella no revestía peligro para nadie porque no era nadie. ¿Y si huía? Ahora mismo podría arreglarse un poco el pelo, abrigar al bebé y escapar. Tal vez no para fugarse, pero sí para caminar y desentumecer un poco los músculos. Quién sabe, por ahí hasta se animaba y tomaba un colectivo que la llevara a cualquier parte. Estaba a metros de una avenida anchísima. Sabía que, siguiendo de manera decreciente la numeración que marcaba cada cuadra,

llegaría al centro. Todas las avenidas de Buenos Aires desembocan en el corazón de la ciudad. Y capaz que desde allí podría ir hasta la terminal y comprar un boleto para viajar al sur, donde estaban sus chicos queridos. Todavía tenía buena parte del último sueldo en la cartera, más el vuelto que le había entregado el mozo del bar de La Plata.

Resuelta a salir, fue hasta el cajoncito de madera donde guardaba sus pertenencias y tomó la cartera. Sí, estaba el dinero. También el pañuelito, el cofrecito de maquillaje, el peine y la libretita. Se colgó la cartera al hombro y fue a ver a Maurito, que dormía boca arriba. Las llaves del candado no estaban porque se las había llevado Ángela. Por ello, no le quedó otra opción que calcular la altura que la separaba del tragaluz. Si se las ingeniaba para llegar hasta la abertura, ella y el bebé pasarían sin problemas. Y si no podía abrirla por completo, rompería el vidrio. Decidida, desarmó la mesa de caballetes y la volvió a instalar bajo el tragaluz. Alzó una silla y, sobre ésta, colocó la lata de veinte litros que utilizaban para arrojar residuos. Trepó con mucho cuidado, no tanto por las consecuencias de una posible caída, sino por el hecho de no asustar al bebé si ello ocurriese.

En ese esfuerzo, comprobó que estaba más débil de lo que creía. Le costó escalar cada tramo de la pirámide y mantener el equilibrio. Se agitó y tuvo que ensayar varios intentos para hacer pie firme sobre la lata de residuos. Pero la aproximación de sus cálculos estuvo lejos del objetivo. Apenas alcanzaba el borde de la abertura con las manos. En puntas de pie, temblando por el esfuerzo, llegó a ver los pisos superiores del edificio de enfrente. Notó que uno de aquellos departamentos mantenía las luces encendidas. En el balcón, un tendedero de pie ordenaba ropa íntima de mujer y prendas pequeñas; un enterito, pañales y baberos. Tras la puerta-ventana que daba al balcón, a contraluz de un cortinado blanco, vio que una mujer balanceaba un bebé sobre sus brazos. Seguramente lo arrullaba porque estaba molesto. A lo mejor su hijo no podía dormir debido a los cólicos, como Maurito, o a lo mejor eran los dientitos que le estaban creciendo. Y hasta allí le dieron sus fuerzas para seguir apreciando ese recorte nocturno del mundo. Además, Maurito había comenzado a gemir, fruncir el ceño y patear. No faltaría mucho para que se despertara. Hacía rato que a ella le dolían los pechos, señal clara de que la hora del desayuno estaba próxima para el bebé. Tardó más en bajar que en subir. Ahora no porque Maurito la reclamaba, pero después devolvería cada parte de la pirámide a su lugar. No sea cosa que Ángela y Mario llegaran por sorpresa y le hicieran una escena. Era la hora de acostarse al lado del bebé, cubrirlo con la manta y ofrecerle el pecho para que se alimentara.

Como pudo, la Neno se liberó de la cartera que había quedado apretada bajo su cuerpo. Sin privar a su hijo del pecho, la abrió y contó el dinero. Entendió que sí, que le alcanzaría para una comida completa, para el colectivo y para algo más, como pasar la noche en un hotel modesto. Desde allí abajo no parecía tan difícil alcanzar el tragaluz y salir al mundo. Quizás colocando los tablones de otra manera y agregando más sillas.

Una vez más, abrió la cartera y contó el dinero. Sí, para una comida, transporte y hotel le alcanzaría. Y si encontraba una farmacia de turno, compraría xilocaína pediátrica. Por las dudas, para calmar el dolor de encías que aún su bebé no sufría. También un chupete. Celeste. O azul. Y un frasquito de perfume para ella. Olía mal, como trapo viejo, como a mujer gastada por el tiempo.

*

Después de tragarse el orgullo, como le había pedido Ángela, Mario le adelantó a su padre que ésta sería la primera reunión que mantendrían, ya que se imponía una instancia más para ordenar los pasos a seguir. Pero el ingeniero consideró que no hacía falta arriesgarse. No era recomendable tentar al diablo. Comprendió perfectamente el cuadro crítico que le expuso su hijo

respecto de la traición para con la organización y el arrastre de esa mujer que, por pura negligencia, ahora se hallaba bajo protección.

Por infidencias de algunos uniformados, que a la hora de las copas y en pleno regodeo fanfarroneril ventilaban alguna que otra práctica macabra, sabía el destino que los grupos de tareas deparaban para descarriados como su hijo y para cómplices de peor condición. El ingeniero contestó que podría intentar una salida medianamente aceptable, pero sólo para salvarlo a él, a Mario. Sería inconcebible interceder por gente que no llevaba su apellido y que podría frustrar una operación tan delicada. Incluso, sus eventuales contactos podrían exigir la entrega de las mujeres y del bebé a cambio de salvaguardar a su hijo.

Responder por la vida de Mario significaría negociar una buena parte de sus bienes para que el arreglo llegara a buen puerto. Y, en estos casos, “negociar” era un simple eufemismo. Significaba transferir valores, acciones o propiedades a nombre de quienes tienen el poder suficiente como para proceder en consecuencia. El ingeniero no tenía dudas sobre la existencia de este tipo de transacciones espurias. En el círculo íntimo de sus allegados, eran conocidos los casos de empresarios de vuelo bajo, quienes, lejos de tener parientes vinculados a la subversión, tuvieron que ceder al apriete de uniformados de alto rango para negociar tierras e inmuebles, sólo por el hecho de dar éstos rienda suelta a la codicia o porque querían congraciarse con alguna multinacional. Y, en casos puntuales, para compensar los servicios de alguna amante de alto hándicap, generalmente vinculada al mundo del espectáculo.

También corría la versión de un industrial del calzado que había fallecido en un dudoso accidente aéreo sobre el delta del Paraná. Días antes del siniestro, la víctima habría recibido en su despacho a un emisario de la Armada, quien estaba interesado en llevar adelante una transacción comercial por un complejo turístico en Pinamar. El hombre de negocios no sólo rechazó la propuesta por indecente y malintencionada, sino que, ante el listado de graves consecuencias que el marino pronosticó en su contra, amenazó con denunciarlo.

El ingeniero sabía que acudir a esos sátrapas de uniforme era arriesgarse a todo o nada. Él también podría ser invitado a un vuelo forzoso por el delta o a una cena exclusiva en el círculo militar, o bien, tentado por una modelo top para participar de una fiesta de alto voltaje en alta mar. Él también podría ser, a futuro, la anécdota luctuosa de un cóctel en el Highlife Club, sin que ello significara que el sacrificio hubiese servido para salvar a su hijo. No obstante, prometió que, a primera hora, se contactaría con alguien que podría interesarse por una negociación digna, acorde al valor que ponía en juego. Pero sólo lo haría por él, por sangre de su sangre.

—Por vos daría todo lo que tengo, Mario, pero no por gente extraña, que podría ser peligrosa y que viene del bajo pueblo. Vaya a saber uno qué han hecho esos resentidos entre tanto zurdaje y qué pueden llegar a tramar en el futuro. ¿Quién asegura que mi integridad física o la de tu madre están al margen de sus ambiciones? ¿O que estoy a salvo de un posible secuestro? Tu caso es totalmente diferente. Vos no sos como esa chusma psicobolche que anda colocando bombas para llamar la atención. Lo que te ocurrió fue producto de un capricho de juventud y respondió a una etapa confusa de tu vida, un momento de cambio que nos tomó a todos mal parados. Y con esto estoy haciendo explícita mi culpa. Vos podés redimirte, reconocer errores y comenzar otra vez, como un hombre renacido a la cordura. Pero, ¿quién me garantiza que esa gente no está aprovechándose de vos para sacar ventaja y contratacar?

La discusión que estalló dentro de la camioneta cayó en un plano de posiciones irreconciliables. Las palabras del ingeniero ofendieron a Mario. Su padre no se apartaba de la negativa a intervenir por esas roñosas guerrilleras, mientras que él redoblaba la firmeza de mantenerse junto a sus compañeras hasta el fin. Alzaban la voz en un plano de intransigencia total,

hasta que Mario desistió de seguir discutiendo con un viejo tan retrógrado, que no tenía idea de lo que significaba la fidelidad de un compañero de lucha. Dejó que su padre terminara de argumentar y golpeó tres veces el lateral de la carrocería. La puerta trasera volvió a abrirse y Ángela entró al habitáculo para escuchar lo que Mario tenía para decir.

Rumbo a sus oficinas del microcentro porteño y, percatándose de que Carranza no lo observara por el espejo retrovisor, el ingeniero tomó la decisión de enterrar el orgullo para siempre y aceptar el pedido de su hijo. Intercedería ante quienes hiciera falta para salvarlo, aunque ello significara humillarse y negociar por esa zorra comunista y por esa calzón verde¹⁰¹ que vaya a saber de dónde salió. Pero antes de comenzar la ronda de llamados, tenía que averiguar qué información manejaban los servicios sobre estos tres irresponsables. Una vez que lo supiera y evaluara la mejor opción para negociar ante su enlace castrense, acudiría a llevarle novedades a Mario. Pero primero lo primero. No fuera a ser que inteligencia hubiese clasificado a su hijo como irrecuperable y que el plan de negociación decayera en una perversa maniobra para aprovecharse de él y de sus activos. Una vez que tuviese sobre la mesa el escenario completo, actuaría con el mayor de los hermetismos, tal cual procedía cuando una firma comercial de alto calibre apuntaba sobre el horizonte. Después, sí le confiaría a Pilar, su esposa, las últimas noticias. Pero, eso sí, sólo le anunciaría el regreso del hijo, no el contexto que el evento traía consigo. Nada de lo que ocurrió desde la entrega furtiva de la carta hasta la reunión secreta con Mario sería compartido con su mujer.

Pilar mantenía una agenda social nutrida, pero definitivamente frívola, reñida con actos de beneficencia o altruismo. Concurría a las *vernissage* para regocijarse con las desgracias ajenas y potenciar chismes amarillistas. Sabía quién le era infiel a quién y cuánto robaban sus amigas a sus cónyuges. Y, como si con ello no bastara, era proclive a desbocarse cuando tomaba dos gotas de alcohol. En consecuencia, no resultaba confiable a la hora de guardar secretos. Para colmo, le gustaba enterarse de los escándalos ajenos y tergiversarlos con agregados de su cosecha. Lo curioso era que, a pesar de ser considerada una harpía por el resto de las mujeres, ninguna dejaban de invitarla cuando de reuniones glamorosas se trataba. Tal vez porque sabían que era preferible tener al enemigo en terreno propio que por fuera del campo de batalla y a riesgo de que ingeniara algún complot de desprestigio en contra de la anfitriona.

Cuando Mario pasó a la clandestinidad, el ingeniero disfrazó el episodio como triste resultado de una discusión entre padre e hijo. Adujo que su hijo los había traicionado, que había quedado libre por inasistencias en la facultad y que, gracias a la Fundación MV, ahora estaba reparando su falta en un campus universitario de Austin. Que regresaría cuando hubiese madurado y tuviese claro el camino a seguir. Por el momento, era mejor dejarlo solo para que terminara de hacerse hombre.

—Y no se te ocurra, Pilar, averiguar en la Fundación sobre su paradero. ¡Ni se te ocurra! Que yo no me entere que anduviste haciendo de las tuyas con mi gente. Di órdenes de que no te pasaran información. ¿Está claro? Estos son asuntos de hombres y vos no tenés por qué entrometerte en cuestiones que no te competen. Además, perdóname que te lo diga de una manera tan cruda, pero como madre dejás mucho que desear. Y lo peor de todo es que, creo, vos lo sabés.

Pilar lloró mucho esa noche y declaró padre insensible y desamorado al ingeniero. Para ella, él era el único culpable de que su hijo terminara expulsado de la familia y de sus amigos, como también de sentirse insatisfecha y para nada valorada como mujer. Y mejor que de ahora en más ni se le ocurriera acompañarla al club o donde ella fuera porque no quería tenerlo cerca. Ahora sí que lo odiaba a rabiar. Nunca le perdonaría esa canallada, que expulsara a Mario de su propio hogar y que la insultara en su condición de madre. Él ya no le hacía falta. Si ya venía

decepcionándola como marido, ahora mucho más como padre. Ella se las podía arreglar perfectamente sola. Por suerte, Mimicha la llamó para avisarle que no se sentía bien, que esa noche no saldría. Así que Ezequiel, el hijo mayor de su amiga, se había ofrecido a llevarla hasta la gala que la embajada francesa ofrecía en Palermo.

Claro que Ezequiel, el hijo zángano de uno de sus socios, se ofrecía con gusto a pavonearse junto a Pilar. Ese asunto lo tenía claro el ingeniero. No había cena que ese degeneradito no aprovechara para sentarse junto a su mujer o para extralimitarse en los cumplidos. No había vestido de noche o prenda informal que fuera obstáculo para las manos del muchacho. Tampoco había portaligas o prenda íntima que durara bien calzada en ese cuerpo generoso, cuando Ezequiel se desbocaba al borde de la cama, en el asiento trasero del BMW o en el departamentito que Mimicha le había alquilado en la calle Arroyo. Eso lo tenía claro el ingeniero. Sabía de las licencias que su mujer venía tomándose desde que él la postergó por el vértigo empresarial.

Hacía tiempo que ya no le importaba. Le daba asco la forma pedante que exhibía para tratar a la gente. Abominaba que se creyera el centro del universo. Le provocaba repulsa tenerla cerca porque se había convertido en una cogotuda¹⁰² más de las que pululaban en ese ambiente. Y no la rechazaba porque sus formas hubiesen perdido atractivo o su femineidad se hubiese apagado, al contrario. Pilar lucía un cuerpo envidiable para cualquier mujer madura. Incluso, las más jóvenes descreían que las voluptuosidades que ofrecían sus escotes o sus faldas estuviesen libres de cirugías estéticas. El ingeniero no quería reconocerlo, pero la odiaba con todo el ácido sanguíneo que pueden revolver el rencor, la humillación y los celos. Desde lo de aquel dentista y lo del revolcón con su primo Ñaqui, ya no la registraba entre sus afectos. Aquella vez en Punta del Este, cuando algo mareada por el ron se arrojó sobre el sofá y abrió las piernas para que le diera hasta el fondo, para que la dejara seca como cuando eran novios, supo que la odiaba. En aquel amanecer uruguayo, el ingeniero no supo si su mujer era sádica o torpe por naturaleza: tenía la bombacha¹⁰³ al revés, con la etiqueta de marca a la vista y un moretón en el muslo. El resto fue una descarga salvaje de quien quiere castigar con un apremio devenido en banquete a una condenada. Le dio más de lo que nunca le había podido dar. Con furia, con bronca, con revancha, con las piernas de ella junto a su cabeza y atenazándole el cuello hasta verla lagrimear y toser con desesperación.

Lo que quedó de esa vez fue dejarla dormida para hurgar en su cartera, hallar preservativos, una tarjeta manuscrita (*Venite caliente. Te espero en el chalecito de La Mansa*) y una cajita de anfetaminas. Así que, no, de ninguna manera le diría a su mujer una palabra sobre lo ocurrido. Anoticiar a Pilar del reencuentro con Mario sería una imprudencia. No pasaría un minuto sin que ella corriera a tomar el teléfono y compartir la novedad con quien quisiera escucharla. De allí en más, la suerte de su hijo estaría echada. Él no tenía dudas de que la noticia, más a la corta que a la larga, se filtraría en alguna línea intervenida o en oídos de quienes pugnaban por atentar contra sus intereses. Era preferible no modificar la rutina adictiva, infiel y superficial de Pilar antes que poner en riesgo el plan de recuperación de su hijo. Que ella bebiera, asistiera a reuniones sociales, tragara pastillas y entregara su cuerpo a quien quisiera, pero que nunca supiera una palabra de lo que estaba a punto de suceder en las próximas horas. Luego, si todo salía bien y había garantías de vida para Mario, él vería la forma de que Pilar supiera que su hijo estaba de vuelta. Ahora la situación era crítica y pendía de una delgadísima cuerda de confianza y suerte: dos bienes deseados que la vida (esas infames vueltas de la vida) le arrebató por soberbio.

*

—La única salida que tenemos es la siguiente —le dijo Ángela a la Neno, pasándole un brazo

sobre los hombros—: ni bien nos den el visto bueno, vamos a mudarnos a una casa segura, la más segura de todas las que hemos compartido en este último año. No sabemos dónde está ubicada porque eso todavía es confidencial. Ésa es la buena noticia... La mala tiene que ver con vos. Sucede que la operación que montaron en tu contra cuenta con cargos que apuntan más a una cuestión personal que a un asunto político-militar... ¡Claro que es una bruta mentira, Neno! Pero la persona que nos dio a conocer ese archivo es de absoluta confianza... Es uno de los tantos compañeros infiltrados que tiene la organización en las fuerzas armadas. Creé en lo que te estoy diciendo, por favor. La arremetida en tu contra la encabezan un par de miserables que ya conocés: Díaz Galván y Berti. Pero el que orquestó e insiste con tu captura es Díaz Galván. Encima, la farsa del atentado al departamento usurpado por Berti te la adjudican con nombre y apellido. En el caso de Mario y el mío, es cierto, nuestros nombres forman parte de las listas negras que maneja el servicio de inteligencia, pero sólo estamos marcados por afiliación al partido, no porque hayamos perpetrado algún atentado o cometido crímenes. Aunque es una burrada decirlo, nuestra situación es menos grave que la tuya. Por eso nuestro contacto no puede interceder por ti. No hay forma de poder negociar una salida. Al margen de eso, Mario fue a ver a otro tipo que vende salvoconductos al exterior... No importa cuánto haya que pagar y cómo conseguir el dinero. Eso ya lo está resolviendo con otra persona que le debe un favor grande como una casa. Y aquí llegamos a la última oportunidad de salvación. No hay nada más después de esto, Neno. Tenés que aceptar la oferta calladita la boca y exiliarte sin perder tiempo. Es esto o empezar a contar los días que te quedan hasta que Berti dé con vos. Pero hay algo más que quiero decirte. El salvoconducto es para vos sola. ¿Entendés? Sólo para vos... no hay salvoconductos para bebés.

*

Después de firmar la transferencia de dos inmuebles y ceder el cincuenta por ciento de las acciones de una metalúrgica de alto rendimiento, el ingeniero arrojó al fuego la Guilloche Cisé con que había estampado su rúbrica, junto con los archivos confidenciales de su hijo y de su compañera. Lo que más le perturbaba de esa permuta vil no era la pérdida material y menos el olvidable chalet de Punta del Este, sino los efectos colaterales que trajo y que podría seguir trayendo para la familia el no haber estado más cerca de su hijo en el momento preciso. Él era el único responsable de tanto sufrimiento y del daño causado a los suyos; incluso, del deterioro de su matrimonio y de Pilar misma en particular.

¿Cómo no se dio cuenta de que Mario había abandonado la universidad para reunirse con esos barbudos que decían ser sus compañeros? ¿Cómo jamás se le ocurrió comprobar si los libros que consultaba su hijo correspondían a la carrera de sus sueños? Fue un inconsciente por dejar que la situación se le fuera de las manos y por tener que llegar a esto, a rogarles a esos malparidos por la vida de Mario y a reclamar como un infeliz por la devolución de favores que ninguno de ellos quiso reconocer. Pero es inútil retorcer culpas en el pasado. Lo hecho, hecho está, y el futuro siempre brinda revancha. Ahora, a cauterizar las heridas y a bajar con moderación esa reserva de whisky que había empezado por la mañana. Tenía lo que necesitaba: buena leña apilada junto al hogar y el fuego, que hacía bien su trabajo.

El ingeniero Martínez Videla bebía a sorbos pequeños, procurando que los aromas que ese añejado apegaba al paladar le perfumaran los sueños de una revancha posible. Observaba cómo el cilindro de la lapicera se retorció en la fundición de su materia y empastaba la foto de un Marito veinteañero, la cual también sucumbía a las llamas del hogar. Nada mejor que el fuego para ocultar los errores y los excesos de soberbia, y para abrirle una posibilidad más a los arrepentidos. Nada más efectivo que las llamas y las cenizas para acabar con las torpezas, aunque el fantasma de un hilo de humo se le insinuara en la memoria.

Mario sabía que su padre se pondría furioso cuando se enterara de que él y su compañera incluirían a la Neno en sus planes de mudanza, pero también daba por hecho que su padre entendería (aunque no compartiera ese tipo de altruismo romántico) que su hijo no cometería la bajeza de abandonar a quien ya consideraba una compañera de lucha. No tenía otra opción que hacerse fuerte en su propia dignidad porque así lo dictaba el principio de solidaridad que mandaba la consciencia.

No contaban con que el compañero de enlace, quien empeñó su palabra en lograr un salvoconducto a favor de la Neno, desapareciera de escena en un momento tan definitorio como el que atravesaban. Mario concurrió durante tres noches al punto de encuentro que habían establecido para iniciar las negociaciones. La primera vez llegó media hora antes para chequear la zona y para asegurarse de que el compañero no estuviese vigilado desde las sombras. Al día siguiente, se ocultó en una obra en construcción y desde allí aguardó la llegada del contacto. En el último intento, también arribó unos minutos antes a la cita y vigiló el punto de reunión desde la cabina de un camión abandonado. Pero el compañero nunca dio señales de vida y, por desgracia, Mario no podía retomar la cadena de enlace para comunicarse con él porque siempre surgía la duda de que todo fuera una trampa.

El tiempo corría, la operación no prosperaba y el ingeniero se ponía impaciente, pero tanto Mario como Ángela de ningún modo le soltarían la mano a la Neno. Desde la noche que la encontraron inconsciente en La Plata, la dedicación para con su compañera se debió sobre todo a un sentimiento de culpa y conmiseración; pero luego, cuando la compasión abrió el diálogo y una correspondencia intimista comenzó a hacerse lugar entre ellos, el afecto dejó atrás aquella puesta en escena que ahora parecía perderse en un olvido. Por lo tanto, o se mudaban los tres, o ninguno se movía del sótano. Como el ingeniero había delegado en su hijo la maniobra de traslado, no se enteró hasta una semana después de que fueron cuatro, incluyendo al bebé, los inquilinos clandestinos que ocuparon la vivienda designada.

Aguardaron a la jornada inaugural del mundial de fútbol para dejar el sótano y partir al nuevo destino. La afluencia de turistas y periodistas extranjeros en la ciudad, más la consigna de “cuidar la imagen” que había impuesto la Junta Militar, otorgaban un considerable margen de seguridad que decidieron aprovechar. Con todo, el clima de jolgorio que se vivía en las calles los ayudaba a confiar en el plan de fuga trazado.

Así, vistiendo cada uno alguna prenda celeste y blanca, como el gorrito de lana del bebé y la bufanda de la Neno, llegaron a la estación del ferrocarril para tomar el servicio a Moreno. Una vez cumplido ese tramo, hicieron el trasbordo correspondiente y tomaron el rápido de las 11:15 hacia Luján. El tren finalizó su recorrido cuando las primeras horas de la tarde vaciaban las calles, debido a la expectativa que generaba la jornada. A excepción de un sacerdote y dos monjas que bendijeron al bebé a la pasada, fueron casi los únicos que se desplazaron hasta la ruta para aguardar el colectivo que los condujera al nuevo refugio.

Ya caída la tarde, arribaron al pueblo que los acogería hasta el final de la dictadura: una pequeña ciudad de ganaderos que, tal cual había acontecido en Luján, se mostraba despoblada a primera vista. Mario creí que fue allí mismo, en el colegio ubicado frente a la plaza, donde ejerció como maestro ese escritor que tanto le gustaba a Ángela; pero ya tendrían tiempo de ambientarse y confirmar el dato.

La casa se encontraba emplazada en esa franja semirrural que conforma los límites de los pueblos bonaerenses, a una cuadra de la última calle asfaltada. Se trataba de un chalet tipo americano, con tres habitaciones amuebladas, un televisor y una cochera cerrada. Comparada con las locaciones que tuvieron que habitar en el último año, la vivienda era un lujo.

Esa misma noche, Mario caminó hasta la capilla del barrio para reunirse con quien sería su tutor de control mientras durara la confinación abierta a la que estaban sometidos. En el claustro habitacional adjunto lo recibió un cura de mediana edad, acompañado por un joven vestido de civil y con bigote fino, quien en ningún momento intervino en la conversación ni dejó de observarlo. El cura le pidió que tomara asiento del otro lado del escritorio y que en los próximos minutos se dignara a escuchar con atención, porque no repetiría ninguna de las directivas que tenía en carpeta para transmitirle.

—Señor Martínez Videla, según las instrucciones que recibí de parte del capellán, el retiro consignado estaba aprobado para dos confinados, no para tres adultos y un menor. En consecuencia, usted verá la forma de hacer cumplir ese compromiso a la brevedad, ya que desde el vamos estaríamos violando un mandato que de por sí es de aura misericordiosa y, sin discusión posible, incondicional. Segundo, ninguno de los confinados puede alejarse más allá de tres cuadras a la redonda de la unidad de retiro. Tercero, están terminantemente prohibidas las visitas extraprogramáticas y las comunicaciones urbanas e interurbanas con terceros. Entiéndase por ello correspondencia postal, telefónica, telegráfica o cualquier otro tipo de mensajería, formal o informal. Cuarto, está prohibida toda bibliografía y/o discografía de contenido subversivo, lascivo o reñido con las buenas costumbres. En consecuencia, y de manera espontánea, personal de mi confianza realizará visitas a la unidad para supervisar la obediencia al reglamento. Quinto, y esta es una condición superlativa, los confinados deberán asistir in-de-fec-ti-ble-men-te a los servicios religiosos que la comunidad católica brinda de forma desinteresada para sus feligreses; feligresía que da por descontada la integración de los miembros que moran en la unidad de retiro. De esta forma, doy por cumplida la cláusula indicada por mis superiores. Aquí tiene de manera impresa el reglamento citado para que sea expuesto a la vista de sus pares. Puede retirarse sin hacer preguntas o comentarios sobre lo resuelto. ¡Ah!, casi lo olvido. Debo entregarle este sobre con dinero que le ha sido designado para su manutención. Espero que sepa agradecer este gesto único de caridad que las fuerzas vivas han tenido para con usted. Alzaré una plegaria especial para que sepa aprovechar esta oportunidad en su magnánima dimensión. ¡Que Dios lo bendiga!

Para atenuar la situación de irregularidad que a los ojos de su tutor mantenía el trío, consideraron prudente salir de la casa de a uno por vez o, de máxima, en duplas, pero sólo cuando faltaran provisiones o para cumplir in-de-fec-ti-ble-men-te con la imposición religiosa, la cual enervaba a Mario con sólo recordarlo. No obstante, el hecho de contar con comodidades, de poder abrir las ventanas por la mañana y sentarse a tomar mate al aire libre, era bendición suficiente para que el estado de ánimo de los tres repuntara favorablemente. De a poco, un clima de familia funcional fue configurando la rutina hogareña de los cuatro, hasta llegar al trato diario en un margen de afectividad y confianza absoluta.

Tanto Mario como Ángela incorporaron con naturalidad los hábitos y habilidades que todo padre o madre sabe aplicar por el bienestar de sus hijos: arrullaban y dormían al bebé por igual, le cambian los pañales, lo bañaban y hasta habían aprendido, según el llanto o los gestos de Maurito, a detectar cuándo tenía sueño, hambre o si quería que lo llevaran a pasear. Por otro lado, Mario se las había rebuscado¹⁰⁴ para reparar una radio a transistores que estaba desarmada en la alacena de la cocina. Así supieron, por los bocinazos y la algarabía de los vecinos, que esa noche, casi un mes más tarde de la mudanza, el seleccionado argentino de fútbol era el nuevo campeón del mundo.

Un día, a primera hora de la mañana, frenó un Ford de rines cromados frente a la casa. A la puerta, se presentó el mismo hombre de bigotes finos que Mario había visto en la capilla.

—Tiene que acompañarme —dijo pronunciando cada palabra con voz grave y disfónica—. Es

una orden. Abríguese si quiere, pero salga ya... No estoy para contestar preguntas, sino para cumplir con lo que me ordenan. Y una cosa más, entrégueme la radio y las herramientas que haya en la casa.

Como un castigo que se repite, pero esta vez padeciendo esa pena junto a Ángela, la Neno revivía la angustia de una incertidumbre que alargaba las horas y atemorizaba por la noche. Otra vez transcurrían los días sin noticias sobre Mario. Otra vez, como sucedía cada mañana y luego de cenar, veían pasar en el auto al hombre de bigotes. Otra vez las mujeres compartían la cama, pero ahora sin armas y con un bebé de por medio. La Neno comenzó a pensar que a Mario se lo habían llevado porque no respetaron la condición de refugio para dos, sólo para dos protegidos, no tres, o cuatro, con Maurito. También pudo haber sido porque el domingo pasado faltaron a misa. Ese día el nene se despertó llorando y no paró hasta después de mediodía. Pensaron que podían ser las encías o el dolor de pancita. La Neno se inclinó por mal de ojo. No le gustó nada la forma en que el tipo de bigotitos miró al bebé aquella ocasión en la misa. Para ella, fue mal de ojo. Por eso, el plato hondo, el aceite y la plegaria de rigor. Sabía que, a la larga, les iban a pasar la factura.

—¡Es que no te dejan pasar una, Ángela! —se quejó la Neno—. Sí, ya sé que zafamos de Galván y de Berti, pero no de los que mandan más. Para mí que nos acusó el cura. ¿Viste la cara de asco con que me miraba cuando fuimos la primera vez a misa? Cuando pasó frente a nosotras, no quiso bendecir al bebé. Está bien que el chico no está bautizado, pero por eso no deja de ser una criaturita de Dios. Así me lo aseguró una vez el padre Víctor, el cura de mi pueblo, cuando tenía a la Laurita bebé. “Todos somos hijos de Dios”, me aseguró él. ¿Y si ahora Mario no vuelve más y después nos llevan a nosotras? ¿Qué va a ser de Maurito?

Mario regresó un sábado por la noche. Estaba físicamente entero, pero muy alterado. Sin dar muchas precisiones, dijo que no le habían hecho nada. Que estuvo en distintos lugares, reuniéndose con gente que más vale perder que encontrar. Se lavó la cara en la pileta de la cocina y puso la pava al fuego. Hacía horas que no comía ni tomaba nada. Le pidió a Ángela que por favor alzara un momento al bebé, así la Neno no se distraía con los tirones de pelo que le estaba dando su hijo. Necesitaba que escuchara atentamente lo que tenía para comunicarle. Sobre todo, que supiera muy bien que él peleó hasta lo último para evitarle el exilio.

—Fue una pelea desigual, Neno. Fue como dar una y otra vez contra un paredón de sordos. No había cómo ablandarlos, cómo hacerles entender que vos eras inocente, que todo lo que registra ese archivo es mentira, que responde únicamente a una venganza personal. Hasta relaté con fecha, hora y lugar las circunstancias en las que te encontramos con Ángela. No hubo caso. Insistían en que no seamos desagradecidos, que nos estaban dando una oportunidad inédita. Que me callara la boca, diera la vuelta y me marchara con la cola entre las patas. Que lo tomara como una especie de amnistía, gracias a que somos campeones del mundo y que ahora comenzaba otra etapa para la Argentina. Que bastante bien se portaron con nosotros al hacer la vista gorda y otorgarnos esta “tutoría”. Ni siquiera se conmovieron cuando les hablé de Maurito. No les importó un carajo. “Para nosotros —y lo dijeron con estas palabras—, es un zurdito cachorro que más vale que ustedes mismos borren del mapa. Porque si no se ocupan ustedes...”.

*

Hacia el final del invierno del 78, en el estacionamiento de la explanada sur del aeropuerto de Ezeiza y en el mismo habitáculo donde Mario se reencontrara con el ingeniero Martínez Videla, Maurito tironeaba el cabello de la Neno, mientras se alimentaba de su leche por última vez. El bebé reía y derramaba la cena sobre un babero ilustrado con la cara de Pluto. Nunca, en el año y medio que estuvieron los tres juntos, las horas de espera transcurrieron tan de prisa como en esa despedida. La esperanza de que el alejamiento no sería definitivo y que el bebé estaría bien

cuidado, no servía para sobrellevar los últimos minutos de una tristeza que duraría años y que tanto Mauro como su madre cargarían como un mundo de silencio que no quiere morir a solas.

Los tres golpes en el lateral del vehículo dieron a entender que ya era hora. Ese adiós que se resistían a aceptar estaba allí y había que enfrentarlo. El exilio de la Neno comenzaba en ese preciso punto de desencuentro, en la puerta trasera que se abrió y en la entrega brusca de Maurito, aún con un mechón de cabellos en sus manitos, a los brazos de Ángela. El destierro comenzaba con el llanto y en el pedido de perdón de Mario, en su abrazo enorme y doloroso, y en la mano que escondía un papel en el abrigo de la Neno. Luego, los hombres armados que la recibieron por detrás de una valla, el darse vuelta y ver la camioneta alejándose, escoltada por un vehículo color aceituna. No saber bien qué pabellón recorrió, cuántos controles pasó, cuántas veces la manosearon y la llamaron “puta guerrillera”, cuándo la dejaron sola para que ingresara por primera vez a un avión. Y, una vez allí, hundiéndose en la butaca y ya sin una lágrima más por perder, descubrir ese papel arrugado que le abultaba el bolsillo y reconocer en él, el poema de Mario, ése que una vez espió en una caja de zapatos y deseó que alguna vez hablara por ella:

Ángeles azules que surgen desde el barro,
que vuelan renovados sobre el sueño que fortalece,
el que sabe que la voz de la lucha alzaré tus brazos
hasta que todos tus huesos apunten al cielo,
hasta que el grito de tu sangre llueva flores
como almas que iluminan tu nombre,
para que la memoria perdure
y no deje de apuntar al cielo.

Mujer joven con propensión erótica por los militares.
Persona adinerada y soberbia.
Calzones, bragas.
Ingeniado.

DOCE

Dos semanas después de mi regreso a Buenos Aires, recibí el primer mensaje de Carolina. Escribió para saber cómo estaba, ya que, al darme el alta en el hospital de San Agustín, aún llevaba una pierna enyesada. Estaba contestándole que me sentía mejor, que me manejaba perfectamente con las muletas y que la cicatriz en la mejilla me daba un aire de galán recio, cuando llegó el segundo mensaje;

Viajo próx. semana a Bs As. ¿Te molesta si paso por el hospital para saludarte? Besos.

Me fastidió el grado de falsa formalidad utilizado en esas líneas, en ese pedido de permiso impostado que parecía marcar una distancia. Respondí con determinación:

(...) Por qué tardaste tanto en comunicarte? Sí, me molestaría que pasaras por el hospital sin antes cenar en mi casa.

A lo que ella respondió:

(...) Cómo que tardé en comunicarme? Y vos, ¿por qué no escribiste primero? En Baires hablamos (...)

Longoni me contó que cuando él se accidentó en Mendoza, todo sucedió en cámara lenta: la puesta de revés del paisaje, la botella de gaseosa rodando por el techo, el líquido que salpicaba el parabrisas y los pedacitos de vidrio picándole la cara. En mi caso, esa sensación de letargo fue al principio del accidente, cuando el Renault se inclinó sobre su extremo derecho, se levantó en oblicuo y comenzó a golpear contra la banquina de la curva, a elevarse y volver a golpear. Los bollitos dulces que llevaba sobre el asiento flotaron como si fuesen globos. Todo lento, muy lento, mientras el revuelo se llevaba la puerta del lado del acompañante. Después, nada, un vacío de consciencia que vuelve a tomar sentido mucho más tarde, cuando entendí que eso que colgaba de un aparejo era mi pierna y que la luminosidad del ambiente se debía a la preponderancia del blanco de la sala de internación.

También transcurrieron con lentitud esos días en los que mi memoria no podía reconciliarse con los fragmentos del pasado reciente. De hecho, lo primero que me vino a la mente fue el término “sepulturas mellizas”, frase que utilizó Carolina cuando pudimos acceder a los registros del cementerio y comprobar que el número de sepulturas designadas superaba en una a lo que indicaban los archivos. Pero esa fue una de las últimas imágenes que sobrevinieron antes de emprender el regreso a Buenos Aires.

Lo que en verdad reprimía la memoria fue revelándose a través de pequeños destellos que insinuaban el pasado reciente: el nombre de mi madre en boca de Carolina, una camioneta Ford, perros, don Jesús en la Alazana, Carolina discutiendo con un hombre de cabellera engominada, luego con otro que la tomó del cuello; otra vez Carolina, pero ahora de noche, caminando entre tumbas con una lista en la mano; mi puño golpeando el techo del auto y ella abrazándome; y otra vez la curva, la boca y los ojos abiertos, las manos hacia adelante, y hasta ahí.

El asunto del otro vehículo, el que me sobrepasó sobre la curva del río y me encerró intencionalmente, lo recordé después, cuando Carolina ayudó para que las piezas dañadas de la memoria encajaran con aquellos destellos que tramaban la versión final de los hechos. Pero no puedo identificar qué tipo de vehículo era el que me sacó de la ruta ni quién lo conducía. Lo que sí retengo son los verdaderos hallazgos de mi niñez, como la vez que Mario me llevó en andas para

apreciar las carrozas de carnaval o cuando Ángela corría a mi lado por si perdía el equilibrio sobre la bicicleta. Pero, a pesar de la fidelidad histórica que abrazaba la memoria, no lograba recuperar íntegramente los episodios acontecidos durante mis últimos días en la Patagonia. Esa falta de precisión me angustiaba, porque la última instantánea que conservo de mi madre (la única, cuando cruzó la ruta con la mano alzada), no dejaba de mostrarse cada vez que cerraba los ojos.

Cuando interrogaba a mis tíos sobre mi madre y les reprochaba que no tuviesen una fotografía de ella, la ambigüedad de sus respuestas me llevaba a pensar cosas terribles, ocultamientos escabrosos, como que mi madre me había abandonado en un baldío porque no me quería y que fueron ellos las únicas personas que se apiadaron de esa criatura olvidada entre la basura. Al menos, ésa fue la primera fantasía negativa que tuve y que coincidía con mis sospechas.

El relato en cuestión llegó por boca de Coqui, un vecinito al que sólo le permitían jugar conmigo los lunes y los jueves por la tarde. Siempre vigilado y sobreprotegido por su mami; siempre controlado y de zapatitos lustrados. Su mamá accedía a que compartiera conmigo porque él era hijo único, como yo. Ello le aseguraba que no hubiese hermanos u otros chicos mayores que pudiesen llegar a pelearlo o a burlarse de él, como solía ocurrirle en el jardín de infantes o en la plaza del barrio. Se burlaban de Coquito por la forma en que hablaba, por los modales finos que gustaba exagerar frente a otros varoncitos y porque a veces tenía la costumbre de usarle el esmalte de uñas a su mamá. Me acuerdo de los modales delicados y de la forma leve en que alzaba el meñique cuando tomábamos la leche. Pero lo de las uñas pintadas, no. Sin embargo, el giro perverso que le imprimía Coqui a nuestros juegos o a las fantasías que compartía conmigo, eran escabrosos.

Un jueves lluvioso, mi vecinito confesó que tenía algo secreto para mostrarme, ahí, escondido en la cajita que había traído desde su casa. Pero sólo revelaría el misterio bajo condición de que nadie se enterara de ello. En caso de que lo traicionase, vendría por la noche a rasguñarme y a hacerme lo mismo que le hacía su papá en la cama cuando se ponía malo. Prometí que así sería y aguardé expectante el próximo paso. Pero Coquito adoraba poner en vilo a quien estuviese pendiente de sus misterios. Sonrió burlonamente. Me tomó de la mano y me condujo en puntas de pie hasta un rincón de la habitación. Pidió que, como él, me arrodillara antes de destapar la caja. Lo hice y me permitió ver lo que ocultaba. Separó las mitades de lo que parecía un típico sándwich y me mostró cómo podían destrozarse con un alfiler los ojos del gorrión muerto que yacía entre las migas. Más tarde, cuando sobre el colchoncito de pan quedaron esparcidas las minucias del ojo, escuché la versión de Coqui sobre el origen de mi orfandad, sobre cómo fui abandonado en un baldío a pocos días de haber venido al mundo.

Coquito juraba que Ángela se lo había confiado a su madre, bajo condición de guardar el secreto. Sucedió una tarde en la que fue a devolverle varios ejemplares de *Radiolandia*¹⁰⁵ (Ángela no leía ese tipo de revistas). Según él, mi tía, a la salida de misa (¿Ángela en una iglesia?), se cruzó con una anciana vestida de hombre y sin dientes, que arrojó una bolsa de arpillera en el descampado que está por detrás de la parroquia.

—Primero, a tu tía no le importó nada lo que hizo esa vieja fea porque estaba apurada para llegar rápido a la casa y cocinarle a tu tío porque si no tu tío se enojaba y le pegaba con la chancleta, entonces pasaron muchos, muchos, muchos días y entonces dijo “voy a ir a ver si lo que tiró esa vieja al campito todavía está ahí, a lo mejor es un bebé abandonado y solito porque nadie lo quiere, o a lo mejor es otra cosa más importante”, eso pensó cuando iba al campito, porque tu tía pensaba que a lo mejor había un tesoro o plata y tu papá se iba a poner contento si ella le llevaba algo que lo pusiera contento. Bueno, entonces fue y encontró eso y lo desenvolvió toda apurada para ver qué era, y estabas vos, sucio, con olor a caca y gusanos saliéndote de la nariz y

de la boca, y vos le dijiste “gracias, mamita, me salvaste, me salvaste”, y la abrazaste y así llegaste a tu casa y tu tío le pegó a tu tía porque no le gustaba que trajera cosas sucias de la calle, y además porque creía que eran mentiras lo de la vieja sin dientes, la bolsa y vos ahí adentro, pero después, cuando te limpiaron y ya no tenías más olor feo, le gustaste a tu tío Mario y te quiso, a lo primero no, no te quiso, pero después sí, por suerte que te quiso, porque si no te hubiera querido yo no tendría con quién jugar y vos no ibas a saber cómo fue que viniste a parar a esta casa.

Al llegar a la edad escolar y tener que enfrentarme a otros niños que preguntaban por mis padres biológicos, no tuve otra opción que inventar el primer capítulo de una autobiografía ficticia. Lo hice para salir del apuro de la manera menos dolorosa, ya que a mis compañeros les confundía que alternara entre “tía” y “mami” cada vez que me dirigía a Ángela. Por lo tanto, dejé que la imaginación fabulara por mí.

Conté que el *ferry* que traía a mis padres desde Uruguay se había hundido a causa de una terrible tormenta, no pudiendo hallarse sus cuerpos hasta el día de hoy, mentira que fui perfeccionando a medida que pasaba el tiempo y que nuevos curiosos reclamaran oír esa historia, hasta me arriesgué a más cuando noté que mi pequeño público se asombraba con el relato y creía cada palabra. Confiando en mi poder de persuasión, me atreví a mejorar el libreto y a llevarlo a un plano de elaboración más elevado, a un contexto de neto corte cinematográfico. Supe dramatizar mi pérdida agravando el siniestro con una explosión en la sala de máquinas, más el posterior ataque de pirañas sobre quienes luchaban por mantenerse a flote. También, sumé una tempestad en medio del Río de la Plata, la que arrastró la nave hacia mar abierto, donde fue tragada por un remolino endemoniado. Y, por último, el plus que más cautivó a la audiencia que aún daba crédito por mí, remite a un ataque pirata, el que no se conformó con saquear y asesinar a la tripulación, sino que raptó a todas las mujeres del barco y no dejó a ningún hombre con vida. Obviamente, las constantes modificaciones del guion original, además de las contradicciones propias que sobrevienen a la reedición de cualquier mentira, dejan al autor en evidencia y terminan en escarnio, el cual, tratándose de un público infantil, suele ser implacable al momento de condenar a un embustero.

A pesar de que concurríamos a la misma escuela, la desalmada versión de Coqui sobre mi orfandad no trascendió en ese nuevo ambiente, oportunidad que aproveché para imponer mi propio relato identitario, por las dudas de que mi vecinito quisiera hacer de las suyas. Me sentí francamente aliviado cuando supe que iríamos a cursos distintos y que ello marcaría el inicio del fin de nuestra maltratada amistad. Para mi sorpresa, Coqui se volvió un perfecto extraño, como los otros quinientos chicos que conformaban ese novedoso espacio social. Me ignoró desde el primer día de clases, desplante que se trasladó a nuestra relación de vecinos. Esta indiferencia no hizo más que traerme alivio y librarme de quien ya resultaba engorroso tratar como un igual.

En los recreos, mi exámito procuraba no cruzarse conmigo ni aproximarse al sector donde los varones jugábamos al fútbol o a policías y ladrones. Con recelo, rondaba la fila del kiosco escolar, a fin de localizarme y poder ubicarse en algún puesto distante al mío. Con el trajín diario, fue seleccionando amistades y así conformó su propio grupo de fieles. Incluyó sus preferencias por los gustos que profesaban las nenas, hasta mimetizar los mismos gestos que sus amigas y destacar en los juegos que éstas practicaban.

Coqui era el más hábil en el salto con el elástico, el más rápido en el cruce de palmaditas y quien había completado antes que ninguna el álbum de figuritas Princesita. Las nenas, y nadie más que ellas, eran invitadas a su casa. La madre de mi vecinito estaba maravillada con el poder de seducción que su hijo tenía sobre las mujeres. Estaba orgullosa de haber traído al mundo a un hombrecito tan apuesto, inteligente e irresistible. Si ahora tenía ese éxito con las mujeres, no

quería imaginarse lo que sería cuando fuera más grande. Digno hijo de su padre: macho, galán y seductor como pocos.

Lo que nunca se pudo saber fehacientemente porque no hubo testigos ni pruebas concretas del escándalo que salpicó a Coqui, fue por qué sus padres lo cambiaron de colegio cuando terminaba 6° grado, igual que sucedió con el abanderado de 7°, Andrés, alumno brillante y admirado por todas las maestras.

La denuncia vino por parte de Fulvio, un chico de 6° que seguía a Coqui a sol y a sombra, y que se desvivía por hacerle cumplidos y regalos para captar su atención. Pero mi vecinito no correspondía a su admirador en igual medida. No, por lo menos, con idéntico apego. Lo aceptaba o lo rechazaba según la necesidad o las ganas que tenía de sentir compañía masculina, o según la propuesta que Fulvio trajera para la ocasión. Y eso le daba a Coqui un buen margen de dominio sobre éste, una malévola cuota de poder que siempre era manejada con un alto grado de conveniencia por ambas partes, pero que, a su manera, los hacía felices.

En los momentos hostiles, Coqui acudía a Fulvio para que lo salvara de las burlas y de los manoseos de los más grandes. Que Fulvio lo protegiera y lo acompañara hasta su casa, sí. Que lo sentara sobre su falda y abrazara por detrás, porque era más alto, más fuerte y enérgico que él, sí. Pero no le gustaba que se hiciera el pegote¹⁰⁶ frente a otros chicos o frente a sus amigas. Esas cosas en público, no.

A veces, cuando salían apurados de la escuela y se desviaban por detrás de la canchita del ferrocarril, sí, ahí sí. Agitados y ansiosos, por detrás del colectivo quemado, sí. O cuando él demoraba en salir del baño porque necesitaba apoyo emocional, sí. Darle una mano, sí. Pero hasta ahí y punto.

El día del escándalo, Fulvio entró llorando a la Dirección, sin advertir que el equipo directivo celebraba una reunión de padres del tercer ciclo. Dijo a toda voz que los había visto en el momento justo y que el abanderado, como buen matón que es, lo había amenazado con agarrarlo a trompadas y romperle el culo a él también si le buchoneaba¹⁰⁷ a las maestras. Pero lo cierto es que no hubo testigos de lo que el ofendido denunciaba. Cuando la vicedirectora y la señorita Miriam llegaron al lugar del hecho, Hugo, el portero, iba hacia ellas con los sospechosos tomados del brazo y sermoneándolos por estar perdiendo el tiempo en un lugar restringido a los alumnos.

—Fue así la cosa, señora. Cuando entré al baño para buscar el balde y el trapo, resulta que éste se estaba ajustando el cinturón y éste otro terminaba de abrocharse el guardapolvo. Pero ver, lo que se dice ver algo... raro... cochino, no. No vi nada de eso que cuenta el chico de 6° o que usted se imagina. El asunto es que me calenté y los saqué carpiendo¹⁰⁸ porque el recreo había terminado y ningún alumno tiene por qué estar en este sector, como usted y la directora me dicen siempre: “Hugo, si llega a encontrar a algún alumno o alumna en el depósito, me lo trae a la Dirección de una oreja”.

Coqui sonreía divertido, como disfrutando la situación. Estaba encantado de que lo reconocieran como la piedra del escándalo. En cambio, el abanderado no. Nunca una reprimenda, un llamado de atención o un demérito en su historial de alumno destacado. Luchaba por liberarse del agarrón del portero y por escapar de las miradas que le apuntaban desde todas las puertas, ventanas y rincones de la escuela. Estaba furioso y no dejaba de tironear, de desafiar la firmeza de Hugo y de insultarlo. Él, que era un ejemplo de decoro, aplicación y humildad, estaba irreconocible en su rol de desacatado. No parecía el mismo que alzaba los colores patrios en los actos escolares y que se había ganado con total justicia el prestigio que lo colocaba en lo más alto del cuadro de honor.

Por su parte, Fulvio, al reparo de una de las columnas que bordeaba la recova¹⁰⁹ del patio, no

pudo eludir la mirada colérica que le dedicó su adversario y volvió a ocultarse. En cuanto a Coqui, que venía custodiado por la señorita Miriam al final del cortejo, unos pasos antes de ingresar a la Dirección le regaló la mirada más tierna que alguien le hubiese dedicado alguna vez. Mi vecinito le sonrió como lo hacía cuando intimaban, como agradeciendo el temblor que su contacto le provocaba, con una dulzura capaz de quebrar al más impiadoso de sus enemigos. Y claro que Coqui volvió interminable esa última mirada de compasión. También la sonrisa, que exaltaba una pureza casi angelical, pareció honrar la inmortalidad de su dedicatoria. Y ahí nomás, antes de que cerrasen la puerta, le sacó la lengua.

En mi adolescencia fui más creativo y atrevido para inventar autobiografías. A mis compañeros de bachillerato les di mi palabra de que era hijo bastardo de una cantante de tangos y un novelista famoso, pero que, por estrictas razones legales, tenía prohibido revelar identidades. Y que justamente por eso, porque así lo estipulaba el acta notarial del escribano de la familia, Ángela y Mario habían asumido mi guarda, la cual caducaría cuando cumplierse dieciocho años. Lo que garantizaba la verosimilitud del relato no era la letra que certificaba el soporte legal, sino la fama de chico serio y responsable que me había ganado ante la comunidad educativa. Mis calificaciones eran muy satisfactorias, al igual que mi asistencia y mi participación positiva en actividades extraescolares.

Para reforzar la apuesta, memoricé letras de un mínimo repertorio clásico, a fin de contraatacar a quienes dudaran de ello. “Los mareados”, “Naranja en flor” y “Sur” eran mis canciones preferidas. Argumenté que así lo eran porque con mi madre, cuando nos reuníamos discretamente en casa de mis tíos, solíamos interpretarlas a dúo. Y para probarlo, en un acto del 9 de julio¹¹⁰, me ofrecí a personificar a Carlos Gardel. Muy seguro de mis dotes representativas, puse con sorprendente éxito mi voz y mi cuerpo a dos de los tangos de aquel repertorio.

Claro que la falsedad de esa puesta era insostenible y no tardaría en imponerse la verdad. Aunque quería convencerme de que sí, que estaba preparado para soportar la vergüenza de ser el artífice de semejante fraude, no tuve que atravesar por ello, porque un nuevo cambio de domicilio me libró de tener que rendir cuentas. De allí en más, ya matriculado como alumno de 2º año, dejé atrás toda ficcionalización de mi pasado y asumí la condición de hijo adoptado.

Ya en el umbral de la adultez, al ingresar a la facultad de medicina, comenzó a hacerme ruido la idea de que mis tíos fueran apropiadores de niños nacidos en cautiverio, como si mi alumbramiento hubiese ocurrido en un campo de concentración y ellos hubiesen sido cómplices de mi secuestro o algo peor. Algunas noches, cuando las pesadillas me despertaban en plena crisis de pánico, soñaba que acariciaba el cabello de una mujer sin rostro y que el sol me calentaba las mejillas a través de un tragaluz. A veces, el sueño se repetía con agregados: una especie de maquinaria antigua con palancas, donde se mezclaba ropa colgada con un dibujo bordado de Pluto. Otras veces me asaltaba la visión de un viaje en tren, el soplo mañanero del olor a campo, el sopor de la tierra mojada.

Comencé a sospechar cada vez más de mis tíos, de su no tan honesto cariño por mí y de la legitimidad de su potestad. En la universidad, eran constantes las charlas abiertas sobre delitos de lesa humanidad cometidos por la dictadura militar, reforzadas por campañas de búsqueda de desaparecidos. En los pasillos de las facultades, había puestos fijos para consultas o denuncias, así como bibliografía, ciclos de cine y cartelera alusivos al tema. Estuve a punto de acudir a Madres y Abuelas de Plaza de Mayo para denunciar a mis tíos y contraponer una prueba de ADN, pero el lazo afectivo que nos ligaba era maravillosamente fuerte y temía perder eso: el amor incondicional, el lazo parental que en verdad existía entre nosotros.

Aunque biológicamente Ángela y Mario no lo acreditaban, eran mis padres, aún los siento

como tales y lo seguirán siendo hasta el día en que los tres dejemos este mundo. Por ello, no podía hacer una denuncia ante los organismos de derechos humanos sin antes enfrentarlos y exigir una respuesta libre de ocultamientos. Y la respuesta que tanto esperé conocer y que tantos interrogantes despertó, llegó la noche de mi cumpleaños, luego de que los últimos invitados se retiraran y que las copas quedaran escurriéndose sobre la mesada^{III} de lavar.

Mis tíos-padres, sentándose a mi lado en el sofá del comedor diario, admitieron que sí, que los dos habían militado durante los años 70 en una fracción de izquierda, la cual se había volcado por mandato partidario a la lucha armada. Peleaban para ponerle fin al gobierno de facto, instalar un mandato popular y alcanzar la tan esquivada justicia social.

En circunstancias muy confusas que los precipitaron a vacilar sobre el camino de violencia por el que habían optado, conocieron a mi madre. Luego de exponerse a varias situaciones de peligro y sin tener muy en claro el sentido operativo de las misiones encomendadas, decidieron debatir hasta agotar el tema sobre el estado crítico en el que se encontraba el conflicto armado. Concluyeron que compartían las mismas dudas al respecto, como también la necesidad de replantear estrategias de lucha, si es que aún pretendían rescatar la integridad del espíritu revolucionario.

En disidencia con sus cuadros superiores y buscando la forma de instrumentar una estrategia de lucha alternativa, intentaron sin éxito pronunciarse a favor de un plan de retirada, con la única finalidad de evaluar y delinear un nuevo escenario político. Pero la negativa que recibieron por parte de la organización los puso en evidencia frente a la cúpula del movimiento. Por tal motivo, y desde allí siempre juntos, debieron huir de una doble condena: la que las fuerzas armadas y la guerrilla habían lanzado contra ellos.

Para ambas partes, mi madre y mis tíos eran traidores que había que eliminar. Para el Estado, por conspirar vilmente contra la patria; y para la Orga, por traicionar la causa revolucionaria. Mi madre venía huyendo de la Patagonia porque los militares la tenían fichada y sabía que en una ciudad como La Plata tendría chances de pasar desapercibida. Pero los servicios de inteligencia operaban infiltrando gente en las células revolucionarias, a veces mediante la pericia de oficiales jóvenes y otras valiéndose de compañeros quebrados, es decir, rebeldes de primer orden que, secuestrados y sometidos a tortura, acababan colaborando para las fuerzas armadas. Uno de éstos últimos quebrados, precisamente, fue el que los vendió en clara versión de agente doble.

Ambos, Ángela tomándose de las manos y Mario pasando su brazo sobre mis hombros, juraron por el amor que me tienen que así sucedieron las cosas. Vale decir que el vínculo que establecieron conmigo desde mi primer minuto de vida se encuentra lejos de cualquier especulación que apunte a una apropiación ilegal de bebés. “Ahora, a la distancia —insistía Mario—, es fácil juzgar los errores cometidos”. Eran jóvenes y, en esos años de rebeldía, el fervor combativo podía más que el análisis pormenorizado de lo que el sistema pretendía imponer desde una verticalidad autoritaria.

En consecuencia, y embebidos en el fragor de la militancia partidaria, se dejaron llevar por algo más profundo que la pasión. Se dejaron cautivar por un ímpetu que sería difícil de explicar en otro contexto que no fuera el de los años 70. Pero, a pesar de las amarguras y contramarchas vividas, no se arrepentían de haber sido honestos con ellos mismos y con sus ideales. Aunque el miedo es proclive a encender torpezas, es verdad que siguieron adelante hasta donde el instinto combativo los condujo. Se creían casi inmortales, convencidos e ilusionados con abatir el contrato social y alzar la utopía como bandera. Pero, por sobre todo principio, eran muy jóvenes para ver más allá del ardor de sus corazones.

—Tu mamá ya estaba embarazada cuando la conocimos y nunca nos quiso decir de quién

—siguió explicándome Ángela—, ni tampoco teníamos derecho a preguntarle. Creo que tomó esa decisión para proteger la identidad del compañero. Todos los que militábamos desde la clandestinidad debíamos seguir esa consigna por estrictas cuestiones de seguridad. Mario y yo, por ejemplo, nos hacíamos llamar Luís y Tita. Ni siquiera entre nosotros (y fíjate que ya éramos pareja mucho antes de comenzar la lucha) manejábamos públicamente detalles de la vida personal del otro. Incluso, tomábamos contacto con no más de cinco de nuestros cuadros superiores. Más allá de ese recorte de jefatura, la cadena de mandos era un interrogante. En ese punto, la organización era terminante. Tu mamá no hubiese podido vincularse jamás con alguien que no compartiera su forma de pensar y vivir. En ese aspecto, quédate tranquilo. Además, a esta altura de los acontecimientos, ya te habrás dado cuenta de que entre compañeros de lucha hay secretos que se llevan a la tumba. Existe un margen sagrado de intimidad reservada, ya sea de consciencia o de capital afectivo, que es inviolable. Eso no se cuestiona, no se pone en duda y no se revela. Va con uno hasta la tumba, como los pecados y las culpas. Y, bueno, así pasamos un año y medio escapando de la muerte, yendo de un lugar a otro para salvar el cuero. Hasta que supimos que nos habían marcado y que era inminente nuestra captura. De un día para otro, tu mamá nos sorprendió con la novedad de que Inteligencia la tenía acorralada y que la única salida era aceptar un salvoconducto para salir del país, pero bajo condición de hacerlo sola. No había mucho más para elegir. O te dejaba con nosotros y se salvaban los dos por separado, o se quedaba y... bueno, nada. Así fue en pocas palabras este capítulo tan triste, Maurito. Por otro lado, nosotros, como éramos cuadros menores de la organización, pudimos recluarnos con vos en un pueblito del interior. Por eso, en tu partida de nacimiento está registrado un domicilio rural. Insisto, éramos muy jóvenes. Sobrevivíamos a la deriva y teníamos miedo de morir por una causa que venía pudriéndose desde adentro. Creíamos, mejor dicho, pensábamos que la separación entre vos y Neno sería por un tiempo nada más. A lo mejor meses o a lo sumo un año, en el peor de los casos. Pero la realidad nos jugó en contra y tuvimos que hacernos cargo de nuestra responsabilidad para con vos. Hicimos lo que creímos mejor. Y lo mejor que nos pasó sos vos, Maurito. ¡Claro que sos vos! ¿Te cabe alguna duda?

Ángela y Mario, mis tíos para los conocidos, mis padres para mí, a partir de ese día colaboraron incansablemente en la búsqueda de mi madre. Barcelona fue la última pista firme que tuvieron. Es más, gracias a un folklorista que compartió una cena con exiliados latinoamericanos en España, accedieron a un número telefónico que un veinticuatro de diciembre les permitió a los tres volver a escucharse, a emocionarse como si no existiera un océano de por medio. Y en cuanto a mí, me dio la oportunidad de sentir la voz entrecortada de una mujer, una voz muy parecida a la cercanía de un latido.

—Nosotros —intervino Mario— creíamos que, con la vuelta a la democracia, se cerraba definitivamente una etapa siniestra. Pero el gobierno mantenía vigente la misma lista negra que la dictadura había decretado a nivel institucional. En ella figuraba el nombre de tu mamá junto al de otros compañeros. Por otro lado, cuando volvimos a llamarla a Barcelona, nos informaron que ya no vivía allí y que no sabían nada sobre su nueva residencia. Y como si eso fuera poco, nosotros también nos habíamos mudado. En aquellos años, los recursos que teníamos para encarar una búsqueda personal eran precarios. Para empezar, no teníamos un referente de confianza ni los medios tecnológicos que existen hoy en día. Además, tu mamá venía de un pueblo de la Patagonia que ya no existe porque quedó cubierto por un lago artificial... No sabemos si tenía parientes y si hoy estará vivo alguno de ellos... Sí, probablemente acudiendo a los registros de la provincia puedas acceder a buena información... También, claro, viajando a la Patagonia y rastreando alguna punta¹¹² que te lleve a buen puerto.

Los años que siguieron a esa revelación me motivaron a emprender una investigación más bien pedestre, sin ayuda de ningún organismo de derechos humanos. Por ejemplo, en las guías telefónicas de las provincias de Neuquén y Río Negro, el apellido Corvalán figura en las páginas de casi todas las localidades, menos en Alto San Agustín, que, hasta donde averigüé, es la refundación del pueblo natal de mi madre.

Cada ruta posible de investigación comenzaba y finalizaba en sí misma. Así y de manera cada vez más espaciada, continué improvisando búsquedas menores, muy desarticuladas entre sí, hasta que los primeros romances se presentaron y blindaron una especie de frustración que me mantuvo atento a las preocupaciones propias de un joven de mi edad: responder con alma y cuerpo al primer amor y darles la gran alegría a mis tíos de recibirme como médico. Y luego, la vida, el trabajo, los amores turbulentos, el hospital, Marcela y aquella carta que alteró mi vida hasta el presente y me dio la posibilidad de conocer a mi madre por un instante, y, ¡vaya suerte!, también verla morir.

La desfragmentación que había sufrido mi memoria a causa del accidente se recompuso durante el nudo crítico de una pesadilla. Soñé que bajo mis pies no había nada, que flotaba en un limbo caliente. No experimentaba temor ni sorpresa. Sin embargo, avanzaba a pasos lentos, esforzándome por mover unas piernas pesadísimas. Avanzaba apartando animales deformes que querían morderme. Algunos lo lograban y devoraban partes de mí. De repente, alguien reía a carcajadas me cubrió desde atrás con una capucha, mientras las bestias no dejan de despedazarme. Era la misma persona que me dominaba, reía y recitaba a mi oído una especie de letanía entrecortada. Reconocí unas pocas palabras: huesos y apuntar. Luego, me toman de las piernas, pierdo el equilibrio y caigo hacia la nada. Pero nunca supe lo que me esperaba al fin de la caída porque la asfixia me despertó en otra oscuridad, la que obliga la noche, la que se deja ver a través de la lluvia que rebota contra la ventana de la habitación. Entonces, la memoria comenzó a trabajar en su propia recuperación, en acopiar datos, en saldar su deuda de forma vertiginosa y seriada. Entregaba en cortes secuenciados decenas de imágenes que me había negado desde el momento en el que mi cuerpo rebotaba dentro del auto.

En Alto San Agustín, luego de que el perro tuerto viniera hacia mí y olfateara el baúl del Renault, estuve a punto de acudir a la policía para denunciar el aparente accidente que había sufrido mi madre y la posterior desaparición de su cuerpo. No cabía otra forma de blanquear la situación más que comenzar por donde correspondía: llevar el caso a las autoridades, incluso a un juzgado para evaluar la posibilidad de solicitar un *habeas corpus*. Estaba dispuesto a correr el riesgo de quedar como sospechoso, ya que la exposición que pudiese realizar carecería de elementos probatorios que le dieran forma real al asunto. Pero algo debía hacer, aunque la movida fuese riesgosa o pareciera disparatada. De ninguna manera estaba dispuesto a perder más tiempo. Una y otra vez, y sobre la misma mesa en la que compartimos el café, le leí la carta a Carolina, la que un anónimo me habían hecho llegar al hospital y la que hizo posible ver a mi madre a las puertas de La Alazana.

—Sí, veo que es una carta manuscrita y quiero creer que la escribió tu mamá. Perdoname si parece que te lo planteo con algo de desconfianza, pero no me vas a decir que al principio no dudaste de que esas líneas hubieran sido escritas por la persona que te trajo el mundo. No es malo dudar, Mauro. Al contrario, de la duda nace la verdad. No creas que el corazón se mancha por desconfiar. Es casi instintiva la reacción. Se protege. Es sabio el corazón. A veces un poco pelotudo¹¹³ a la hora de querer, pero, a la larga, aprende a defenderse mejor. Decime una cosa, ¿vos andás todo el tiempo con ese papel encima? ¿Y si lo perdés o te lo roban, pensando que puede ser un documento valioso? Deberías cuidarlo más. Hace una o dos copias y guardalas en un

lugar protegido. Mirá, si no te oponés, ahí tengo el equipo. Si no te parece mal, déjame que la pase por el escáner un par de veces y que guarde una de las copias en un sitio seguro. Por ahora, es el único elemento probatorio para fundamentar un intento de denuncia. Lo raro es que el sobre no tiene remitente ni sellado postal. Muy raro, ¿no? ¿No preguntaste en la Mesa de Entrada quién la dejó, si fue un hombre o una mujer? De última, existen recursos de peritaje caligráfico que pueden ayudar a obtener el perfil del autor o de la autora. Bueno, ahora no importa. Lo extraño es el contexto en el que sucede la reaparición de tu mamá. Después de tantos años y citándote tan lejos de Buenos Aires para revelar un secreto que todavía no sabés cuál es. Es como un poco ilógica la cosa. Ahora, perdóname si soy demasiado dura con lo que voy a decirte, pero cualquiera que escuche esta historia tiene todo el derecho a dudar y pensar que estás delirando. Te imaginás que si de entrada hubieses ido a la policía a presentar una denuncia, no te hubiese ido nada bien. Lo que se me ocurre pensar es que si tu vieja ya te había localizado, ¿por qué no llamó a tu trabajo o fue personalmente a verte?... ¿Por qué no fue como primera opción a la casa de tus tíos y ahí se reencontraban los cuatro, como hubiese tenido que suceder?... Dónde estuvo todos estos años, no lo sé. Tal vez eso no sea determinante en este momento. A lo mejor se sentía perseguida. O tenía miedo de volver a verte. ¡Qué se yo!... la culpa, el miedo al rechazo. Muchos pueden ser los motivos que confundan a una mujer que pasó por semejante calvario. Lo que digo es que es una locura ir a denunciar un asesinato y el robo de un cuerpo sin pruebas de ningún tipo. Y todavía más viniendo de alguien que no es de aquí, que nunca estuvo en la Patagonia y que no puede acreditar la identidad de un cuerpo desaparecido como el de su madre. ¿Comprendés, Mauro, lo confuso de tu intento de denuncia? Sé que te va a resultar una locura pedirte que confíes en alguien que acabás de conocer, pero me gustaría que lo hicieras. Necesito que lo hagas. ¡Qué se yo por qué! Una corazonada. Intuición. Pálpito. Yo te voy a ayudar a aclarar este despelote, por supuesto, pero primero calmate y dejame pensar por dónde o por quién podemos empezar.

Revista semanal de farándula surgida en 1934. Fundada por el editor argentino Julio Kom, se mantuvo en circulación por décadas.

Persona demasiado apegada a otra, fastidiosa.

Delatar.

Bruscamente y con violencia.

Galería.

Día de la Independencia argentina.

Barra de cocina.

Pista, indicio.

Ingenuo, tonto.

TRECE

Lynch tenía un maletín de cuero legítimo como el de Barim. Se lo había encargado al turco en uno de los viajes que éste hacía periódicamente a Buenos Aires, mucho antes de que le propusiera sumarse a la lista de diputados del partido. El consenso que tenía su amigo para ganar una banca en el congreso de la nación, como él mismo para alcanzar la propia a nivel jurisdiccional, cumplía las expectativas que los últimos sondeos le daban para consolidar una victoria electoral cómoda. Por supuesto que ambos iban a la zaga de dos referentes emblemáticos del partido, un par de caudillos de raza que no entregaban nada a cambio de nada, lo que daba por sentado que el arco político les confiara la suerte institucional de su mandato para el próximo período constitucional.

El salto de calidad que había dado el turco Barim para proyectarse a ese nivel respondía a un compromiso *non sancto*, tomado bajo prebendas con el mandamás del partido y con corporaciones empresariales que sustentaban la campaña. Como secretario de hacienda del municipio, dio holgadas muestras de lo mucho que puede rendir una gestión si se tiene el conocimiento y la habilidad para generar recursos extras, sin necesidad de limitarse a lo que estipula la partida presupuestaria. Por ejemplo, consignar terrenos fiscales bajo modalidad de *leasing*; preasignar licitaciones para concesionar el sistema de recolección de basura; fijar en un 15% la comisión estándar para autorizar el talado de bosques; cobrar un canon reservado para permitir la instalación de un salón de juegos de azar y pistas danzantes con desnudistas, y exigir una tasa fija para liberar la venta de sustancias no alimenticias en espacios privados eran algunos de los logros que hicieron visible su figura como promesa política de la región.

Esos “para-recursos financieros”, como prefería denominarlos el secretario Barim a la hora de rendir cuentas, eran accesibles al margen del presupuesto ordinario. La partida anual presupuestaria se destinaba a lo que la carta orgánica indicaba: al saneamiento urbano, a expandir el alumbrado, a mejorar la infraestructura turística y hotelera, a continuar con bacheo y asfaltado de calles, a pagar sueldos y a todo aquello que hace al sostén propio del municipio.

A la conducción le convenía un hombre de esas características porque necesitaba de los servicios de alguien que operara sin pruritos ante emprendimientos de alto riesgo, pero, al mismo tiempo, beneficiosos para el país y la provincia. Vale decir que Barim ratificaba su credencial rapaz desde su gestión municipal, la cual le rendía a todos por igual en dividendos que repartía con la jerarquía del partido, como así lo indicaba todo pacto de caballeros que se dignara cumplir. Si el estado provincial pudo acceder a las diez mil hectáreas que embellecían la costa norte del lago, fue gracias a la intermediación de la dupla Saúl Barim-Cristian Lynch, quien supo seducir debidamente a los propietarios de la hacienda. El tándem local sabía cómo presionar sobre los dueños de esas tierras para que el loteo en cuestión pasara a manos de un mega emprendimiento turístico e inmobiliario que, desde luego, también los incluiría como socios. De esta manera, tanto Barim como Lynch eran números puestos para la gestión política que se avecinaba.

El turco creyó que el viaje a Buenos Aires entusiasmaría a su amigo porque le permitiría tratar *face to face* con los senadores de su bancada y palpar de antemano la atmósfera que se generaba en el recinto. Además de las formalidades del caso, la escapadita a la capital traía consigo un plus que ya era programático en sus respectivas agendas de esparcimiento: hacer valer el departamento

de alquiler que mantenían sobre calle Juncal y recompensarse con la compañía de sus chiquitas porteñas, era un combo que pautaba la rutina propia de la ruta política deseada. Además, Cristian tenía que entender que el proceso electoral era un mero trámite, que el triunfo en las próximas elecciones era indiscutible, de manera que ya, a partir de ese viaje, tenía que comenzar a comportarse como le cabía a un diputado en potencia. Sesionar y acudir a las convocatorias que el inminente diputado nacional Barim habría de cursarle, eran condiciones lógicas de un plan político bien trazado, el cual tendría sus beneficios en las extensiones comerciales que encabezarían para bien de la sociedad y, por supuesto, para provecho del estado provincial, entiéndase bien.

Lo que irritaba a Cristian era que el recuerdo de Carolina no lo dejara en paz, que fuera tan impertinente en este momento de su vida y, en especial, que estuviera asociado al departamento de Juncal. Porque fue él quien convenció al turco de invertir en esa propiedad. Lo hizo por el sólo hecho de tener un refugio donde intimar con quien creía el amor de su vida y para no tener que rotar entre habitaciones de hotel o alquileres de ocasión. Por ese entonces, Carolina cumplía con una pasantía en un hospital del conurbano bonaerense y Cristian creyó que la haría feliz tenerlo cerca y que celebraría la idea. Pero se equivocó porque ella detestaba que la vigilaran y la consideraran un objeto de propiedad. Y menos si esa actitud provenía de un hombre entrado en años, alguien que jamás podría garantizarle una relación duradera. No obstante, Carolina compartió con él varias noches en Juncal y aprovechó las comodidades y las gentilezas que Cristian le daba.

Lo cierto era que el futuro diputado Lynch no residía en Buenos Aires, como sí lo hizo Carolina durante un año. Los viajes de Cristian entre la Patagonia y la capital argentina no siempre podían programarse con el rigor calendárico que ella deseaba. Las escapadas de Cristian dependían del margen de acción que le permitieran las obligaciones laborales, familiares y, fundamentalmente, el reclamo partidario que, con tacto y olfato, el mismo turco se encargaba de representar frente a la esposa de su compañero de bancada.

El futuro legislador telefoneaba al hospital De la Cruz en los momentos más inoportunos. Por ejemplo, un lunes a media mañana para que algún ordenanza que anduviera por allí hiciera el favor de localizar a la licenciada Rodríguez y le avisara que martes o miércoles estaría llegando a Buenos Aires. Y al día siguiente repetía el llamado para que alguien, si era tan amable, hiciera el favor de comunicarle a la licenciada Rodríguez que lo disculpara, pero que el viaje se suspendía, que ya volvería a llamar para confirmar la nueva fecha de vuelo, pero que estuviera atenta. Muchas gracias.

En una oportunidad, una de aquellas contraórdenes telefónicas fue recibida por el doctor Longoni, quien contestó explicándole que ese número correspondía al interno de terapia intensiva, no al conmutador. Que, si bien él era jefe de quirófano y no se ocupaba de esas cosas, vería la forma de hacer llegar el mensaje al sector de asistencia para que se lo transmitieran a la persona indicada. Pero, ni bien colgó, Longoni fue requerido de urgencia y pasó la consigna a Graciela, una de las enfermeras de pediatría, quien se dirigía hacia el primer piso y, a su vez, pasó la posta a hemoterapia y de allí a Salgado, chofer de ambulancia, el cual olvidó el mandado cuando el doctor Di Salvo lo interrumpió para acordar el asunto de la colecta para la despedida de soltera de Mariana, la radióloga.

El desorden de vida que llevaba Cristian y los turbios negocios que tramaba con Saúl Barim terminaron por quitarle a Carolina el poco entusiasmo que le quedaba por esa aventura amorosa. Ella aspiraba a enfocar su vida hacia un horizonte que le ofreciera satisfacciones profesionales y personales por igual, y entendió que, manteniendo una relación tan enredada y vaga como la que

llevaba con ese hombre, no lo lograría nunca.

Mientras cursaba Servicio Social en la Universidad del Comahue y se entregaba a la bohemia de alto voltaje que le proponía Lautaro, un profesor de Bellas Artes con el que experimentó una relación inclasificable, ese tipo de licencias las asumía como rasgo exploratorio de una sexualidad incipiente. Pero de su historia con Lautaro ya habían transcurrido más de quince años; más de diez de la de Walter, ocho de aquel muchachito del que no recuerda el nombre y unos cuantos años de algunos más que pasaron por sus brazos sin pena ni gloria.

Si bien aquella época era dulcemente recordada por Carolina, le resultaba vacua a la hora de reubicarla en el presente, de manera que ya no tenía por qué padecer situaciones incómodas que ni siquiera en su adolescencia tuvo que soportar. Menos aún si esas incomodidades violaban la intimidad laboral y personal.

La pasantía en el Hospital de la Cruz no era lo que esperaba en cuanto a lo disciplinar, pero el interinato la movilizaba por el solo hecho de brindar ayuda y hacer el bien por sí mismo, en especial, interviniendo en casos de violencia de género y abuso de menores; una fórmula que no era coherente con eventos que la desbordaban desde lo personal, como aquella aparición explosiva de Cristian en su lugar de trabajo. Un hombre irrespetuoso de lo público, un típico machista rústico y prepotente, que abrió de un empujón la puerta del gabinete y se entrometió para gritarle que ya estaba bien de tanta beneficencia barata, que se dejara de delirar y que fueran juntos al departamento, que él le prometía abandonar a su mujer y respetar las condiciones de convivencia que ella impusiera. Que no se iba a mover de allí hasta que ella le jurara, delante de todos estos chupaculos, regresar al departamento de Juncal y terminar con esta payasada de hacerse la madre Teresa. Y de ahí no se movería hasta que ella cumpliera con lo que él le estaba pidiendo. Y que ni se le ocurriera a ninguno de estos cagones ponerle una mano encima porque ahí sí que se pudría todo. O qué se creía que era él, ¿un boludo que se iba dejar manejar como a ella se le antojara?

Fue un bochorno tener que soportar semejante escándalo, el que comprometió la intervención de sus colegas y del personal de seguridad para reducir al intruso. Pero, por otro lado, le dio lástima ver a ese pobre tipo llorando como una criatura en el pasillo del hospital, custodiado por la policía hasta la salida, para volver a encontrarlo un verano más tarde en el pueblo, más canoso y gordo que aquella vez, regando las canchas de fútbol sintético y aceptando un mate mañanero que le cebaba Carmen Gauna.

Por eso a Cristian le daba como una puntada en el pecho cada vez que regresaba al departamento porteño y recreaba la imagen de Carolina recostándose en el sillón o despertándolo antes de hora para compartir el desayuno. La cocina en penumbras, el juego de toallas bordadas y la cama oriental eran partes de ella perpetuándose en el ambiente.

Ni bien abría la puerta del 4º C, un sentimiento de tristeza lo debilitaba y lo llevaba a vagar por el departamento. Por supuesto que entrar acompañado por el turco atenuaba esa sensación y lo forzaba a reaccionar. Su amigo no daba lugar a las debilidades del alma y al lamento por los tesoros perdidos. “Había que respetar al corazón, claro que sí”, decía Barim. Por eso lo mejor era fortalecerlo con nuevas experiencias, con otras almas sensibles que supieran reconocer en él a un hombre exitoso. De manera que el remedio más efectivo para curar penas llegó con esa porteñita de boca grande y cabello rizado que conoció en el hipódromo. Esa trampa promiscua y absolutamente interesada le ayudó a recuperar la autoestima y las ganas de apostar nuevamente al vértigo de la aventura, mismo que coincidió con el que prometía la adrenalina de la campaña electoral.

Cristian no dudaba de que el futuro se presentaría tal cual lo vaticinaba su amigo: lleno de

éxito, de gratificaciones y con posibilidades de aspirar siempre a más. Total, mientras tanto, no le costaba nada disfrutar por adelantado. Si no, qué razón habría en comprar un maletín tan caro, ese ambo italiano que adquirió en un viaje previo y un celular tan sofisticado. Entonces por qué esa cara tan apagada, esa expresión de preocupación que no lo dejaba tranquilo desde que embarcaron. Viajaban en primera clase y la ruta de vuelo se anunciaba libre de turbulencias. Sin embargo, no aceptó la bebida ni el aperitivo que le ofreció la azafata. Tenía los ojos puestos en los recuadros del paisaje rural y en las lagunas que la pampa húmeda coloreaba a diez mil metros por debajo suyo.

—¿Qué tanto hay de bueno allá abajo que no dejas de mirar, Cristian? Cambiá esa cara de culo, por favor. No parece que estuviese viajando con mi amigo, con mi compañero de lucha. Parece que estuviese viajando con un desconocido, con un tipo apestado de preocupaciones y que prefiere estar en otro lado, lejos de la gente. ¿Qué te pasa, me querés decir?

—Estoy preocupado, turco. No tanto por lo que pasó con ese tipo que anduvo hinchando las pelotas por el pueblo. Vengo complicado desde antes, desde mucho antes... No, lo de Carolina ya fue. Lo que me pasa y no deja de comerme la cabeza es que, cuando Suárez te avisó que le había parecido reconocer a la vieja en el auto que llevó la lápida, nosotros ya sabíamos que ella había hablado con esa comisión que busca hijos de guerrilleros muertos y esas cosas. Yo ya venía nervioso desde el año pasado, desde que empezaron a revolver el fondo del lago para ver si encontraban pruebas que les permitieran abrir una causa. Ahora, decime, ¿pruebas de qué? ¿Después de tantos años bajo el agua puede quedar algo que les sirva como prueba para incriminar a alguien? No, ¿no es cierto? ¿Qué mierda quieren revolver si lo que pasó ya no le importa a nadie? ¿Por qué no terminan de inventar mentiras y nos dejan vivir en paz? Ya está, hermano. Eso ya pasó, y punto. Sin embargo, me jode que hayan metido mano allá abajo y que el secreto de sumario esté siempre de por medio; que nosotros, los que vivimos allí, los que ponemos el lomo todos los días para que el pueblo y la provincia avancen, no podamos enterarnos de qué está pasando. ¡Qué se yo! ¿A vos no? ¿A vos no te jode eso?

El turco sí aceptó el whisky y el entremés salado que su amigo había rechazado. Comió de un solo bocado el canapé y bebió en silencio, sin contestar y observando cómo se alejaba la azafata por el pasillo.

—Buen culo, ¿no?... el de la azafata. Hermoso culo... No cualquiera tiene la oportunidad de estar en nuestro lugar, Cristian, contemplando el mundo desde acá arriba, sentados con una copa en la mano y apreciando un culo perfecto, mientras la gran mayoría de la gente se rompe el lomo de sol a sol para sostener este sistema en el cual podemos apoyarnos y disfrutar. Vos a lo mejor todavía no te das cuenta porque recién empezás con este carnaval glorioso que es el de la política. Pero estas son las cosas que brindan seguridad y hacen que uno confíe en lo que está planificando. Porque no sé si te diste cuenta de que somos nosotros, los militantes de línea, los que desde el trabajo de base sostenemos la estructura del Estado. ¿O no te avivaste que sin nosotros la cúpula partidaria no podría ni siquiera convocar a una movilización? Menos todavía asegurarse los votos en primera vuelta. Los municipios, las gestiones provinciales, las nacionales y hasta los tres poderes necesitan de tipos como nosotros para que mantengamos activa la maquinaria que a ellos les da de comer. Sin nosotros, la política de masas y la democracia no funcionarían. Es por eso que estoy tranquilo. Porque nuestro esfuerzo es vital para los que ponen la cara y el billete. Si nos llegase a pasar algo feo, como consecuencia de lo que a vos te asusta, a nuestros patrones políticos se les vendría el mundo abajo porque no tendrían tiempo de reemplazarnos con gente calificada. Por esa razón (y vuelvo sobre lo mismo), si algo malo llegase a saltar de aquellas profundidades, tené la seguridad de que todo quedaría en la nada; al menos, jurídicamente

hablando. Sin duda, cajoneándose¹¹⁴ en el despacho de algún juez fiel a la causa o anulándose por falta de mérito, o algo así. ¿Quién te creés que nombra a los jueces en la provincia? Es más, ¿para qué creés que llegó el gordo Echagüe al congreso? Y si todavía no te diste cuenta, a pesar de lo que estoy tratando de darte a entender, te hago la última pregunta, ¿para qué crees que vamos a Buenos Aires a entrevistarnos con el gordo?

Como no llevaban equipaje pesado, salvo los maletines y un bolso de mano cada uno, Lynch y Barim salieron de Aeroparque por costanera y tomaron un coche de alquiler hasta la calle Juncal. Mientras duró el viaje, guardaron silencio y se dedicaron a contestar mensajes de WathsApp, en particular, de las chiquitas porteñas. Una vez que estuvieron instalados en el departamento, Cristian retomó el tema.

—Entiendo que no quieras hablar de lo que pasó en aquellos años, turquito. A mí también me jode ese quilombo que armaron entre la vieja y ese tipo. Me inquieta que empiecen a destaparse cosas de aquella época... ¿Cómo qué cosas? Dale, no te hagas el boludo. ¿Qué, se te enfrió la memoria? ¿Ya te olvidaste del Edén, o de aquella vez en el operativo, o cuando nos llevaron de testigos por lo de ese pibe Mariano?... Una cosa es que no quieras acordarte y otra que no te acuerdes. Y estoy seguro de que te acordás tanto como yo.

—¿Qué culpa teníamos nosotros si éramos unos pendejos? —contestó Barim pateando una silla—. No nos quedaba otra que hacer lo que nos mandaban. Y para que sepas, a mí también me rompe las pelotas¹¹⁵ que ese tipo haya zafado del palo que se dio en la ruta. Ahí sí que si se llega a deschavar¹¹⁶ todo, nos hundimos hasta el fondo. Porque ni bien lo aprieten a Suárez, canta como el mejor. Pero si lo pensás bien, nadie sabe a quién pertenece el cuerpo que está en la tumba melliza. ¿Quién va a identificarlo? Pasaron tantos años que no hay nadie que pueda reconocer a esa vieja. Ni siquiera el pueblo existe. Díaz Galván ya murió, que era la figurita más difícil de todas, y los pocos que quedan en el Alto y que podrían tener algo para decir, están con un pie para el otro lado o se les confunden los recuerdos. Vos y yo seguimos siendo la memoria viva de esa época, y lo que pasó, se va con nosotros a la tumba, como bien lo juramos por nuestros hijos.

—Mirá, turquito, no sé si es tan así la cosa. Tengo mis dudas. Pero ya que vamos a verlo al gordo en el senado, le voy a pedir si me puede hacer el favor de rastrear la “historia clínica” de este doctorcito: quién es, dónde trabaja, quiénes son sus padres, quiénes sus hermanos, su novia, su primera maestra, cuánto calza, qué le gusta comer. Fui precavido. Tomé sus datos del registro de la hostería y le pedí al oficial que ya sabemos si podía hacerme el favor de bajarme lo que nos interesa saber. Tenemos que averiguar para qué mierda fue hasta allá y para qué se emperó con esa otra puta de Carolina en revolver el cementerio. Por Suárez no te preocupes porque me ocupé de adornarlo¹¹⁷ como corresponde. Aunque peor es el otro, Cides, el que decían que era el padre de la chica que vos te volteaste como un animal. Ese sí que es un inescrupuloso del carajo. Fijate que hasta lo invitó al doctorcito al cumpleaños de la nieta. ¡No tiene vergüenza ese condenado! Si parece que hubiese preparado todo para que el tipo terminara encamándose con Carolina. Así que voy a aprovechar los servicios del gordo para saber con quién nos enfrentamos. Después veo cómo le devuelvo el favor. La buena que tenemos es que ese metido de mierda no recuerda lo que pasó antes del accidente. Por eso, el que estuvo bien fue el comisario con el asunto de la alcoholemia y los testigos. A ese también conviene tenerlo adornado por si las moscas. Cuando volvamos, lo vamos a necesitar por el tema de la campaña para que ponga en vereda a los de la comunidad mapuche, que andan jodiendo con el asunto del loteo. También, para que corrija a los de la contra¹¹⁸ con el asunto de la cartelería y las cosas que andan publicando sobre nosotros. Viste que ahora por internet te hacen mierda con dos líneas y una foto. Levantan un sitio web,

escanean fotos tuyas con minas¹¹⁹, documentos truchos¹²⁰ que hayas firmado y te arruinan la carrera de un toque. Pero a lo mejor tenés razón y me estoy dando manija¹²¹ al pedo. Quizás no pase nada y los del equipo forense se vayan con las manos vacías. Bueno, ¡qué se le va a hacer! Es así la cosa. Esperemos que el agua y el tiempo se hayan tragado lo que podría llegar a amargarnos el día y que la historia quede ahí, que el doctorcito sea un simple perejil y que el susto que le dimos lo haya hecho reflexionar. ¿Ves, turco?, ahí nos quedamos cortos con el trabajito del volantazo en la curva. Ahí estuvo demasiado considerado el amigo de la camioneta. Tendría que haber sido más agresivo con la maniobra, haberle dado un empujoncito más. Si en esa vuelta el cañadón tiene más de cien metros hasta el río. Era tan fácil. Y, ¡bueh!, ya está. Algo es algo. Entonces, ¿arreglás vos o arreglo yo con las porteñitas para esta noche? ¡Qué se yo!, alguna comidita por ahí, unas copitas en el departamento. O si no, cada uno arranca por separado y después vemos, ¿te parece bien?... Bueno, dejá. Las llamo y arreglo para medianoche, así nos movemos tranquilos con lo del gordo y los demás asuntos del partido. ¡Ah!, a propósito del inescrupuloso que nos conviene, casi me olvido. Ya hablé con el hijo de Cides, el que vos decís que se pelea con medio mundo y anda con cara de culo... Ese mismo, el de la cicatriz, el dueño de la camioneta. Me dijo que ya está hecho lo de la F100. La llevó él mismo a cortar. Así que va a haber que darle algo por la pérdida del vehículo... Sí, era una porquería, pero era lo único que tenía para laburar en el campo. Así que dormí tranquilo, que no va a quedar nada de esa chatarra y de las marcas en la carrocería. Mejor así. Un problema menos.

Demorar el trámite de un expediente o documento para retrasar su resolución en tribunales.

Molestar, fastidiar.

Desvelar, descubrir.

Sobornar.

Adversarios políticos.

Mujeres jóvenes y hermosas.

Ilegales.

Obsesionarse.

EPÍLOGO

—Habría pasado más de un año desde la sentencia, a lo mejor un poco más, cuando lo vi entrar a Mauro Martínez Videla al bar de la calle Talcahuano. Nos reconocimos al mismo tiempo y se acercó a mi mesa. La verdad es que tenía ganas de charlar con él, de saber qué fue de su vida después de que mi intervención en la causa llegara a su fin. Se ve que él también tenía cosas para decir porque el desenlace del proceso lo había perturbado. Entre la emoción de haber arribado a un fallo medianamente justo y el de poder inhumar los restos de su madre, de su hermana y de sus sobrinas, se olvidó de saludarme en aquella oportunidad. Desde ya que no hacía falta tanta deferencia. Vos, Longoni, lo conocés más que yo a Mauro y sabés que no es para nada un tipo desagradecido. Desde el vamos fui yo el que se ofreció a tomar el caso y a desentrañar toda la porquería que ocultaba la historia de su identidad. Claro que se puso contento cuando me vio. Me contó que tenía un hijo y que estaba pensando largar todo a la mierda para mudarse a la Patagonia con su mujer. Sí, con Carolina. Si no hubiese sido por ella, no sé si hubiésemos llegado hasta dónde llegamos. Pero lo que en su momento no supe, porque para la causa resultaba irrelevante, era cómo y por qué su madre dio con él, le envió la carta y lo citó en ese paraje donde se dio el comienzo y el fin del encuentro. Eso me interesaba para tener un panorama completo de la historia. Así que le dije que no se preocupara, que con gusto escucharía lo que tenía para contarme.

—*Vos, Monchito, tenés que ayudarme. Es verdad que pasó mucho tiempo y que estoy en deuda con vos. Pero sé que lo vas a hacer porque sos un buen tipo y porque conocés el infierno que pasé por culpa de ese hombre. Desde que me tuvo por primera vez y hasta el último segundo en que nos vimos las caras, no dejó de ser una tortura para mí. Y menos para Laurita. Pobrecita, tan chiquita. Vos conociste a sus nenas. Eran lindas, ¿verdad? Yo ni siquiera por fotos. ¡Qué injusticia! Es como si el pasado jamás hubiese existido. Claro que vos también tuviste que penar por culpa de ese miserable. Si todavía me acuerdo cómo te habían dejado la cara cuando entraste al registro civil. Cuánta vergüenza y cuánto miedo teníamos. Y te juro que yo estaba más asustada que vos. En ese momento quería pedirte perdón, pero no tenía fuerzas ni para levantar la cabeza y mirarte a los ojos. Pero qué podíamos hacer, Moncho, si éramos dos infelices desamparados, dos ignorantes que no teníamos cómo defendernos. Igualmente, no nos merecíamos sufrir tanto. Y yo no merecía que le hicieran eso a mi nena, a mi Laurita, y a sus criaturitas. ¿Es cierto que fue Marianito? Decime la verdad, ¿fue él?... ¿Viste? Estaba segura de que no podía ser. Vos y yo sabemos quién fue el criminal, ¿no? Lo que más me revuelve las tripas es saber que murió libre de culpa y cargo... Sí, “solo como un perro”, decís bien. Pero lo justo hubiese sido que terminara pudriéndose en la cárcel y no en un hospital. ¿Sabés que tuve un hijo, Monchito? Sí, Mauro se llama. Pero no lo conozco de grande. La última vez que lo vi era chiquito. Se quedó con un mechón de mi pelo como único recuerdo. Es que no me dejaron salir del país con mi bebé. El que entró conmigo al avión y se aseguró de que ocupara la butaca, me dijo que debería estar agradecida por el favor que me estaban haciendo. “Agradezca la suerte que otras como usted no tienen y ocúpese de no volver más”, me dijo al oído. Por eso, ahora, quiero pedirte ayuda. En realidad, son dos los favores que vengo a pedirte.*

Los años de exilio de la Neno transcurrieron en un constante peregrinar, ya que desde su llegada a España fue vigilada celosamente por elementos fieles a la dictadura argentina. Al menos, así lo creía cada vez que algún desconocido la miraba fijo o la golpeaba con el hombro al cruzársele por alguna vereda angosta. Francisco, otro exiliado argentino que conoció en un mercado de Madrid, le ayudó a burlar a los supuestos pesquisas¹²² y le propuso mudarse temporalmente a Vallbona, casi en las afueras de Barcelona, donde él vivía desde hacía un año sin rendir cuentas a nadie.

En pocos meses, la Neno comprobó que ya no pesaba ninguna persecución sobre su persona y se animó a recorrer con mayor confianza los barrios céntricos de la ciudad. De las caminatas junto a Francisco pasó luego a la bicicleta y, por fin, a utilizar los transportes públicos. La capital catalana le encantó más que La Plata, más que Buenos Aires y más que Madrid.

Francisco, por intermedio de una agencia de colocaciones que manejaba un vecino uruguayo, le consiguió trabajo en una panadería ubicada en la Sagrera. El trabajo diario, la confianza y la contención que le brindaba Francisco afianzó una relación que duró hasta el fin, hasta que la muerte se lo arrebató en diciembre de 1983, dos días después de que regresaran a la Argentina.

No obstante el anonimato logrado, Francisco y Neno nunca permanecían más de tres meses en la misma vivienda ni en el mismo barrio. Incluso, cambiaban de trabajo cuando la oportunidad se presentaba. Hasta que, por propia decisión y a razón de una versión que hablaba de tareas de inteligencia que estarían llevando a cabo infiltrados en esa región, resolvieron cruzar la frontera e instalarse en Narbonne, al sur de Francia. Salvo por el contratiempo que representó desconocer el idioma, la Neno quedó encantada con su nueva residencia: una pequeña y estrecha casa de dos plantas que aceptaron habitar a cambio de trabajos de mantenimiento.

Francisco había sido delegado gremial de la construcción en Avellaneda. Así, sus habilidades manuales, además de aplicarlas a la propia vivienda, favorecieron sus ingresos en el corto plazo. Por las tardes, luego de cumplir con la jornada laboral, a la Neno le gustaba caminar junto a su pareja por el canal de Robine, asomarse al puente y observar el lento paso del agua, el que le hacía recordar su niñez, cuando con Amancay pasaban las tardes de verano bañándose en el río Huancúl.

Para entonces, la Neno ya había perdido todo contacto con sus compadres, quienes, a fuerza de padecer aquella enmarañada temporada de clandestinidad y como secuela del salvoconducto negociado, terminaron convirtiéndose en los padres adoptivos de Maurito. De todos modos, la Neno nunca bajó los brazos y no dejó de contactarse con todas las redes solidarias que existían en Europa para ayudar a exiliados latinoamericanos. Pero cada pista que parecía confirmarse y guardar la esperanza de dar con su hijo, se deshacía al poco tiempo por falta de autenticidad.

En el 82, la derrota argentina en la guerra de las Malvinas¹²³ y el esperado derrumbe de la dictadura militar le inyectaron nuevas esperanzas a la pareja, tal que, para fines del año siguiente, con los francos ahorrados y la venta de sus pocas pertenencias, lograron comprar billetes aéreos de ocasión y regresar a la Argentina, donde el anuncio del retorno a la vida democrática y al estado de derecho les brindaba seguridad y nuevas perspectivas de éxito en la búsqueda. Pero allí surgió un nuevo contratiempo y fue el que remitió a la vigencia de las listas negras de ciudadanos proscriptos que aún avalaba el Estado. A pesar de la apertura de las garantías constitucionales, el nombre de la Neno figuraba en esos registros y la forzaba a resguardarse de una vida pública demasiado expuesta.

—*Es por eso, Monchito, que lo que vengo a pedirte es que me ayudes a reconfortar la memoria y el alma de mi hija y de mis nietitas. Sólo pedir que me dejés entrar al cementerio y colocarles una lápida, sin identificación, como para que sepan que las estoy acompañando... ¿Cómo sé*

que son ellas? No importa. Creeme. Son ellas las que están ahí. Y lo otro que quiero pedirte es que un día de éstos, cuando yo te avise, me lleves hasta la tranquera de La Alazana. Allí voy a reencontrarme con mi hijo. Ya se lo hice saber. Y tiene que ser ahí porque desde ese lugar él va a comenzar a hacer justicia por mí y por su hermana. Él sabrá cómo hacerlo. Me lo dice el corazón. Pero, por el amor de Dios, Monchito, ni una palabra de esto a nadie. Por favor, te lo pido. Y mucho menos a tu compadre Suárez, que a ese lo conozco bien y sé que va para donde le conviene. ¿Puedo confiar en vos, entonces?... No me podías fallar. Yo lo sabía.

Irma, la hermana de Francisco, no le permitió a la Neno que abandonara la casa que habían comenzado a compartir los tres desde su regreso al país. La muerte de su compañero no tenía por qué afectar el lazo afectivo que entre ambas se había dado desde el primer momento. Gracias a ella (decía Irma tomándola de las manos), Francisco había recuperado el sentido de la vida y había disfrutado de su cariño durante cada minuto que duró su alejamiento de la Argentina.

—Casi te diría, Neno, que Pancho prefería estar del otro lado del mar que acá. Tenía pánico de volver y reencontrarse con antiguos temores, con monstruos del pasado que no lo dejaran vivir. Me lo decía en cada una de sus cartas. Como también se ocupaba de destacar lo mucho que significabas para él. Que te hayas cruzado en su vida fue una fortuna que siempre agradeceré. Y ya ves, así sucedió. Por lo menos, me consuela que no haya muerto solo. Te tuvo a vos a su lado y eso sí que fue un regalo de la vida. Así que nada de mandarte a mudar de esta casa. Te quedás conmigo y no se habla más del asunto. Voy a ayudarte a buscar a tu hijo como te lo prometí y como se lo prometí a Francisco, a nuestro Panchito.

Al poco tiempo de encausar la investigación, la Neno dio con un archivo que aludía al caso de una pareja de maestros desaparecidos en la Patagonia, por lo que decidió seguir la ruta que esa información le brindaba. Así, llegó a un registro de sumarios del ámbito castrense que aludían a prácticas antirreglamentarias por parte de oficiales superiores en el regimiento de San Agustín. Éstos destacaban los nombres de los oficiales que ella conoció en carne propia, como también los de otros suboficiales y soldados conscriptos que participaron. La carátula aludía a prácticas reñidas con la ética castrense y a faltas graves por desvirtuar el perfil disciplinario que exigía el ejército.

No le hizo falta más que leer la fecha de elevación del sumario para saber de qué se trataba la causa. Luego, profundizando en la investigación, supo que los dos oficiales acusados habían fallecido. Pero no así los exconscriptos, los que, como efecto residual del sondeo encarado, aún residían en la misma localidad, ahora refundada sobre tierras más altas. Fue en ese momento cuando decidió personalizar la investigación, la cual fue gustosamente respaldada por su cuñada y avalada por los organismos de derechos humanos.

En los siguientes seis meses, la Neno viajó dos veces a Alto San Agustín para corroborar la información que hasta el momento había recogido y obtener un perfil actualizado de los exsoldados del caso, los que actualmente gozaban de una vida económicamente holgada, debido a sucios negocios que compartían con funcionarios de alto rango. Para ello, y para no levantar sospechas, le pidió a Irma que la acompañara en el primero de aquellos viajes. Temía que el reencuentro con su tierra natal fuese por demás traumático y no le permitiera cumplir debidamente con la misión.

Las cuñadas visitaron la región en temporada baja, en un espontáneo plan de esparcimiento. Para ello, aprovecharon un *tour* ecológico que promocionaba el club de la tercera edad, el que incluía flotadas por el río Huancúl, cabalgatas, circuito gastronómico de alta montaña y paseos náuticos por el lago. El hecho de sentirse parte de un colectivo generacional recreativo ayudó a contenerlas, fundamentalmente durante el segundo día de excursión, cuando debieron embarcarse

para emprender el paseo lacustre, a fin de vivenciar la tan mentada leyenda del pueblo hundido.

Señalando las boyas numeradas, Fabiola, la jovencita que hacía de guía, les habló de figuras humanas y de extraños movimientos que solían registrarse en aquellas profundidades. Pero aclaró que los fenómenos sólo acontecían durante las noches de luna llena y en años bisiestos. Desde luego, siempre atendiendo a la quimérica interpretación que comprende toda leyenda. Pero lo que no entraba en duda era que cada una de las boyas marcaba una referencia histórica del antiguo San Agustín.

Tal vez allí mismo, cuando se asomó por la borda para seguir la vertical que proyectaba la cadena de amarre de una de ellas, la Neno sufrió el momento más aterrador de la incursión. La posición oeste-este de la lancha respecto del entorno geográfico y la proximidad del cerro Sayhueque le daba a entender que se encontraba flotando sobre El Progreso. A lo sumo, en el límite de su barrio natal y el regimiento. Más allá la capilla. Por detrás la escuela. Y, bajo aquella boya verde, el club social.

Le faltó el aire. Le pareció que las aguas comenzaban a agitarse y que la plataforma del casco urbano venía hacia ella, buscando la superficie. Si no hacía algo, pronto saldrían al descubierto las casas, el techo enchapado del Edén, los alambros del regimiento, cuerpos y voces. Se tomó de la mano de Irma para no desvanecerse. Pero su cuñada estaba allí para anticipar cualquier mala jugada del pasado, para tomarla entre sus brazos y disuadirla de seguir buscando con la memoria lo que los ojos ya no podrían ver bajo el agua.

En cuanto a la posibilidad de que algún antiguo poblador pudiera reconocerla, la Neno no tuvo que esmerarse en disimular su aspecto, ya que la delgadez que había comenzado a consumirla a partir de la muerte de Francisco, al igual que la impiadosa caída de cabello, la volvían irreconocible hasta para ella misma. Respecto de salvaguardar la identidad para tramitar el paquete turístico, se valió de la documentación falsa que inteligencia le proporcionara en el 78, cuando la expulsaron del país.

En cuanto a Berti, supo que no había llegado a ser juzgado y condenado como ella hubiese deseado, debido a que falleció en una colonia alemana del sur de Chile. Apenas la consoló saber que la metástasis que le produjo el cáncer de próstata lo torturó durante meses, convirtiéndolo en un despojo de huesos que sólo contó con la compañía de Zeus y Ares, dos pastores alemanes que le había obsequiado un coronel retirado del cuerpo de carabineros.

—Esos dos desgraciados que ahora andan entrampados en la política, tienen las manos manchadas, Monchito. Vos lo sabés. Tenés que ayudarme. Mi hija aún no descansa porque su alma los acusa por lo que le hicieron y por lo que dejaron que le hicieran a todos los inocentes que pasaron por sus manos. Y mucho menos los que miraban desde afuera, que no se animaron a denunciarlos cuando ya había terminado todo. Vos los verás todos los días a esos, ¿no?, disfrutando de la buena vida junto a sus familias y sus amigos. Hasta los deben admirar por el lugar que pronto van a ocupar cuando los voten. Pero tenés que ayudarme a que paguen por el silencio sucio que guardan. Lo que te pido es que me dejes pasar el viernes al cementerio para colocar una lápida donde la tienen a mi Laurita. No pueden estar mis nenas así, como guachas¹²⁴ de Dios junto a los demás inocentes. Y en poco tiempo más voy a volver para que me lleves hasta lo de Rodríguez. Buen hombre, Jesús, siempre se apiadó de lo que me pasaba. Entonces, te lo pregunto de nuevo: ¿puedo confiar en vos, Moncho? Mirá que mis angelitos están aquí, a mi lado, atentas y esperando por tu respuesta... Yo sabía que sí. Sos un buen hombre, Moncho. Se te ve en los ojos que lo sos.

La Neno sabía bien (porque Francisco y la vida se lo habían enseñado con sangre) que la opresión que ejerce el poder sobre los desprotegidos es capaz de lograr la más baja de las sumisiones.

Entre ellas, la inconsciencia de la falsa correspondencia, de la engañosa gratitud que tiene el oprimido para con quien detenta el poder. Congraciarse con éstos mediante la revelación de información, aquella que busca alterar un orden cualquiera del mundo, es una de las conductas más primitivas y funcionales por parte de quienes aceptan su condición de oprimidos.

Ese artificio audaz fue el que utilizó la Neno para que el Moncho Cides rompiera su pacto de palabra y soltara ante quien no debía el plan que le había confiado. O tal vez lo hizo porque pretendió que así fuera, para que el destino de justicia alcanzara a Mauro antes de que lo castigara al propio Moncho. Lo que no llegó a saber la Neno fue que Matías, el mismísimo hijo del Moncho, violentó el baúl del Renault y subió dos veces a la camioneta para obedecer las órdenes que le dieron. O a lo mejor sí lo supo, más allá del mundo material que rige los destinos y el lenguaje misterioso que teje la vigilia en la consciencia de sus hijos.

—Mirá, Longoni, no sé si se hizo justicia en este caso porque gran parte de las pruebas que hubiesen resultado decisivas para alcanzar a otros implicados quedaron bajo las aguas del lago, por ejemplo, restos humanos y documentos. Muchos de esos elementos no se recuperarán jamás. Todavía hay un equipo de peritos trabajando en el lugar, pero es muy difícil que puedan tener éxito. Si considerás que hubo más víctimas que condenados, no creo que el fallo haya sido justo. Pero, por lo menos, lo resuelto por la Cámara sirvió para llevarle paz a mucha gente y sentar un precedente importante. Y para aquellos que son creyentes, el espíritu de la resolución sirvió para compartirla con quienes ya no están en este mundo. En eso coincido con Mauro. “Todo no se puede en esta vida”, me dijo con la franqueza de los que son justos por naturaleza. Al menos, el juicio le pasó la debida factura a Lynch y a Barim, dos que hubiesen hecho brutos desmanes a nivel institucional y político. Y, bueno, terminamos nuestros cafés charlando de los planes que teníamos de aquí en más. Entre otros cambios, Mauro resolvió llevar a sus padres adoptivos a vivir con él y con su mujer... ¿Cómo no iban a estar encantados los viejos? Lo tomaron como el gesto de amor más maravilloso que puede regalarle un hijo a sus padres. Es como que en la esencia de todo ser humano está esa fuerza que pugna por retornar al punto de origen. Una suerte de barajar y dar de nuevo, pero esta vez con la suerte haciéndote un guiño... Justamente, en esa misma frase pensaba yo también, en el mito del eterno retorno. Nacemos, existimos y terminamos volviendo al punto de partida, algo así como recomponer lo andado, a fin de desenterrar aquella extraña pregunta que ahora nos encuentra más sabios, con más empuje para dar el primer paso. Así parece haber sucedido en este caso. Como si la muerte de Neno Corvalán hubiese provocado esta confirmación de amor entre ellos. Bueno, qué más podría decirte. Fue breve, pero emocionante el encuentro con Mauro. Mirá, en esta profesión cuesta mucho hacer justicia sobre el blindaje que instala la impunidad, cuando la mano podrida del poder te revuelve el estofado por detrás. Por eso, me deja tranquilo saber que aporté mi granito de arena para que los que tenían que pagar, pagaran. Después se despidió con un abrazo y me dijo que, si viajara por el sur, pasara a visitarlo. Pero qué querés que te diga. Soy un animal de ciudad, Longoni. No puedo sobrevivir más allá de los límites de cemento. Si te digo que, además de Buenos Aires, únicamente conozco Mar del Plata y Rosario, ¿me creés? Como también se nota que vos tampoco podés vivir sin la presión del hospital. “El manso Longoni —me dijo una vez Mauro para definirte— es un adicto al quirófano, un gozador del encierro, un apóstol pordiosero de la ciencia. Para él no existe pasión fuera de la vida hospitalaria”. Y parece que tu colega no se equivocó. Así que nos dimos el abrazo que nos debíamos, sin decirnos palabra ni prometer nada. Me quedé mirándolo hasta que salió del local. En la esquina, se dio vuelta para saludarme por última vez y yo ensayé un brindis al aire. Pero fijate qué curioso, antes de cruzar la avenida, dudó. Se detuvo sobre el cordón de la vereda, como esperando la llegada de alguien o esperando que pasara algo. O como repitiendo una

situación ya vivida en otro tiempo, en otro lugar. Se acercó un poco más al borde e hizo equilibrio sobre el filo. Los taxis y los colectivos le pasaban cerca, casi rozándolo. Pero el tipo seguía ahí, poniendo la mirada a la distancia, como ido del mundo o como si no le importara que se lo llevaran puesto. Estuve por levantarme y correr hacia él. Pero cuando me puse de pie, del otro lado, vi venir a Carolina con un nene en brazos. Alzaba la mano para que Mauro supiera que ella estaba allí y que apenas quedaba esa franja de asfalto por atravesar para que todo estuviera bien. Pero él ya le había sonreído. La había llamado con esa mirada que busca recorrer hacia atrás un tesoro que ahora se configura en lo que tiene por delante; dos universos que hacen del mundo algo menor y sin importancia. Bueno, no más importante que la que tenían los ojos de uno para el corazón del otro. Entonces ella, a contraluz de la tarde, cruzó abrazada al bebé y no los vi más.

Agentes secretos.

Conflicto bélico ocurrido entre Argentina y Reino Unido de 1982 a 1983. Se trata de una disputa de larga data, pues las Islas Malvinas, Georginas y de Sandwich han sido ocupadas por Reino Unido desde 1833. En 1982, la Junta Militar argentina lanzó su ofensiva y ocupó los archipiélagos. Esto movilizó la mayor expedición militar inglesa desde la Segunda Guerra Mundial. Luego de 72 días de lucha, los ingleses ganaron la guerra. Esta derrota militar causó la caída de la dictadura y el regreso de la democracia en Argentina.

Huérfanas.